

CONGRESO INTERNACIONAL

GRANDES TEMAS DE FIN DE SIGLO

8 a 10 de Abril 1999.

Gran Canaria.

Director:

SALUSTIANO DEL CAMPO



Cabildo de Gran Canaria

INCIPE

CONGRESO INTERNACIONAL

GRANDES TEMAS DE FIN DE SIGLO

8 a 10 de Abril 1999.

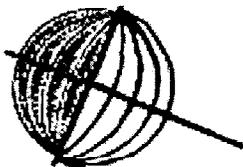
Gran Canaria.

Director:

SALUSTIANO DEL CAMPO

Director adjunto:

TOMÁS VAN DE WALLE Y SOTOMAYOR



Cabildo de Gran Canaria

INCIPE

© Por los textos: Los autores.
© Cabildo de Gran Canaria. Presidencia.
Coordinador de la Edición: Juan José Laforct.
D. L. 891 - 1999.
Imprime: Tegrarte. s.l.

GRAN CANARIA, PASADO Y FUTURO DE UNA VOCACIÓN TRICONTINENTAL.

Discurso de Inauguración

José Macías Santana.
Presidente del Cabildo de Gran Canaria.

Al darles la bienvenida a Gran Canaria, para participar en un Congreso que cobra hoy una vigencia y una actualidad enorme, debo resaltar cómo esta Isla, a lo largo de su historia en los últimos cinco siglos, ha jugado, en momentos precisos y destacados, un papel ineludible, buscado o impuesto por las circunstancias, como punto de encuentro entre pueblos, comunidades y culturas de los tres continentes atlánticos.

Gran Canaria, de forma notoria en el conjunto del Archipiélago Canario, ha servido de punto de encuentro permanente, con mayor o menor intensidad según la ocasión y, de fragua cultural para todas aquellas ideas y corrientes que viajaban por las sendas del océano.

Cuando ahora nos disponemos a mirar el futuro, que ya casi es presente, creemos que también es necesario un estudio detenido y profundo que evalúe tanto las aportaciones externas, como la contribución que lo canario ha ofrecido en las islas, y desde fuera de ellas, a esa cultura de ida y vuelta entre las dos orillas del Atlántico.

Todo ello adquiere un significado especial en estos tiempos en los que la humanidad se busca a sí misma.

De un lado caen las fronteras y de otro los pueblos sienten la necesidad de afirmar sus señas de identidad.

Creo que encuentros como el que hoy empieza deben ayudar a descubrir ese mundo y perpetuarse en nuevos eventos que se muestren como un ejemplo de que el diálogo, la reflexión y la solidaridad siguen siendo la esperanza en un futuro mejor para todos los pueblos del mundo.

Al comenzar un nuevo siglo, un nuevo milenio, ha llegado el momento en que la tecnología, que tantas veces sirvió para la dominación de unos países sobre otros, se ponga al servicio exclusivo de la humanidad en su conjunto, de forma que la cultura de la violencia se transforme definitivamente en la de la paz.

Así mismo, debo resaltar que, cuando se habla tanto de «globalización», de fenómenos «transculturales» a nivel mundial, los grancanarios, los canarios en general, no podemos, ni queremos, permanecer ajenos e indiferentes a ello, pues somos conscientes no sólo del pasado antes mencionado, sino de lo que el futuro nos puede tener reservado en esta posición geoestratégica que ocupamos.

Por ello, si entendemos la «globalización» como uno de los símbolos más claros que nos llega de ese futuro, también debemos aceptarla desde posturas coherentes con una imprescindible vocación de solidaridad, de respeto de los derechos humanos, de justicia social, pues frente a la gran «aldea global» aún persisten, y persistirán, sociedades desarrolladas frente a otras en flagrante subdesarrollo.

Desde esta perspectiva, las estrategias para afrontar la «globalización», y convertirla en un elemento integrador de los pueblos, en un mundo en paz y progreso generalizado, no pueden ser iguales hoy en uno y otro continente, por lo que debemos ser capaces de estudiar y estructurar respuestas adecuadas para ámbitos locales, regionales, nacionales o plurinacionales.

En todo ello incidirá, sin duda alguna, el conocimiento cierto que tengamos de ese mundo, de su gobernabilidad, lo que pasa por las políticas de seguridad, el devenir de la economía y las finanzas, la geopolítica que se articule, o las corrientes culturales sobre las que navegue el pensamiento humano.

El análisis de todo ello nos dará cuáles son los «grandes temas de este fin de siglo», que no es un mero cambio cronológico de centuria, sino un momento mucho más crucial para la humanidad de lo que hoy se aprecia a simple vista.

Ante este panorama mundial, al que la isla, en su estratégico enclave tricontinental, no puede ser ajena, el Cabildo de Gran Canaria, desde su Presidencia, convencido de la trascendencia que podía tener para la historia insular, tomó la decisión, hace ya un año, de celebrar aquí el Congreso que hoy inauguramos, para lo que ha contado con la destacada e imprescindible colaboración del Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior, INCIPE, al que agradecemos profundamente el enorme empeño e interés que han puesto en la organización del mismo.

Afrontamos este Congreso, este encuentro internacional, que agrupa a tantas personalidades relevantes de diversos países y continentes, desde el convencimiento de que estamos en un momento no sólo oportuno, sino propicio para abrirle a

Gran Canaria las puertas de nuevos orbes, en materia de relaciones internacionales, en un futuro inmediato.

Hoy, cuando la humanidad lucha por alcanzar un nuevo humanismo que mire sin distinciones a todos los pueblos del mundo, Gran Canaria se presenta como un marco ideal para estos encuentros, tanto por su posición tricontinental, como por el talante humanista y cosmopolita de sus habitantes, unos ciudadanos que trabajan incansablemente contra la marginación y el subdesarrollo que todavía nos agobian, sin por ello perder su capacidad de solidaridad decidida con todos los pueblos hermanos de las dos orillas del Atlántico.

Gran Canaria se ve honrada con la celebración aquí de este importante evento internacional, y se siente orgullosa con la presencia de tantas y tan destacadas personalidades, a las que agradecemos su presencia y el esfuerzo realizado para podernos acompañar estos días.

También, por todo ello, nuestra isla debe comprometerse a que este importante esfuerzo que todos realizan ahora permanezca en el futuro. Me gustaría afirmar que estas puertas que hoy se abren, que abren todos ustedes con nosotros, se abren para siempre.

Al darles la bienvenida a la isla, a nuestro querido «continente en miniatura», convertido en adelante en símbolo vivo de todo lo que eventos como este representan, debo también desearles toda clase de éxitos en su trabajo, y, agradeciéndoles de todo corazón su participación, ofrecemos como punto de encuentro permanente para todo aquello que suponga progresar en el entendimiento, la amistad, la solidaridad y la paz mundial.

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL PARLAMENTO DE CANARIAS EN LA INAUGURACIÓN DEL CONGRESO «GRANDES TEMAS DE FIN DE SIGLO»

José Miguel Bravo de Laguna Bermúdez.

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades, estimados participantes en este Congreso Internacional; señoras y señores, muy buenos días:

Quisiera felicitar a la organización, especialmente al Cabildo de Gran Canaria y a su presidente, por la feliz iniciativa que aquí nos congrega. Ciertamente, Canarias incorpora, con estas conferencias centradas en el análisis del próximo milenio, un nuevo éxito a la ya extensa relación de destacados eventos que, a escala internacional, vienen eligiendo nuestra tierra como centro de difusión del conocimiento. En este caso, se abordarán, a cargo de una sobresaliente nómina de pensadores de prestigio mundial, cuestiones ciertamente estratégicas para el porvenir inmediato de la humanidad. Creo simplemente, y vaya como algo más que como bienvenida protocolaria, que es un lujo tenerles aquí y compartir sus impresiones y experiencias sobre la compleja realidad que nos rodea.

Si en algo podemos estar de acuerdo, en los albores del cambio de milenio, es que ciertamente la humanidad, ese espacio de convivencia global que nos hemos dado, vive procesos de acelerado cambio. Por ello, seguramente estamos en

condiciones de afirmar que se trata de algo más que de un suceso cronológico. Este fin de siglo viene marcado por una auténtica revolución política, económica, tecnológica y social, que marca indudablemente nuestra realidad actual, pero que condicionará aún más nuestra convivencia futura. Bajo este prisma, el nuevo milenio plantea algunas certezas y muchas más incertidumbres; de hecho, aún buscamos etiquetas que identifiquen esta enrevesada, a la vez que prometedora época, ya sea como la del fin de la historia, en publicitada acepción del sociólogo norteamericano Francis Fukuyama, o como la de la era de la información, o simplemente la de la globalización.

Pero insisto, estamos de acuerdo en que nos medimos ante mucho más que la simple consumición del segundo milenio en la era cristiana. En efecto, el mundo aparece hoy ante nosotros como un espacio excepcionalmente interconectado, pleno de oportunidades y desafíos, tampoco exento de sombras y riesgos. Desde nuestra perspectiva de ciudadanos europeos, podemos, a día de hoy hablar tanto de lo primero como de lo segundo, y con diferencias temporales realmente escasas: en unos meses, hemos pasado de felicitarnos por la majestuosa consecución de una moneda única -un éxito formidable desde todo punto de vista - a contemplar una escalada violenta en el corazón del Viejo Continente, hecho lamentable, también difícilmente evitable por la comunidad democrática dadas las circunstancias, pero que en suma reproduce escenas dramáticas y nos remonta a un conflicto entre europeos que, siguiendo la apreciación de Eugenio D'Ors, se asemejará siempre mucho a una guerra civil.

Y es que si algo diferencia de modo sustancial a nuestros tiempos respecto al pasado inmediato y remoto, es precisamente su condición supersónica, porque el ritmo de la histo-

ria parece haberse acelerado hasta hacer de la misma un torbellino en el que resulta extremadamente complicado extraer conclusiones y obtener respuestas. Estimo, precisamente, que la confusión y la ausencia de perspectiva suficiente son hoy los reversos más oscuros de la globalización, hasta el punto de que, si hay acuerdo general sobre el carácter imparabile de este fenómeno, idéntico consenso existe sobre el desarrollo irresponsable del mismo, en el sentido literal de la palabra. O sea, que a veces parece que nadie tenga control o responsabilidad sobre hechos que modifican sustancialmente nuestro modo de producir, de relacionarnos, de vivir en definitiva.

Por eso, y como reflexión general, creo que estar al día respecto a la globalización supone precisamente vivir la misma no como un castigo, sino como un hecho fructífero, además de, repito, simplemente inobjetable; es, en suma, aspirar con todos los merecimientos a mover el progreso más que a dejarse arrastrar por él. Ello nos obliga, y retomo la idea inicial, a encontrar espacios fructíferos y plurales de reflexión, a combatir el torbellino paralizante con un debate activo que nos otorgue todos los beneficios, muchos, de la nueva era. Creo que este noble fin está detrás de iniciativas como la que nos reúne en Las Palmas de Gran Canaria durante estos tres días, y es una responsabilidad que atañe tanto a los intelectuales como a los servidores públicos, como miembros del mismo cuerpo social.

Por poner un ejemplo del doble registro, esperanzador y pernicioso, al que he aludido, sabemos que, bajo el luminoso escenario que ofrece la globalización, los fenómenos de dualización se aprestan a ganar espacio. La realidad nos señala que ha surgido un nuevo mundo, el Cuarto Mundo, compuesto por múltiples agujeros negros de exclusión social a lo largo de todo el planeta. El Cuarto Mundo compromete gran-

des áreas del globo, como buena parte de África y las zonas empobrecidas de América y Asia, pero también está presente en cada país y en cada ciudad, en esta nueva geografía de exclusión social. También en nuestras ciudades y pueblos, en Europa, en España y en Canarias, como ejemplo cada vez más inequívoco de sociedad desarrollada.

Debemos combatir los fenómenos de fractura social con la máxima energía que nos sea posible, explotando al máximo nuestra capacidad transformadora a la vez que combatiendo los rápidos mortales del dogmatismo y la intolerancia excluyente como respuesta. Como responsable político, quiero asumir la cuota que me pueda corresponder al respecto, como están haciendo otros en circunstancias más complejas -pienso en los gobiernos democráticos de Europa, pero también en aquellos que mantienen viva la bandera de la libertad en condiciones hostiles--; lo hago tanto en el presente como de cara al futuro próximo, a este nuevo siglo que ya está aquí, que no es futuro sino enteramente presente. El siglo de la globalización ha de ser también el de la cohesión, a todos los niveles, si queremos que este cambio gigantesco se resuelva con éxito.

Hay una cuestión que creo corresponde a medida mayoritaria a quienes hemos dedicado parte de nuestra vida al servicio de las instituciones: el gobierno de los asuntos públicos en el nuevo siglo implica conceder a la sociedad un protagonismo equivalente. El tercer milenio exigirá sociedades vigorosas, participativas, exigentes. Más que nunca, en el siglo XXI las personas y la sociedad serán los protagonistas de su futuro, los verdaderos agentes del cambio. Para que la mayoría de los individuos tengan éxito, la sociedad debe ser fuerte: cuando es débil, el poder o las recompensas van a una minoría, no a la mayoría.

Pero creo que, en suma, serán voces seguramente más autorizadas que la mía las que, a lo largo de estos próximos días, nos ofrecerán una visión privilegiada desde las atalayas de la geopolítica, la seguridad, la economía y la cultura, materias dispares pero, al mismo tiempo, conectadas en esta época que requiere más que nunca utilizar la razón y conocer mejor la realidad. Quisiera, en resumen, y reiterando de paso la felicitación al Cabildo de Gran Canaria en esta inauguración que me honro en presidir, aludir a una cita que creo resume muy bien el papel de los pensadores de cara al nuevo milenio. Parte de la boca de Manuel Castells, sin duda uno de los intelectuales más sobresalientes de nuestro tiempo: «En el siglo XX, los filósofos han estado intentando cambiar el mundo; en el XXI, ya es hora de que lo interpreten de forma diferente». Esfuerzos como el de esta semana apuntan, estimo humildemente, en esta acertada dirección.

Muy buenos días, gracias y sean bienvenidos a Canarias.



Sesión inaugural del Congreso presidida por los señores D. José Miguel Bravo de Laguna, Presidente del Parlamento de Canarias, D. José Macías Santana, Presidente del INCIPE, y D. Salustiano del Campo director del Congreso.

CONCLUSIONES EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO

*Salustiano del Campo.
Director del Congreso.*

Es muy difícil resumir lo que ha sido un intenso trabajo de tres días, en los que se han presentado múltiples ideas y se han puesto de manifiesto tanto acuerdos como diferencias. No voy a concretar todos los puntos, pero sí a hacer una descripción de lo que ha sucedido desde la primera conferencia, la encomendada a Jean Daniel, que desgraciadamente no pudo estar con nosotros. A su juicio, hay que averiguar si la dialéctica crispada y conflictiva entre lo errante y lo arraigado, la universalidad y la identidad, la globalización y los particularismos, el individuo y la comunidad, en pocas palabras, entre la tradición y la modernidad, separa a las civilizaciones o las vertebral. En su opinión las fuerzas en uno u otro sentido están igualmente repartidas y hay que ser optimistas porque en la capacidad y en la naturaleza misma de cada nación se encuentra la posibilidad de integración en un conjunto que las sobrepasa sin disolverlas. Esta, afirma, es la ambición de los europeos. “A pesar de los obstáculos, de las vicisitudes y de las acusaciones, soy, dice, de los que piensan que la construcción europea es algo extraordinariamente importante, no sólo para los europeos, sino también para todo el planeta.” Sus palabras finales fueron bien expresivas de su pensamiento: “Cuanto más observo, más reflexiono y más discuto, me doy más cuenta de que la hora de la desaparición de

las naciones no ha llegado todavía y en mi opinión eso es positivo. Si elijo la nación es porque está a medio camino entre lo individual y lo universal, entre las raíces y el progreso y es también porque sólo ella permite esa proeza que parece imposible y que se llama arraigar lo universal”.

En la mesa de Geopolítica el escritor y columnista del *International Herald Tribune*, William Pfaff, cuestionó la afirmación del político científico americano Samuel Huntington de que se está entrando en un universo político en el que las relaciones internacionales funcionarán en términos de civilizaciones en vez de en términos de naciones políticas. El considera que esta tesis ha sido influyente porque proporciona una explicación plausible de lo mucho que está pasando en el mundo y racionaliza las ansiedades que mucha gente ha sentido acerca del fundamentalismo, del desarrollo económico asiático y de los valores asiáticos, que son diferentes de los de las democracias occidentales. Huntington, según Pfaff, afirma que el foco central del conflicto del futuro inmediato será la confrontación entre el Occidente y varios estados confucioislámicos. Su tesis, prosiguió no solamente es peligrosa, sino que es también incierta.

Según Pfaff, lo que ha atraído la atención de Huntington es que los movimientos de población, la emigración, el transporte moderno, la tecnología y las comunicaciones, han confrontado a las sociedades mucho más que en el pasado, extendiéndose e intensificándose estas tensiones, así como que las sociedades no occidentales han adquirido poder para rebelarse y para defenderse de Occidente. El choque ya no es uno que Occidente siempre gana. Las armas nucleares o las biológicas están ahora en posesión de todos. Pfaff explicó que se refería tanto a Huntington porque considera que los errores conceptuales pueden influenciar negativamente las re-

laciones entre las civilizaciones y las políticas de los gobiernos. Su grave equivocación consiste en tratar las civilizaciones como entidades políticas. Si se acepta el argumento de Huntington de que los conflictos del futuro serán básicamente culturales, habría que concluir que no habrá solución porque la guerra cultural es inherentemente innegociable.

En esta misma Mesa intervino también André Fontaine, ex director de “Le Monde”, quién habló del matiz que diferencia los términos mundialización y globalización, afirmando que el segundo es la “fantástica complejidad del fin de siglo” y el primero el “aspecto geográfico del fenómeno”. La atomización deriva de la gran cantidad de poderes existentes y de que los grupos humanos se separan y, aunque este proceso tiende a ser aceptado, la pregunta que hay que responder, según el ponente, es qué hacer cuando dos pueblos, como los serbios y los albaneses ahora, se pelean por el mismo territorio. La respuesta la dio el escritor Carlos Fuentes: “Entrar en el reino de los muertos”. La mundialización llama a la constitución de poderes regionales.

El experto dijo, además, que “antes de que Kosovo nos avergonzara a todos, el debate sobre la mundialización era el centro del debate intelectual, político y económico, al menos en Francia”. Elementos externos, como los medios de comunicación, han contribuido al fenómeno, al que McLuhan se adelantó cuando hablaba de la “aldea global”, y en este sentido el ponente ironizó sobre el hecho de que la noticia de la muerte de Abraham Lincoln tardó tres semanas en recorrer Europa.

El diplomático Samuel Hadas, que se ocupó del fundamentalismo religioso y la violencia en el siglo XXI, manifestó que es necesario afrontar urgentemente los problemas

sociales y económicos de los países de las riberas sur y oriental del Mediterráneo mientras sus condiciones económicas y sociales no mejoren, porque los grupos fundamentalistas radicales seguirán explotándolas. No hay mejor camino para combatir el extremismo que llevar adelante en ellos profundas reformas democráticas. Si los países con regímenes dictatoriales y autoritarios del Mediterráneo no logran avanzar en la solución de sus problemas económicos y sociales serán probablemente sustituidos por una u otra forma de fundamentalismo islámico.

En la mesa de seguridad el Dr. Kühne, experto en Derecho Internacional del Instituto Alemán de Investigación para Cuestiones Internacionales de Munich, afirmó que la OTAN atraviesa un momento crucial al cumplirse su cincuenta aniversario a causa de su intervención en Yugoslavia y consideró necesario abrir un amplio debate sobre sus futuras funciones, entre las que entiende que hay que tratar su implicación en acciones para mantener la paz, la forma de abordar los conflictos étnicos y religiosos y resolver si hay que dedicarse a combatir el terrorismo. Planteó también que, pese a ser una propuesta desagradable, Europa ha de debatir si necesita un sistema de defensa común frente a la amenaza de cabezas nucleares procedentes de determinadas regiones del mundo y describió los principales riesgos que afectan a Europa, recordando la tesis expuesta por el ex presidente de EE.UU. George Bush, al término de la guerra fría y la del presidente francés Mitterrand, cuando señaló aquél que el final de la guerra fría traería un nuevo orden mundial y el segundo, que supondría un nuevo desorden mundial.

Al referirse a los riesgos que afectan a la seguridad, Kühne planteó la incógnita del futuro de Rusia, que no se sabe si dentro de diez o quince años se estabilizará o fragmentará.

Pese a que el riesgo del holocausto nuclear parece haber desaparecido en Europa, en este orden de cosas hay que abordar, entre otros problemas, la existencia de entre diez mil y quince mil misiles nucleares que envejecen en el marco de un deteriorado estado ruso y un más deteriorado ejército ruso, así como un ambiente complicado por la situación de Kosovo, que ha suspendido la colaboración que había entre Rusia y EE.UU. Detectó también problemas en la periferia sureste de Europa y en Asia Central, donde hay una fuerte inestabilidad debida a la fragmentación de antiguos estados autocráticos.

Previamente intervino la Doctora Akiko Fukushima, Jefe de Investigaciones del Instituto Nacional de Desarrollo de la Investigación de Japón, que consideró que es necesario estimular en Asia instituciones multilaterales como el Foro Regional Asiático, y tras contrastar que Europa y Asia presentan realidades diferentes para implantar los sistemas de seguridad en cada uno de sus respectivos países, concluyó que debemos mantener nuestras alternativas abiertas, incluyendo la capacidad de adoptar para la seguridad en Asia un enfoque similar al de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, o incluso expandir la OTAN hacia aquel lado del globo.

El diplomático Hadas cerró las intervenciones en la mesa de Seguridad con su ponencia sobre el Mediterráneo en el umbral del 2000. Para él las premisas fundamentales del escenario ideal de un Mediterráneo seguro y pacífico que sea de interés de todos son la reducción al máximo de la brecha económica y social entre los países de la región, el reconocimiento de la legitimidad del otro y la igualdad de derechos de los ciudadanos y de sus culturas. Además, expuso que una política mediterránea de seguridad para el siglo XXI exige una política de seguridad y defensa colectivas, la cooperación para

el desarrollo, en la que la Unión Europea debería asumir un papel más activo y de liderazgo, y la promoción del diálogo intercultural, que consideró un presupuesto de cualquier intento de creación de un marco colectivo en el Mediterráneo.

En la sesión de Economía, el catedrático y académico D. Juan Velarde Fuertes, se ocupó de los miedos ante la escasez a la crisis de la globalización y tras hacer un repaso histórico de las respuestas planteadas por los economistas a los problemas de la escasez y los males de la abundancia, abordó las trampas planteadas al proceso de globalización, que describió como un fenómeno en el que surgen fuerzas que nadie puede controlar y que sobrepasan a los Estados disminuyendo su autoridad y legitimidad. Velarde detectó cuatro focos de desequilibrio: Japón, los Países Asiáticos del Pacífico, Rusia e Iberoamérica, y tres que pueden surgir en cualquier momento, África del Sur el Pacífico Sur y los países de la OPEP, y agregó que tampoco hay que olvidar a los EE.UU. y a la Unión Europea, dominada por Alemania, que es un país que tiene en estos momentos cuatro millones de parados, un tremendo desorden salarial y un fuerte déficit del sector público. No obstante, consideró que los EE.UU con Canadá y la Unión Europea, que será la región económica del mundo con mayor actividad, aunque menor que en 1998, se convertirán en los pueblos que combinando esfuerzos van a impedir que en 1999 tengamos que encaramos con una recesión mundial.

Situó el foco económico más resistente en la eurozona en la que se encuentra España y explicó que para unificar sus monedas los once países de esta zona han hecho sacrificios que suponen cambios estructurales muy serios, pero que les convierten en el refugio más importante de toda la economía mundial. En enero de 1996, afirmó, Aznar quemó sus naves políticas al ligar su futuro al ingreso de España en la eurozona.

Hoy España es uno de los países que se encuentra en ella de modo más confortable. Claro que si la tempestad aumenta será imposible, por muy sólido que sea el islote en el que habitamos, que por lo menos no quedemos empapados de agua. Otros tal vez se ahogarán.

El ex ministro de Economía y Hacienda, Pedro Solbes, habló sobre el futuro de la Unión Europea y el proceso de la globalización, destacando que este no es independiente de la construcción europea. Explicó que primero hubo un período de regionalización en Europa, después se produjo durante el mercado único un impulso europeo a favor del proceso de globalización, y ahora, con la moneda única y la ampliación, este proceso continúa ensanchándose. El ex ministro dijo que esto significa que se puede apostar por dos cosas, una por esconderse de los cambios, y otra por el cambio. A su juicio, no hay más solución que esta última.

En la sesión dedicada a la cultura, el profesor Caplow expuso su ponencia titulada “Más allá de la americanización: la cultura europea emergente” en la que señaló que hay elementos del “american way of life” que son difíciles de medir, como el incremento del individualismo y del voluntariado, la innovación a la apertura de grandes experiencias y el autoritarismo en los países de la Europa occidental. Afirmó que es una incógnita si la mayor integración de los países europeos en la Unión podrá equipararse a la tremenda expansión americana, y si la situación de EE.UU. como la única sociedad con capacidad independiente para fabricar armamento bélico del máximo nivel, persistirá al mismo tiempo que la Unión Europea se esfuerza por clarificar su relación con la OTAN. Al margen de estas contingencias, concluyó Caplow, la difusión en la Europa occidental de los valores que se han considerado distintivamente americanos, está ahora tan avanzada, que los

EE.UU. tendrán pronto que darse prisa para seguir estando al día.

El catedrático de la Universidad de Frankfurt, Carl Otto Hondrich, presentó la ponencia sobre “Globalización de la economía y globalización de las culturas” en la que planteó si los procesos conocidos como globalización suponen también la globalización de los valores. Afirmó que se da en esto una paradoja, porque la globalización de la economía conduce a una semejanza en el consumo y en la producción de cultura, y al propio tiempo fortalece las diferencias culturales. Es altamente dudoso que el universalismo occidental sea capaz de unificar estas dos funciones, y estima que una forma de universalismo, el llamado universalismo elemental, es el que probablemente realizará esta función. Las culturas, según él, se pueden unir por la superación de la ignorancia a través del universalismo explícito, que ha de definir los valores que creemos que son universales, como los derechos humanos, la tolerancia, el individualismo, la ideología de mercado y la democracia liberal. Afirmó que “los que pertenecemos a la cultura occidental y predicamos el universalismo de la libertad individual no estamos dispuestos de ninguna manera a salirnos de nuestra escala de valores, pero como ciudadanos del mundo y como científicos sociales en particular, debemos practicar un universalismo menos ofensivo y más elemental.”

Finalmente, el profesor Paul Kennedy, del Instituto Real de Tecnología de la Universidad de Melbourne en Australia, dijo que la capacidad de las naciones para competir en la economía del conocimiento global depende de que puedan producir muchas personas altamente especializadas y preparadas para contribuir al poder mental de las industrias y agregó que los gobiernos están cada vez menos inclinados a invertir en las universidades. La globalización según él está debili-

tando el poder normativo de las naciones estados sobre la educación y la universidad se enfrenta con la perspectiva de la desmonopolización. A su juicio, la universidad no se ha preparado suficientemente para asimilar el impacto de la globalización y el sometimiento de la difusión de los conocimientos y de los diferentes tipos de práctica del oficio universitario a las nuevas condiciones. Por eso se impone una reforma que afectará realmente a todo el mundo. En sus conclusiones, él planteó que la supervivencia de la universidad no está asegurada en cuanto la educación masiva en una economía global de conocimiento. Mientras no esté preparada para planificar su futuro e iniciar cambios desde dentro, habrá pocas esperanzas de que sobreviva con sus valores básicos intactos. La universidad ha de examinar su misión y articular claramente lo que es criticable, y estar preparada para romper los mitos, tradiciones y actitudes que inhiben su capacidad para llevarla a cabo.

En el Congreso no faltaron el apasionamiento, ni tampoco el debate sobre algunos puntos importantes y ha servido, sin duda, para dar un primer paso hacia el propósito que nos ha congregado a todos en esta bella isla de Gran Canaria. Todos los participantes en el Congreso agradecemos sinceramente al Excelentísimo Señor Presidente del Cabildo su hospitalidad y esperamos que se sienta satisfecho con los resultados de este Congreso de los que acabo de hacer una apresurada síntesis. Nada más y muchas gracias.



El director del Congreso, profesor Salustiano del Campo en un momento de su intervención.

CONFERENCIA INAUGURAL

DEL POSTCOMUNISMO AL POSTCAPITALISMO

Jean Daniel.
Director de Le Nouvel Observate

Señoras y señores,

Estimados amigos,

Obligaciones personales en primer lugar y profesionales en segundo, me impiden encontrarme entre ustedes y tengo que decirles cuán sinceramente lo lamento. Me siento triste y frustrado a la vez. Triste, ya que mantengo lazos intelectuales con algunos de ustedes, incluso sin conocerlos. Y porque me muestro como un ingrato ante los organizadores que me habían confiado el gran honor de pronunciar la conferencia inaugural de este coloquio.

Me siento también frustrado, ya que en la época que atravesamos y en la que nos enfrentamos a los nacionalismos y a los problemas de soberanía, en el momento en que los antiguos territorios yugoslavos y sus vecinos nos ofrecen un terrible campo de reflexión, me hubiera gustado aprovechar toda la riqueza de sus aportaciones. Por citar un ejemplo, hubiera deseado oír una explicación de las relaciones del drama balcánico con la herencia del imperio otomano.

Dicho esto, me propongo exponerles todo lo que caracteriza una era que denomino postcapitalista.

El final de nuestro trágico siglo y el principio del imprevisible siglo XXI se manifiestan, entre otros aspectos, a través de una inmensa regresión y de un sonoro progreso.

La regresión es, a pesar de la constitución de grandes estructuras, el retorno a la supervivencia agresiva de los nacionalismos, es decir, una relativa victoria del espíritu tribal sobre el espíritu de la aldea global.

El reciente progreso reside en el hecho de que la mundialización de los intercambios y la interdependencia de las economías han desembocado en un intento de moral universal y de intervenciones humanitarias.

La humanidad había emprendido un cambio cualitativo pasando de la tribu a la nación, luego pasando de la soberanía nacional al derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Cada nación se concedía el derecho a esgrimir sus raíces, su historia y su singularidad para afirmar una diferencia que podía provocar el rechazo de lo universal.

Ahora, precisamente en nombre de un derecho considerado universal, una corriente ideológica cada vez más en auge se orienta hacia la limitación de la soberanía de las naciones e, incluso, de los pueblos.

Ya no podemos decir, como Pascal, que: «Lo que es cierto a un lado de los Pirineos, es erróneo al otro». Ni siquiera podemos hablar del espíritu de los pueblos ni del carácter de una raza. Cuando se trata del «Decálogo», de la Declaración de los Derechos Humanos y de las distintas cartas, hay que rendirse ante ellos.

En otras palabras, en sólo diez años, hemos pasado de los valores diferenciadores del postcomunismo a los valores comunitarios del postcapitalismo.

Tras estas consideraciones, paso rápidamente del plano geopolítico al geoestratégico en el que debemos plantearnos quién puede ser responsable y garante de estos valores.

En este sentido, debemos hacer frente a una realidad inmensa e incontestable. Lo somos todos en cualquier grado, vasallos, individuos, aliados o ciudadanos de un nuevo y gran imperio: el imperio de los Estados Unidos, que es probablemente el mayor imperio que la Humanidad haya conocido jamás desde el inicio de su historia. Además, este imperio se basa en una constitución democrática.

A continuación, sólo nos queda meditar sobre las convulsiones que provocan cambios tan radicales. Se impone pues un rápido retroceso al postcomunismo.

La caída del muro de Berlín, la reunificación alemana y la implosión de la Unión Soviética tuvieron lugar en 1989, es decir, se los recuerdo una vez más, hace sólo diez años.

Sin embargo, parece que todo lo referente, durante décadas, a la hegemonía de la superpotencia soviética y a la expansión de la ideología comunista pertenece ahora a un pasado muy lejano.

Se ha olvidado hasta el shock que la implosión exenta de violencia del comunismo provocó, simplemente porque no la habíamos previsto en ningún momento. El antiguo presidente de los Estados Unidos, Georges Bush, acaba de publicar en colaboración con su antiguo asesor nacional para la seguri-

dad, Snowcraft, unas *Memorias* en las que, entre otras revelaciones, nos cuenta que, hasta el último momento, hasta el último minuto, los Jefes de Estado del mundo entero y, en cualquier caso, todos los expertos de los Estados Unidos, no creyeron en una transición no violenta del sistema comunista a la democracia.

Hasta el último momento, hasta el último minuto, se pensó que Mijaíl Gorbachov enviaría tropas a Alemania. Esta inmensa aventura comunista o, más exactamente, bolchevique, que ha impresionado nuestra mentalidad más que cualquier religión desde hace tres mil años, sólo reinó como potencia durante setenta y dos años.

Por citar un ejemplo, diez años menos que el reino franco de Jerusalén. Eso no es nada para la Historia. Nuestros nietos tendrán dificultades para comprender esta caída de un imperio y este declive de una ideología.

En el mejor de los casos, ha transcurrido mucho tiempo antes de que descubriéramos que la Revolución Bolchevique de 1917 no era más que heredera de lo peor que había en la Revolución Francesa (de 1789 y de 1793). Tras las grandes sangrías de la guerra del 14, la idea de que se podía cambiar el mundo, esta idea no religiosa constituía la única esperanza mientras que los cristianos alemanes y los franceses no cesaban de matarse mutuamente. Siempre se repite la misma historia: en principio se pretende devolver al pueblo la soberanía que se le había confiscado porque se confía en él de forma mesiánica. Incluso Sartre terminó por sacralizar al proletariado.

El cristianismo ha impregnado nuestras civilizaciones del odio a la usura, del préstamo sometido a interés y, por tan-

to, a la propia idea de la banca. El dinero que procede del dinero y no de la producción de riqueza, de la especulación y no de la creación, fue condenado por Dios, por la Iglesia Católica y por las comunidades que dependían de ella.

Entonces no se estaba convencido del hecho de que el capitalismo puede estar acompañado por una democracia real y no solamente formal.

La democracia, como ustedes saben, depende de la epopeya revolucionaria mientras se conquista, pero se hunde en la prosaica economía de mercado cuando se obtiene. Se trata de una actitud peligrosa porque nos ha llevado a ser muy magnánimos con los enemigos de la democracia, a condición de que fueran de izquierdas, claro está.

Estados Unidos ha salvado a los europeos en tres ocasiones en la Historia: en 1914, en 1942 y también tras la Segunda Guerra Mundial con el plan Marshall, que permitió simplemente la reconstrucción de Europa en un lapso de tiempo asombroso y que debería hacer reflexionar a cualquier país en vías de desarrollo. Incluso el general De Gaulle, en Francia, que no toleraba la arrogancia de la hegemonía americana, sabía aprovecharse llegado el momento de la potencia americana frente a la amenaza soviética.

He pretendido recordarles las cualidades y los inconvenientes que hemos podido compartir en el momento de las amenazas totalitarias nazi y bolchevique. Pero hoy en día, la democracia capitalista y la economía de mercado, a menudo ultraliberal, han sido refrendadas en las urnas. Sería positivo recordar cuáles son los problemas nuevos que debemos afrontar todavía.

Como acabo de decir, la hegemonía americana sigue ahí. Insisto en el hecho de que en ningún momento de su historia, Estados Unidos ha conocido en todos los ámbitos semejante potencia, desarrollo y disponibilidad. Se trata de un fenómeno más importante que el del Imperio Romano, la Pax romana, los imperios otomano o austrohúngaro y, más recientemente, que el del imperio soviético.

Ignoro si el siglo XXI será el de la proliferación de las religiones, la afirmación de la mujer, la recuperación de la fauna, el despertar de China o la nueva potencia europea. Pero lo que se sabe con toda certeza es que, como mínimo durante treinta años, el siglo XXI será americano. Lo que supone que será el siglo de la civilización del liberalismo económico, de la comunicación, pero, al mismo tiempo, quizá también de una forma de justicialismo puritano.

Ahora bien, hay que comprender claramente en qué consiste una dinámica de hegemonía. No estoy hablando de imperialismo, ni de voluntad de dominación, sino de que, simplemente, un cierto grado de poder conduce, a veces a pesar de sí mismo, a realizar intervenciones, controles y monopolios, además tanto para lo bueno como para lo malo. Nos hemos sentido satisfechos de que Estados Unidos interviniera en Bosnia, en Oriente Próximo y en Haití. Y si la guerra del Golfo no hubiera terminado con los desastres que todos conocemos, por un instante incluso nos congratulamos de que Estados Unidos hubiera tomado la iniciativa.

Lo que implica que en cierta medida, incluso afortunadamente, la política de defensa del planeta se decide en Washington simplemente porque Estados Unidos dispone de los medios y también porque domina las instituciones atlánticas y asiáticas en el seno de las que pone su capacidad al servicio de

sus aliados. La situación puede cambiar. La India y Pakistán no han pedido la opinión de Estados Unidos para transformarse en temibles potencia nucleares. China puede abandonar su voluntad aislacionista. Y, sobre todo, Europa se puede dotar algún día de una política de defensa autónoma. Pero, por ahora, las cosas son así y, en mi opinión, seguirán así todavía durante mucho tiempo. Excepto, y aquí es a donde quería llegar, si Estados Unidos no obtiene más beneficio económico oponiéndose a alianzas venideras.

Se habla mucho, como todos ustedes saben, de lo que se denomina la mundialización. En principio, la desaparición de las fronteras, la libre circulación terrestre, marítima y aérea de personas y bienes, la interpenetración de las culturas y, sobre todo, los prodigiosos avances de la comunicación, han hecho patente la interdependencia de los pueblos del planeta que, por ello, sin duda, se han «mun-dia-li-za-do».

No dispongo aquí del tiempo ni del espacio necesarios para establecer una nomenclatura que, por lo demás, está en la mente de todos los expertos en casi todos los ámbitos. Y lo que se denomina mundialización es, en realidad, una auténtica americanización.

Pero, en el fondo todo ocurre como si sólo hubiera una única vía para el desarrollo y que esta vía fuera ultraliberal, implacablemente competitiva, que llevara el mérito como estandarte y sin embargo estuviera destinada a un desprecio inhumano por la ayuda mutua.

Se trata de un asunto de vital importancia, sobre todo por los éxitos económicos que se han arrebatado actualmente a Estados Unidos y además con una repercusión social impresionante, puesto que este año hemos creado veinte millones de

nuevos puestos de trabajo de los que sólo siete parecen ser empleos precarios.

Entonces, en esta nueva Europa, en principio social-demócrata, se plantea ahora la cuestión obsesiva de saber si existe fatalidad en el capitalismo despiadado. ¿Existe fatalidad en el hecho de que Estados Unidos posea el monopolio de dicho capitalismo que le permite el dominio militar a escala mundial? Y, por último, ¿cuál es la capacidad de inventiva de una nueva economía de mercado que podría evitar a los países capitalistas estas sociedades a dos velocidades en las que los ricos se enriquecen y los pobres se empobrecen?

En pocas palabras, la pregunta es: ¿El capitalismo en su estado actual es la única respuesta al desmantelamiento de la Unión Soviética y al postcomunismo? En lo que a mí respecta, no me gusta hacerme ilusiones pero, como lo peor aún no es real, *el pesimismo aquí puede corregirse con numerosas constataciones.*

En primer lugar, el gigante americano es vulnerable puesto que tiene sus talones de Aquiles. Se podría decir a veces que es un Gulliver atado de pies y manos.

No me refiero solamente al espectáculo licencioso e indigno ofrecido últimamente por la Casa Blanca y el fiscal Starr, sino al hecho de que los intereses estadounidenses en el mundo son tan complejos que los pequeños Hitler como Saddam Hussein en Irak y Slobodan Milosevic en Serbia pueden hacerle frente.

Por lo demás, la capacidad de neutralización del Congreso, el deseo de no sacrificar vidas americanas, la yuxtaposición de comunidades que hacen volar en pedazos el famoso

melting pot, la resistencia de las grandes potencias como Europa, la India, China y Japón, el incremento de la población que vive por debajo del umbral de la pobreza, son otros tantos indicadores que alteran la reputación de invulnerabilidad de los Estados Unidos.

Preciso una vez más que no se trata de un antiamericanismo que podría recordar al del período de entreguerras o al que han suscitado las intervenciones en Vietnam, Chile o, en general, en América Latina. El mundo necesita a los Estados Unidos, sus científicos, sus premios Nobel, sus actores, sus artistas, sus empresarios. La prueba de que el mundo necesita a los Estados Unidos la hemos visto el día extraordinario en el que Bill Clinton fue objeto de una *standing ovation* en Naciones Unidas cuando se encontraba en plena crisis de sus comprometidas declaraciones. Se observaba claramente que si los Estados Unidos eran decapitados, el mundo se sentiría huérfano repentinamente.

Lo que está en juego es aún más grave: el mundo se ha hecho unipolar, para lo bueno y para lo malo. ¿Pero puede encomendarse a una sola superpotencia decidir cuál es ese bien y cuál es ese mal? ¿Incluso si esa superpotencia define el vicio y la virtud siguiendo los criterios de su propio pueblo y de forma democrática? Evidentemente, la respuesta es negativa y se impone para todos nosotros.

En algunos casos, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha limitado la capacidad intervencionista del Pentágono. El Departamento de Estado sufre prácticamente cada semana una ofensa siempre que Madeleine Albright viaja. Hay competencias económicas muy duras: cada vez que Francia, Alemania y Gran Bretaña se asocian, los monopolios americanos se encuentran en una posición difícil. Recuerden el caso de las compañías aéreas.

Y el hecho más importante es la constatación de que cuando el capitalismo se internacionaliza, se ve obligado a regularse. En otras palabras, cuando los problemas adquieren un cariz mundial, no pueden resolverse solamente con las leyes del liberalismo despiadado, con la ausencia de legislación y la anarquía competitiva. Lo cierto es incluso lo contrario. Somos conscientes actualmente de que con respecto a las cuestiones del hambre en el mundo, de la proliferación nuclear, del control de las epidemias, de la lucha contra la droga y de tantos otros problemas, la intervención del estado o de los estados reunidos es la que debe dictar la ley.

Hasta aquí he intentado responder a la primera pregunta sobre la fatalidad de cierto capitalismo en el post-comunismo. Veamos a continuación la cuestión de la fatalidad de la afirmación nacional en el post-capitalismo.

El 8 de octubre de 1995, se reunieron en las montañas de Colorado en Estados Unidos, personalidades de alto nivel: Margaret Thatcher, Primer Ministro del Reino Unido de 1979 a 1990; Georges Bush, Presidente de los Estados Unidos de 1988 a 1992; Mijaíl Gorbachiov, Secretario General del PC de la Unión Soviética de 1985 a 1991; y, por último, François Mitterrand, Presidente de la República Francesa de 1981 a 1995. Estos cuatro antiguos Jefes de Estado y de Gobierno se reunieron en torno a Brian Mulroney, Primer Ministro de Canadá de 1984 a 1993.

¿Qué asuntos trataron estas personalidades? Pues bien, nuestro tema, es decir, el hundimiento de los imperios, el futuro de las naciones y la forma que, en el próximo siglo, elegirán las mujeres y los hombres para vivir juntos.

Quiero simplemente citarles las conclusiones de François Mitterrand que fueron presentadas como su testamento geopolítico: «¿Lograremos realizar una síntesis entre la necesidad de grandes organizaciones y las demandas de cada comunidad pequeña que desea afirmarse como tal? El siglo que viene, el mundo debe instaurar una norma de derecho que proteja a las minorías proporcionándoles los medios para vivir libremente con lo fundamental de los atributos que les permiten satisfacer sus aspiraciones nacionales. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de asistir a una terrible diseminación. ¿Quién sabe? La necesidad de descentralización en Estados Unidos o en Canadá, algún día, podría vencer al estado federal. Y ocurriría lo mismo en Brasil, en España, en Bélgica. No tendría fin ni solución».

Todos estos Jefes de Estado y de Gobierno estaban muy preocupados por el resurgimiento de las naciones anteriormente aprisionadas en el imperio soviético. No obstante, todos ellos habían sido antibolcheviques, antiestalinistas e, incluso, antisoviéticos; exceptuando, por supuesto, a Mijaíl Gorbachov, quien, en esa época, hubiera deseado conservar la Unión Soviética reformada.

Margaret Thatcher tenía un miedo secular a la unificación alemana y declaraba: «Es muy sencillo; si las dos Alemanias se unifican, entonces, la futura Europa será alemana». También se sabe, mediante el testimonio de estos Jefes de Estado, que el mismo Helmut Kohl hubiera deseado frenar o retrasar la reunificación. En pocas palabras, todas estas personas que habían pasado su vida luchando contra el imperio soviético estaban consternadas por las consecuencias del desmantelamiento de este imperio ¿Por qué? Pues la razón es que quien habla de nación se refiere también a las posibilidades de nacionalismo y, en consecuencia, al temor ante la opresión de las minorías y la modificación de las fronteras.

Dos años antes, François Mitterrand había proclamado en Alemania: «¡El nacionalismo es la guerra!». Y el gran escritor peruano, Mario Vargas Llosa, que fue un malogrado candidato a la Presidencia de la República de su país, escribía a propósito de la nación: «Si se considera la sangre que ha hecho correr, la manera en que ha contribuido a alimentar los prejuicios, el racismo, la xenofobia y la falta de entendimiento entre los pueblos y las culturas, la coartada que [la nación] ha ofrecido al autoritarismo, al totalitarismo, al colonialismo, a los genocidios religiosos y étnicos, la nación parece el modelo por excelencia de una imaginación maligna».

Lo que más llama la atención en las citas que he querido presentar ante ustedes desde el principio de esta conferencia es, por una parte, un miedo especial al futuro y, por otra, la idea de que el miedo podía justificarse en la medida en que el futuro contemplado corría el riesgo de confundirse con las diferentes formas de afirmación nacional.

El gran interrogante que se planteará en el siglo XXI es saber si lo universal puede prescindir de los valores individuales y si el individuo puede prescindir de los valores universales.

De hecho, el hombre siempre está buscando un marco que sirva para equilibrar y armonizar lo enraizado y lo errante, el rito y la disponibilidad, la tradición y el progreso, el arraigo y la aventura, el hogar y el océano, el Saint-Laurent y el estrecho de Hudson; este marco continuamente indefinible y constantemente amenazado es la nación.

El primero en abrir fuego fue, como se sabe, el diplomático y sociólogo americano de origen japonés, Francis Fukuyama, que, por haber osado evocar un final posible de la

Historia tras el plebiscito mundial de la sociedad de mercado, fue objeto de numerosos sarcasmos de los que no todos eran merecidos. Sobre todo en Francia y Alemania, se dudó más de la cultura hegeliana de Fukuyama de lo que se han esforzado por estudiar sus tesis sobre la transformación de los conflictos.

Por el contrario, parece que se haya concedido un poco más de seriedad a los ensayos de Paul Kennedy sobre «El declive de los imperios» y de Samuel Huntington sobre «El choque de las civilizaciones». Pierre Hassner no vacila al evocar a propósito de Huntington una filosofía de la Historia que recordaría a la de Spengler y de Toynbee.

¿Qué propone Huntington en general? En primer lugar, que las divisiones entre países ricos y pobres, entre democracias y regímenes totalitarios, ya no serán decisivas puesto que ya no existe un mundo libre y desarrollado distinto del mundo comunista y del tercer mundo. Sin duda, regímenes políticos y desequilibrios económicos continuarán desempeñando un papel. Pero Huntington considera que, al igual que las dinastías, las naciones estado, los sistemas ideológicos, las «civilizaciones» y sus eventuales conflictos dominarán la escena mundial con las guerras que tanto unos como otros han generado en los siglos precedentes. «El choque de las civilizaciones dominará la política mundial. Las líneas de fractura entre civilizaciones serán los frentes de batalla del mañana».

Para Huntington, los conflictos de antaño entre príncipes, naciones estado e ideologías se situaban fundamentalmente en el seno de la civilización occidental. Se trataba de guerras civiles en el interior de Occidente. La civilización es una identidad cultural, es la forma más elevada de agrupación mediante la cultura y el factor de identidad cultural más amplio. En su

libro titulado *A study of History*, Arnold Toynbee ha identificado 21 grandes civilizaciones. No quedan más que éstas en el mundo actual: las civilizaciones occidental, confucionista, japonesa, islámica, hindú, eslavo-ortodoxa, latinoamericana y, quizá, africana.

Los hombres que pertenecen a civilizaciones diferentes tienen puntos de vista divergentes sobre las relaciones entre Dios y el hombre, el individuo y el grupo, el ciudadano y el estado, los padres y los hijos, el marido y la esposa, así como sobre la relativa importancia de los derechos y las responsabilidades, la libertad y la autoridad, la igualdad y la jerarquía. Estas diferencias resultan de un proceso que se ha extendido a lo largo de los siglos y no están próximas a desaparecer.

La cultura y la religión constituyen la base de la organización que reúne a diez países musulmanes no árabes: Irán, Pakistán, Turquía, Azerbaijón, Kazajstán, Kirguizistán, Turkmenistán, Tadjikistán, Uzbekistán y Afganistán.

Entre las civilizaciones occidental e islámica el conflicto perdura desde hace 1300 años. Es improbable que se calme este conflicto secular. Según Bernard Lewis: «Estamos ante un clima y una tendencia que sobrepasan, y con creces, el nivel de las políticas desarrolladas por los distintos gobiernos. Se trata nada menos que de un choque de civilizaciones».

La conclusión de Samuel Huntington, sobre todo contra lo que él denomina la conexión islámico-confucionista (amenaza de estrategia común por parte de Pakistán, la India, Corea del Norte, Irán y Libia), induce a preconizar una estrategia occidental; a estrechar los lazos con todos los occidentales, incluyendo la Europa del Este y América Latina; mantener la cooperación con Rusia y Japón; limitar el avance militar de

los Estado confucionistas mulsumanes; no proceder al desarrollo excesivo; etc.

Llegados a este punto, debemos preguntarnos si las naciones pueden o quieren aliarse obedeciendo a criterios (o a necesidades) 1º) históricos, 2º) económicos, 3º) étnico-religiosos o civilizacionales.

Se observa claramente que en la intención de Samuel Huntington se trata más bien de un Conflicto de Valores que sustituiría a los simples Conflictos de Poder. Pero, ¿en qué consiste la amenaza que una civilización representa en nombre de sus valores?

¿Se puede tener miedo de una civilización por lo mismo que se teme a una nación, a un estado, a un gobierno, es decir, que haga la guerra y que aplique una política única y coherente? ¿Los imperios son civilizaciones? Esto se ha dicho de Roma, de Persia y de Bizancio. Se empezó a sospechar con el Sacro Imperio Romano Germánico, los otomanos y los austro-húngaros, dado que se trataba de federaciones forzadas, de coaliciones impuestas, en las que se observaba claramente que su despotismo no triunfaba sobre la diversidad.

Lo menos que se puede decir es que los conflictos que se multiplican en nuestros días no avanzan en el sentido previsto por Samuel Huntington. Los conflictos de Ruanda, Bosnia, Cachemira, Argelia, Israel, República Checa, Irlanda y Kosovo son enfrentamientos por la convivencia y la proximidad entre poblaciones cuyas diferencias étnico-culturales, por los demás débiles, sólo se han exasperado expresándose a través de los micronacionalismos. Este final de siglo se caracteriza por las guerras civiles y, sin duda, se puede descubrir aquí y allá diferencias de civilizaciones, pero con la condición

de dar a esta palabra un sentido muy vago y desprovisto de cualquier capacidad para guiar un comportamiento. Si el Islam es una civilización ¿cómo comprender que sus fieles se desgarran con este furor y este odio? La proximidad crea las guerras. Lo sabemos desde Caín y Abel, Rómulo y Remo y, hoy por supuesto, los hijos de Abraham. El hereje es más odiado que el extranjero.

En realidad, tras el análisis, ninguna de las civilizaciones de las que Huntington establece la lista, parece realmente homogénea para los expertos de cada una de ellas. Ni siquiera la japonesa y, aún menos, la confucionista de la que un especialista subraya hasta qué punto se encuentra dividida entre los demonios del centralismo comunista, el de una economía de mercado desbordada y de las mafias y los señores de la guerra. En cualquier caso y para no olvidar el objetivo de este estudio, estas civilizaciones no han triunfado todavía sobre las naciones. De todas formas, no se puede subestimar la importancia creciente de la inspiración tradicionalista, irracional y mítica, en nuestras sociedades durante este fin de siglo y de milenio. Por el contrario, existen no pocas razones para observar esta disposición a lo que La Boétie llamaba la «servidumbre voluntaria» y Dostoievski, la «sumisión fascinada».

Hay que admitir sencillamente que tiene lugar una carrera a una velocidad desenfrenada entre el desencadenamiento de las fuerzas de la fidelidad y las fuerzas de la curiosidad. He evitado voluntariamente los términos de *conservadurismo* y *progreso*, ya que el primero puede conducir a la vida y el segundo, a la muerte. Más bien se trata de saber si la dialéctica crispada y conflictiva entre lo errante y lo arraigado, la universalidad y la identidad, la globalización y los particularismos, el individuo y la comunidad, en pocas palabras, entre la tradición y la modernidad separa a las civilizaciones o las vértebra.

Creo que las fuerzas en uno u otro sentido están igualmente repartidas. Creo que depende en gran medida de nosotros mismos que triunfe una de las dos. Para ello, hay que oponer al fatalismo de la civilización la voluntad de la cultura.

Hay que apostar por que en la capacidad y en la naturaleza misma de la Nación se encuentre la posibilidad de integrarse en un conjunto que la sobrepasa sin disolverla. Como sabemos, ésta es la ambición de los europeos. A pesar de los obstáculos, las vicisitudes y las acusaciones, soy de los que piensan que la construcción europea es algo extraordinariamente importante no sólo para los europeos, sino también para todo el planeta.

Desearía concluir diciendo lo siguiente: cuanto más observo, más reflexiono y más discuto, me doy más cuenta de que la hora de la desaparición de las naciones todavía no ha llegado y, en mi opinión, eso es positivo. Si elijo la nación es porque está a medio camino entre lo individual y lo universal, entre las raíces y el progreso; y es también porque sólo ella permite esa proeza que parece imposible y que yo he llamado el **ARRAIGO DE LO UNIVERSAL**.



Mesa de Geopolítica con André Fontaine, Samuel Hadas, William Pfaff y Alonso Álvarez de Toledo como moderador.



Mesa de Seguridad en la que participaron Akiko Fukushima, Winrich Kühne, Samuel Hadas y Alejandro Muñoz Alonso como moderador.

GEPOLÍTICA

ENTRE GLOBALIZACIÓN Y ATOMIZACIÓN

André Fontaine.
Ex director de Le Monde.

Hace medio siglo, un antiguo piloto de las Fuerzas Aéreas de EE.UU., Garry Davis, hacía pedazos su pasaporte para declararse «ciudadano del mundo». En Francia, con el apoyo de grandes intelectuales como Albert Camus, André Bretón o David Rousset, Garry Davis preconizaba la constitución de un gobierno mundial, único capaz, en su opinión, de evitar una nueva guerra y encontrar respuestas adecuadas a los grandes problemas de la época. La multitud se agolpaba en sus mítines y la ciudad de Cahors, en el sudoeste de Francia, proclamaba su «mundialización».

Creo que fue la primera vez que oí esa palabra. *Le Monde* me había confiado la «cobertura», como se dice en el argot periodístico, del acontecimiento. Era un hermoso domingo de principios de verano y numerosos ciudadanos habían acudido para participar en la fiesta. Pero, apenas habían empezado los discursos, llegaba una lamentable noticia: la invasión de Corea del Sur por parte de Corea del Norte. La guerra fría se caldeaba. De ese regreso a la dura realidad al sueño del amable Garry Davis hay un gran camino y su movimiento se sofocó rápidamente.

La mundialización de la que los organizadores de este congreso me han pedido que hable no tiene mucho que ver con aquélla de la hermosa ciudad de Cahors. Otros aparte de mí, y mucho más competentes, van a tratar también este tema en sus distintos aspectos. Sin embargo, tengo dos ventajas sobre ellos: al intervenir en primer lugar, no corro el riesgo de repeticiones inútiles y puedo contar con ellos para colmar mis lagunas y rectificar mis errores.

De cualquier forma, el tema es extraordinariamente amplio, ¿quién podría pretender agotarlo en media hora? Lo que me propongo hacer es:

1. en primer lugar, recordar los *factores* que han conducido a la mundialización;
2. luego, describir sus *características* principales;
3. y, finalmente, llegar a la corriente de sentido inverso que se podría denominar *atomización*, una palabra cuyos dos significados no les pasarán desapercibidos:
 - La muerte de poblaciones enteras como resultado de una explosión nuclear o simplemente de la radiactividad.
 - La tendencia de grupos cada vez más reducidos a reivindicar, incluso por las armas, su completa autonomía.

No pretendo alarmarles. Pero, sin dejar de lado la hipótesis de un super-Chernobil o del recurso en cualquier conflicto del próximo siglo a estas armas atómicas de las que el

TNP no ha hecho más que frenar la proliferación, en la última parte de mi intervención, me interesaré por la fragmentación de los Estados y no por la del átomo.

¿Hay que decir mundialización o globalización? Por una vez más ricos que el inglés, el español y el francés disponen, efectivamente, de dos palabras para traducir «*globalization*». Pero ambas palabras son menos sinónimas de lo que admite el uso corriente ya que *globalización*, en mi opinión, da mejor cuenta de la extraordinaria complejidad de este final de siglo y de milenio. Mientras que el término de *mundialización* abarca solamente el aspecto geográfico del fenómeno, el de *globalización* evoca claramente la imbricación creciente entre lo económico, lo financiero, lo social, lo político, lo cultural, lo religioso, etc... «Todo está en todo» se decía antaño. Nunca todo ha estado tanto en todo...

Antes de que la tragedia de Kosovo se produjera, avergonzándonos a todos, la mundialización centraba, al menos en Francia, el debate intelectual, político y económico, junto a la campaña para las elecciones europeas de junio. Extremistas de derechas o de izquierdas, nostálgicos del *gaullismo* o del jacobinismo, no tenían palabras suficientemente fuertes para acusarla esencialmente de:

1. destruir una identidad nacional milenaria sometiéndola a los intereses y a los modos de pensamiento americanos; y de
2. suprimir masivamente empleos con el único objetivo de permitir a los grandes grupos internacionales y a sus accionistas incrementar sus beneficios.

Estas acusaciones no son gratuitas:

- Con respecto a la pérdida de identidad, para De Gaulle, la independencia nacional era lo primordial. Había hecho salir a Francia, si no de la OTAN, al menos de su estructura militar. Sin embargo, en el marco de la OTAN y bajo mando estadounidense, Francia participa hoy en los ataques contra Yugoslavia. Estados Unidos es el único país que se arroga el derecho de adoptar sanciones por vía legislativa contra un determinado país cuya política comercial no le agrada. Impone, además, su propia definición de violación de los derechos humanos y de la respuesta que merecen que, aparentemente, no es la misma según se trate de Irak y Yugoslavia, por un lado, o de China y la región africana de los Grandes Lagos, por otro.

Me cuidaré de insistir en la *cultura* puesto que vamos a dedicarle toda la mañana del sábado. Sólo decir que Upton Sinclair no se equivocaba al constatar en 1917 que «gracias al cine, el mundo se unifica, es decir, se americaniza»¹. Ningún otro país ha logrado en la medida de Estados Unidos la fusión de elementos de todas las nacionalidades en una sola nación, ¿no es natural que propongan a sus primos que han permanecido en sus países las recetas de su «*melting-pot*»? Es un hecho que Hollywood ha considerado siempre que su producción debería ser accesible para el inmigrante medio: lo que «funciona» para él, debería funcionar en todas partes. A lo que se añade que el gobierno de Washington no se queda atrás impulsando a los peones de la producción cinematográfica y audiovisual nacional por doquier.

- En lo que al empleo se refiere, dado que la generalización afecta a todos los países desarrollados, las cifras están ahí para demostrar que, aparte de Estados Unidos, Japón, Gran Bretaña y Países Bajos, en el momento de la mundialización,

todos registran índices de desempleo moralmente insoportables y peligrosos desde el doble punto de vista de la seguridad pública y de la política en general. *Der Spiegel* dedicó, hace algunos años, toda su portada a un gráfico que evidenciaba el inmoral, el provocador paralelismo entre el aumento del paro y el de los valores mobiliarios. El pasado 22 de marzo, el *Wall Street Journal* se ocupaba, también en la primera página, del efecto negativo que un posible descenso del paro por debajo del umbral del 4% de la población activa podría tener sobre la economía americana. Pero no me extenderé sobre este tema que considero que será abundantemente tratado en nuestra sesión sobre economía de la tarde del viernes.

¿Quiere esto decir que la mundialización-globalización es el resultado de una elección política deliberada, que es una ideología? Es un hecho que hay personas, y no pocas, que no ven en ella más que ventajas y, por lo tanto, favorecen la ampliación de su alcance. Es el caso, sobre todo en estos tiempos, de los banqueros e industriales embargados por la «mergermania», la pasión de fusionar sus empresas.

Esto no es óbice para que si la globalización debe considerarse como una ideología, lo sea ante todo en el sentido que Marx daba a esta palabra en *La ideología alemana*: el conjunto de ideas filosóficas, políticas, morales, en las que se reconoce una determinada sociedad en una determinada época². En principio, la globalización constituye fundamentalmente la culminación de un proceso desencadenado desde hace mucho tiempo, cuyo punto de partida es por supuesto el incremento de la población, de sus necesidades, de sus *apetitos*, de sus pasiones, que incitan de forma natural a la búsqueda de nuevas *riquezas*.

Y, en consecuencia, a la búsqueda no solamente de nuevos medios de producción y de destrucción sino también de nuevos *cotos de caza*. Por lo tanto, se sigue una política de expansión territorial y colonial, según los casos, en nombre de una nación, de una fe religiosa (las Cruzadas, el Islam) o se-glar (La Revolución Francesa, el Comunismo), de un hombre, de una raza, de un «destino manifiesto» (el *go west* de los americanos), o de un «espacio vital» (el *Lebensraum* de Hitler, la «esfera de coprosperidad asiática» de los militaristas japone-ses). Y así, las guerras en cascada, cada vez más imperialistas, cada vez más sangrientas.

Estas pulsiones remontan a la Antigüedad. Retomemos lo que Tucídides escribía sobre Atenas durante la guerra del Peloponeso: «El poder de nuestra ciudad es tal que los bienes de toda la Tierra afluyen a ella. Llegamos a consumir las producciones de otros pueblos como si fueran, al igual que las del Ática, nuestro propio bien»³. Sustituyan Atenas por Estados Unidos y esta descripción podría ser actual...

Un siglo más tarde, el horizonte de las ambiciones de Alejandro Magno de Macedonia se extendía hasta el *ecúmene*, dicho en otras palabras, hasta el conjunto de tierras habitadas. En el año 2 a. C., cuando Augusto hizo mostrar en Roma un mapa del Imperio Romano rodeado por el muro, el famoso *limes*, que lo separaba de los bárbaros, lo presentó sin ambages como el «mapa del mundo»⁴. En aquella época, hacía ya tres siglos que China, el imperio medio, había empezado por su parte y con idénticos fines a construir su Gran Muralla.

Fernand Braudel fue el primero en hablar de «economía-mundo», fórmula que, desde entonces, ha sido retomada, sobre todo, por Immanuel Wallerstein que la utilizó fundamentalmente para describir, desde el universo helénico hasta

Venecia pasando por Roma, Cartago o el Islam, a los ribereños más emprendedores de su querido Mediterráneo que, debido a su situación como mar cerrado por sus dos extremos, perderá a principios del siglo XVI, en beneficio de los océanos Atlántico e Índico, su condición central⁵.

Estos «fragmentos de planeta», para retomar su expresión, que representaban todos estos microcosmos van a aproximarse como consecuencia de los grandes descubrimientos territoriales del Renacimiento, empezando por el de América, para culminar con la constitución de un mercado mundial y la aparición de ambiciones a su medida. Desde mediados del siglo XIX, sin que se emplease el término, la mundialización se hace realidad. A falta de dedicarle un libro entero a la noción de mercado mundial, tal y como había forjado el proyecto, Marx, que habla abundantemente de ella en el *Manifiesto del partido comunista*⁶, la concibe como una de las claves de su lectura de la historia universal. Para él, en efecto, el desarrollo del capitalismo estaba directamente relacionado con la ampliación del mercado, lo que implicaba la reducción creciente de los hombres al papel de simples títeres al servicio de la ciega potestad del dinero. Solamente la revolución comunista universal podría abolir «la explotación del hombre por el hombre».

Se podría incluso argumentar que, con el patrón oro, la mundialización estaba más consumada en vísperas de la guerra de 1914 de lo que lo está actualmente. Recordemos lo que escribía Keynes al respecto en 1920, en su célebre obra sobre *Las consecuencias económicas de la paz*: «por poco talento -entendamos «algunos medios»- que tuviera, un habitante de Londres, tomando su té de la mañana, podía encargar por teléfono variados productos de toda la tierra [...] podía arriesgar sus bienes en los recursos naturales y las nuevas empresas

de cualquier parte del mundo y participar sin esfuerzo ni preocupación en sus éxitos y beneficios previstos [...] podía [...] proporcionarse medios cómodos y baratos para ir a un país o región cualquiera sin pasaporte ni formalidad alguna [...] estimaba este estado de cosas normal, estable y permanente [...] la internacionalización de la vida social y económica estaba prácticamente a punto de ser lograda»⁷.

En 1931, Paul Valéry constataría que «comienza el tiempo del mundo finito» puesto que, ahora que ha sido completamente explorado, «las partes de un mundo finito y conocido se relacionan necesariamente entre sí cada vez más»⁸. Un célebre teólogo, el padre Teilhard de Chardin, veía a la humanidad en marcha hacia un «punto Omega» en el que el mundo realizaría su «unidad total y final más allá de su multiplicidad presente y manifiesta»⁹. Antes que ellos, Woodrow Wilson, refiriéndose a la Primera Guerra Mundial, creía que había llegado el momento de establecer una organización universal, la Sociedad de Naciones, fuertemente inspirada en el modelo americano.

El fracaso estuvo, como todos sabemos, a la altura de las esperanzas, pero Roosevelt volvería a la carga proponiendo confiar a los principales vencedores de 1945, los cuatro «sheriffs» que llegarían a ser cinco al sumárseles Francia, la responsabilidad de velar colectivamente por el respeto a la paz. El presidente estadounidense de entonces juzgaba a su país como el único capaz, en función de su formidable potencial, de asumir el liderazgo de este mundo «único» (*one world*), del que un hombre no quiere oír hablar, al menos, hasta que no sea él mismo su amo: Stalin.

Convencido de que los «imperialistas» intentarían ajustarle las cuentas a «la patria del socialismo» antes de que lograra forzar las puertas del «club nuclear», Stalin obliga a sus

súbditos, mediante el terror, a vivir en el interior de una fortaleza asediada, aunque habiendo asegurado algunas salidas en los Estrechos, Berlín y Corea, para tantear la posible eliminación del adversario. Pero, al pretender «alcanzar y sobrepasar» los niveles de producción americanos, sobre todo en materia de armamento, agota a su país, que ya había salido de la guerra terriblemente mal parado.

Sus sucesores se esforzarán por conservar el telón de acero, pero no podrán impedir que se oxide lentamente, menos aún cuando sus fracasos económicos, sobre todo en agricultura e informática, les hacen cada vez más dependientes de los cereales de América y de los créditos de Occidente. La intervención en Afganistán hará el resto. Desde 1983, es decir, dos años antes de la llegada de Gorbachov al poder, el mariscal Ogarkov, número 1 del Ejército Rojo en ese momento, confía al atónito corresponsal del *New York Times* que la guerra fría «en lo esencial ha concluido, si no ha sido ganada ya por los americanos». ¿Por qué? Porque en Estados Unidos, según él, los niños juegan con ordenadores mientras que ni siquiera existen en las oficinas del Ministerio de Defensa soviético¹⁰.

En aquel momento, hacía veinte años que el «equilibrio del terror» nuclear había impuesto, tras la crisis de los misiles de Cuba, la coexistencia, con sus efectos de ósmosis que, como hemos ido observando progresivamente, actúan sobre todo en dirección oeste a este. El ejemplo más espectacular es, sin duda, el de la RDA cuyo régimen, pretendiendo abrir una válvula de escape para el descontento generalizado, permite a sus habitantes ver cada día los programas de televisión de la RFA. El muro de Berlín, a la larga, no resistió la atracción del fruto prohibido.

Marshall McLuhan no esperó a la caída del muro para constatar, hace más de treinta años, que vivimos en una «aldea

global», una «aldea planetaria». La desaparición progresiva de las fronteras aparece, en efecto, como el resultado inevitable de la extraordinaria revolución «cuantitativa» que había conocido este siglo, entendiéndolo que, por citar otra vez a Marx, a partir de un cierto umbral, un cambio «cuantitativo» adquiere alcance «cualitativo»: los diversos factores de la globalización, cuya aplicación hemos observado desde la Antigüedad, han sufrido desde mediados de este siglo una aceleración tal que nos vemos obligados a hablar de un «cambio general de escala».

Esta revolución afecta a tantos ámbitos que se podría emplear este término a propósito de cada uno de ellos. ¿En qué orden enumerarlos? Como todavía no evaluamos justamente las perspectivas abiertas por la genética, que pueden conducir a la clonación masiva de robots humanos, lo que sería muy dramático, procuraré empezar por la *revolución tecnológica*, puesto que ningún sector de la actividad humana, desde la agricultura a la medicina, se ha librado de ella. Sería necesario mucho más tiempo del que se me ha concedido para hacer una enumeración y me permitiré citar, para dar una idea de la envergadura de las alteraciones acaecidas, la acertada observación de Manuel Castells, autor de un libro muy reciente sobre la «sociedad de redes»: «hemos suplantado a la naturaleza hasta tal punto que, actualmente, se la resucita («protege») artificialmente... como fuerza cultural»¹¹.

Observemos pues los cambios más espectaculares, a propósito de los cuales nos viene a la cabeza la palabra explosión. En primer lugar, la de Hiroshima que anuncia el advenimiento de la era nuclear que confiere al hombre la capacidad de destruir cualquier vida sobre el planeta, al mismo tiempo que contribuye en un sexto a la producción mundial de energía. Pero la explosión demográfica y el acortamiento de las

distancias hasta su casi abolición en lo referente a sonidos, imágenes, Internet, armas estratégicas, flujos financieros, epidemias, grandes contaminaciones, han contribuido también a la absolutamente nueva configuración del aspecto del globo.

La primera explosión pues y la más impresionante de todas, aquélla que inicia verdaderamente una nueva era de la humanidad: la de Hiroshima. Liberó el equivalente a dos tercios de la totalidad de las bombas lanzadas sobre Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, Estados Unidos ha fabricado 700.000 cargas nucleares por un total de 5,820 billones de dólares actuales. Francia dispone actualmente del equivalente a 3.000 explosiones de Hiroshima. Si África del Sur, Brasil y Argentina han renunciado a sus programas nucleares militares, India y Pakistán han acabado con un secreto a voces anunciando oficialmente que habían procedido a la realización de pruebas. Todo el mundo sabe que Israel dispone de un abundante arsenal y que Irak, Irán y Corea del Norte, quizá también Libia y Argelia, intentan forzar las puertas del «club».

El incremento de la capacidad de China, que dispone ya de diez misiles intercontinentales y cuyo presupuesto militar acaba de aumentarse en un 12%, ha bastado por sí solo para convencer a Japón, país hostil ante lo nuclear de índole militar donde los haya, de almacenar plutonio para cualquier finalidad útil, en cantidades que sobrepasan ampliamente sus necesidades civiles. Por otra parte, teniendo en cuenta el caos en el que se debate Rusia, nunca se sabe en qué manos podrían caer algunos elementos de un arsenal que, por lo demás, Rusia continúa manteniendo y modernizando.

El desarme nuclear general es una quimera: el diablo ha salido de su guarida y nunca le obligaremos a regresar, aun-

que sólo fuera porque quienes ostentan armas nucleares siempre temerán demasiado que el adversario potencial, sean cuales sean sus compromisos, conserve algunas a título de precaución como para no actuar igualmente. Por ahora sólo nos hemos ocupado aquí de las armas nucleares. ¿Hay que recordar que constituyen solamente uno de los tres elementos de la tríada de armas de destrucción masiva junto a las armas químicas y bacteriológicas, y que cada una puede causar daños irreparables?

Acabamos de nombrar al diablo. ¿No hay algo de diabólico en el hecho de que las filas de la humanidad hayan empezado a crecer masivamente en el mismo momento en que el advenimiento de la era nuclear multiplicaba también masivamente los medios para diezmarlas? De esta forma llegamos a la *segunda explosión más importante del siglo XX: la demográfica*. Había 300 millones de seres humanos a principios del primer milenio y 960 millones en 1800. Por tanto, habían sido necesarios más de dieciocho siglos para triplicar la población mundial. Idéntico resultado se ha obtenido en nuestra época en el espacio de una vida humana: éramos 2.000 millones en 1930, seremos 6.000 millones el año próximo, y esta cifra habrá sobrepasado su doble en cincuenta años.

Esta progresión, vertiginosa en la mayoría de los países del tercer mundo, es *infinitamente más lenta, gracias a la generalización del control de la natalidad, en el mundo desarrollado*. En Alemania o Japón, así como en otros países, la población tiende incluso a disminuir. Además, este fenómeno coincide, gracias a los progresos de la medicina, con una *espectacular prolongación de la esperanza de vida en todos los estados industrializados excepto en Rusia*, que conduce directamente a lo que un reciente artículo del *Foreign Affairs* denomina la «*floridización*»¹². El autor, Peter G. Peterson, banque-

ro en Florida, se refiere con este término a que, en los próximos siete años, las personas mayores de 65 años, en Italia y, después, en Japón y Alemania, alcanzarán el umbral del 18,5% de la población que ya conoce su estado. Francia y Gran Bretaña, luego Canadá y Estados Unidos, les seguirán un poco más tarde. Para Peterson, este problema no solamente dominará la vida económica y política de los países en cuestión - ¿quién va a pagar las jubilaciones el día que haya un jubilado por cada trabajador y medio activo?- sino que les obligará a redefinir sus estrategias geopolíticas. «¿Cuántos padres, se pregunta, *permitirán a su hijo único hacer la guerra?*».

Al igual que la proliferación de las guerras africanas debe mucho a la exuberancia demográfica de los beligerantes, el envejecimiento general del mundo desarrollado contribuye a explicar no sólo la conversión de Estados Unidos y de sus aliados a la política de *no-dead wars*, guerras sin muertes, y al empleo de ataques aéreos sin enviar tropas de infantería para intentar desestabilizar a Saddam Hussein o a Milosevic, sino también la reconciliación franco-alemana o germano-polaca, o incluso el auge del pacifismo en Israel, donde el índice de natalidad es de 2,7% frente a 7,3% en la Franja de Gaza.

Por ahora, la progresión de las tendencias hostiles a la inmigración traduce la inquietud del mundo rico frente a la presión de cientos de millones de pobres que se multiplican rápidamente, entre los cuales los jóvenes tendrán un peso cada vez más importante. Seguro que nos veremos tentados de responder a este hecho recurriendo al método del *limes*, el muro que contendría a los nuevos bárbaros. Un autor francés ha publicado hace algunos años un libro sobre este tema¹³.

En algunas megalópolis, como México e, incluso, si buscamos bien en París, ya hay ricos que querrían habitar en

calles cerradas, protegidas por milicias privadas. Pero ¿cómo Francia, por ejemplo, lograría cerrar sus fronteras mientras que Estados Unidos no lo consigue con México, mientras que recibe cada año más turistas que habitantes cuenta y que el paro, en el vecino Magreb, afecta sin duda a más de un tercio de los jóvenes?

El choque entre los que tienen y los que no tienen corre el riesgo de ser más violento si consideramos que la revolución tecnológica no sólo ha incrementado notablemente el número y la riqueza de los primeros, sino que, gracias a la televisión que se recibe perfectamente tanto en las chabolas como en las *favelas*, no permite ignorar nada de la envergadura y la naturaleza de esta riqueza, creando así entre los que están encerrados en su miseria ese sentimiento de injusticia fundamental que no ha cesado de provocar revueltas y guerras desde los tiempos de Espartaco. Por sí misma, la comparación *del esfuerzo financiero dedicado a la lucha contra el sida en el mundo desarrollado y en el otro es, a justo título, aterradora.*

Sea cual sea la eficacia, indiscutible, del liberalismo económico, la masa de desheredados tendrá cada vez más dificultades para dejarse convencer de la existencia de la famosa «mano invisible» que, si seguimos a Adam Smith, «parece forzar a los hombres a participar en la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habría tenido lugar si la tierra hubiera sido concedida en idéntica proporción a cada uno de sus habitantes... al estar todos los estratos de la sociedad al mismo nivel en lo referente al bienestar del cuerpo y a la serenidad del alma, el mendigo que se calienta al sol junto a una valla poseería normalmente esa paz y esa tranquilidad que los reyes siguen buscando»¹⁴. El estado actual del planeta nos muestra cada día un poco más el absurdo del discurso según el cual no se podría intentar nada para corregir el libre albedrío

de las leyes del mercado. En todo momento, tanto la sociedad como los individuos que la componen, debe recurrir a médicos, policías, jueces, bomberos, para remediar los accidentes de circulación, las infracciones, las enfermedades, las catástrofes naturales. ¿Por qué milagro la economía podría ser la única que eludiera esta necesidad?

Aparte de que se constata no solamente el regreso de numerosos comunistas no siempre reconvertidos a varios ex-países del Este, un auge de la izquierda e, incluso, de la extrema izquierda en diversos países miembros de la Unión Europea, sino también una tendencia creciente entre algunos defensores del liberalismo a admitir que éste exige para su adecuado funcionamiento alguna regulación. Aquí no me refiero sólo al *mea culpa* de Georges Soros. El presidente y el director general del foro de Davos acaban de reconocer la necesidad de proporcionar a la mundialización «un rostro humano»¹⁵. Fred Bergsten admite que el problema de la mundialización es que se ha «desarrollado sin contención»¹⁶. «Para prevenir las crisis -declara por su parte el presidente del Banco Mundial, James Wolfensohn-, hay que tener en cuenta los datos sociales»¹⁷. No me corresponde a mí decir lo que habría que hacer para avanzar en este sentido, pero me permitiré recordar como un signo favorable esta tardía sacudida a cierto número de certezas.

Ya he evocado en dos ocasiones el impacto de la televisión y del cine sobre los comportamientos. Dos simples detalles para dar una idea de su envergadura. Los nombres que se ponen a los recién nacidos con más frecuencia en Francia actualmente son Kevin y Deborah, que son propios de actores norteamericanos. O también se da el caso de que jóvenes delincuentes llaman «your Honor» al magistrado que se ocupa de su expediente.

Todavía no se ha estimado exactamente el alcance político de esta *revolución de las comunicaciones* que, además, no es de dirección única, puesto que el alemán Bertelsmann ha llegado a ser actualmente el tercer editor americano y no duda de que su importancia iguala a la de las dos revoluciones anteriormente mencionadas: reactores y misiles intercontinentales se ríen de las distancias. El turismo se ha transformado en una actividad de masas. El hombre ha escapado a la atracción terrestre y ha empezado a colonizar el espacio. Lo mismo ocurre con la *información*: fueron necesarias tres semanas para que los europeos se enterasen del asesinato de Abraham Lincoln; cientos de millones de telespectadores asisten ahora en directo a los grandes acontecimientos políticos, deportivos o culturales e, incluso, a las guerras. Más aún que la CNN, Internet acaba con todos los telones de acero: llega hasta China e Irán, llegará a otras partes.

No hay sector en el que haya desaparecido tanto la noción de tiempo como en el de los *flujos financieros*, de los *movimientos especulativos*, gestionados o no mediante redes. Ahora bien, a menudo influyen mucho más en nuestra vida que las decisiones de los gobiernos que, claramente, tienen cada vez más dificultades para gestionar la complejidad creciente de los informes que se les someten. Estos movimientos, fácilmente instintivos, sometidos a todas las amplificaciones que puede generar la ansiedad o el exceso de confianza, son esencialmente volátiles. Un ejemplo: en 1997, la bolsa de Moscú se situaba al frente con los mejores resultados; un año más tarde, se hundía.

Otro ejemplo: el gabinete Chirac detuvo las privatizaciones en 1987 no como resultado de un cambio de doctrina sino del crack de Wall Street que hizo desaparecer a los potenciales compradores de lo que se privatizara. Y si se

quiere otro ejemplo más: todo el mundo sabe que la campaña contra el euro de la prensa Murdoch, que difunde diariamente siete millones de ejemplares en Gran Bretaña, constituye para Tony Blair uno de los principales obstáculos para su adhesión pública a la moneda única. Pero los gobiernos notan en todos los sectores que su acción se ve limitada por la existencia de enormes redes, incluidas las de las diversas mafias. Desgraciadamente para ellos, les queda por gestionar el impacto de estas alteraciones sobre sus administrados, que les piden siempre más seguridad y protección social, responsabilidades que la pretendida comunidad internacional descarga con facilidad sobre ellos.

Estas redes de las que tanto se habla convergen de hecho en una red global, ese «espacio económico del mundo» mencionado desde 1954 por mi añorado profesor François Perroux, que lo definía como una «red de intercambios y de fuerzas irradiada desde los polos económicos [...] un tejido de relaciones complicadas y cambiantes en torno a esos polos»¹⁸. En realidad demasiado «complicadas» y demasiado «cambiantes» para que se pueda imaginar que estén regidas o bien solamente por la ley del mercado que, en ese caso, no sería más que la ley de la jungla, o bien por aquel gobierno mundial con el que soñaba Garry Davis. Podemos estar seguros de que si algún día, tras un milagro, un gobierno semejante viera la luz, asistiríamos rápidamente al surgimiento de movimientos separamatistas.

«*The more the world grows micro, the more the challenge becomes macro*», afirma una reciente publicidad de la famosa Universidad Bocconi de Milán. Que el desafío sea *macro*, nadie lo duda. Pero hay dos formas para el mundo «*to grow micro*». Una es replegarse sobre sí mismo y acabamos de recordar hasta qué punto está a un paso de hacerlo en innume-

rables sectores. La otra es atomizarse, permitiendo cada vez a más grupos humanos apartarse del conjunto. La tendencia es más general de lo que se quiere admitir y Tony Blair ha emprendido, para Escocia y en menor grado para el País de Gales, un proceso de «devolución» que habría hecho atragantarse a Pitt o a Churchill. Algunos «länder» de Alemania federal, con Baviera a la cabeza, tienden a tomar distancias cada vez mayores con respecto a Berlín. Si ahora los catalanes parecen bastante satisfechos con su suerte, la sangre continúa corriendo en el País Vasco, y el proceso de paz en Irlanda del Norte sólo avanza muy lentamente. En Córcega, donde la violencia es endémica, los nacionalistas han obtenido un cuarto de los votos en las recientes elecciones a la Asamblea Regional.

Desde los kurdos o los tibetanos hasta las poblaciones del sur de Sudán y de la región africana de los Grandes Lagos, hay una larga lista de grupos o etnias que ven responder a su búsqueda de identidad con una violencia que, en ocasiones, alcanza el genocidio. Sin embargo, se sienten aún más legitimados para obtener su reconocimiento si consideramos que las Naciones Unidas no han dudado en acoger como miembros de pleno derecho a estados liliputienses como algunas islas de las Antillas que no cuentan con más de 50.000 habitantes e, incluso, a Mónaco o Liechtenstein. Y ¿qué se puede hacer cuando dos pueblos luchan ferozmente por una misma tierra, como los israelíes y los palestinos, como los serbios y los albaneses en Kosovo?

Un gran escritor mexicano, Carlos Fuentes, ha proporcionado la única respuesta verdadera a esta pregunta:

«Basta un día para desaparecer, una sola noche
para entrar en el reino de los muertos
Sólo hemos venido al mundo para conocernos

La tierra sólo se nos ha concedido por un tiempo
Vivamos pues en paz, vivamos juntos»¹⁹.

El más hermoso discurso pasa desapercibido mientras impere el odio. En cualquier caso, me parece que, tanto como el beneficio de los accionistas, la necesidad de socorrer a las víctimas de la *balcanización* general y de prevenir su extensión, debería motivar a lo que se ha dado en llamar la comunidad internacional. Es cierto que no se puede solicitar a Naciones Unidas, donde el derecho de veto de cada gran potencia puede bloquearlo todo, que resuelva todos estos rompecabezas. Pero tampoco se puede confiar solamente a la Reserva Federal de Estados Unidos la tarea de imponer disciplina a la mundialización con el único instrumento de los tipos de interés. Ya se utilice el FMI o una estructura nueva, la mundialización exige urgentemente instituciones mundiales representativas e investidas de amplios poderes, que tengan en cuenta la dimensión política y social de los problemas, y no sólo su aspecto meramente económico. Pero esto no es suficiente. Al mismo tiempo, para acercarse a los ciudadanos y para ser capaz de hacer frente, llegado el caso, a un poder mundial siempre tentado por abusar de su fuerza, la mundialización exige la constitución de poderes regionales. Sin duda esto es lo que tiene más posibilidades de evitar las dos atomizaciones, la nuclear y la étnica, que he tenido la oportunidad de ilustrar.

NOTAS

- ¹ En *La Tête d'Holopherne*.
- ² Marx, Karl. *L'Idéologie allemande en Oeuvres*. París, Gallimard, la Pléiade, vol. III, 1982.
- ³ Tucídides. *La Guerre du Péloponnèse*. París, Gallimard, 1964, p. 188.
- ⁴ Citado por Moreau-Desfarges, Philippe. *La Mondialisation, vers la fin des frontières?* París, Dunod, 1993, p. 15.

ANDRÉ FONTAINE

- ⁵ Braudel, Fernand. *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV^e-XVIII^e siècles*. París, Armand Colin, 1979.
- ⁶ Marx, Karl. op. cit., vol. I.
- ⁷ Keynes, John Maynard. *Les conséquences économiques de la paix*. París, Gallimard, 1920, pp. 20-21.
- ⁸ Valéry, Paul. *Regards sur le monde actuel*. París, Gallimard, 1945, p. 25.
- ⁹ Pierre Teilhard de Chardin.
- ¹⁰ Gelb, Leslie H. «Cold War: The Victory Credits Should Be Shared» en *International Herald Tribune*, 21 de agosto de 1992.
- ¹¹ Castells, Manuel. *La société de réseaux*. París, Fayard, 1998.
- ¹² Peterson, Peter G. «Gray Dawn: The Global Aging Crisis» en *Foreign Affairs*, enero-febrero 1999.
- ¹³ Rufin, Jean-Christophe. *L'Empire et les Nouveaux Barbares*. París, J. C. Lattès, 1991.
- ¹⁴ En la *Théorie des sentiments moraux*, publicada en 1759.
- ¹⁵ Schwab, Klaus y Smadja, Claude. «Globalization Needs a Human Face» en *International Herald Tribune*. 28 de enero de 1999.
- ¹⁶ Entrevista en *Libération*, 29 de enero de 1999.
- ¹⁷ Entrevista en *Le Monde*, 2 de febrero de 1999.
- ¹⁸ Perroux, François. *L'Europe sans rivages*. París, PUF, 1954, pp. 34-35.
- ¹⁹ En *Les cérémonies de l'aube*.

Traducción: por Agustín Darias Marrero.

UNA RÉPLICA A LA TESIS DEL CHOQUE DE CIVILIZACIONES

William Pfaff.

International Herald Tribune.

Se ha dicho que el Siglo XIX fue un siglo de guerra de nacionalismos y el Siglo XX un Siglo de Ideologías lo cual es verdad, pero no con la distinción que parece.

Las ideologías dominantes del Siglo XX proponían utopías a la humanidad (o a una parte de ella) - una sociedad de obreros - pero obtenían su poder popular y más que nada, el poder militar, del nacionalismo. Reconciliaron los dos de una forma muy peculiarmente efectiva.

El Nazismo explotó el sentimiento nacional y el resentimiento en la Alemania de entre guerras, pero fue esencialmente una ideología internacional basada en una teoría racista. Se concibió a sí misma como el vehículo de la raza aria «nórdica» (no específicamente Alemana) con supremacía sobre otras razas inferiores, siendo los judíos parte de una de esas razas. Una de las razones de por qué Hitler subestimó el potencial militar de USA fue porque consideró a los americanos como una raza de «mogrel», un pueblo en el que se incluía a decenas de naciones, y como resultado, tenía que ser una nación débil.

El programa Nazi visionaba la unificación de Europa bajo la raza nórdica: alemanes, escandinavos, holandeses - ingleses. El Comunismo Internacional fue el resultado del Siglo de las Luces y del pensamiento progresista (al igual que siendo el portador de la influencia del mesianismo religioso). Sostenía que un proceso dialéctico gobierna la historia por el que niveles superiores avanzados de organización reemplazan a los de menor nivel, con el resultado de la ley milenaria de la justicia, encarnada en la ley del proletariado - el paraíso secular.

Esta doctrina resultó ser eficaz en tanto en cuanto generaciones de idealistas pensaron, desde el absurdo, que rompiendo con el pasado del ser humano se podría abolir la condición humana. En base a esta ideología, desde las últimas décadas del siglo XIX hasta los 1980 se infligió la muerte y mucho sufrimiento a millones de seres humanos. Al mismo tiempo, decenas de miles de personas se dedicaron libre y generosamente a la propagación de esta doctrina. Sin embargo, cuando llegó la guerra, Stalin tuvo que recurrir al nacionalismo ruso.

Lo que destruyó a estas dos formas específicas, modernas, de injusticia, el Nazismo y el Comunismo Totalitario, fue también el nacionalismo. La resistencia a Hitler fue fundamentalmente nacionalista: La indomable habilidad de Churchill en movilizar a su pueblo inglés; el patriotismo de los holandeses, noruegos, checos, polacos, franceses y todos los demás que se prepararon para pelear en 1940 y en 1941 cuando la victoria era imposible de lograr sin la entrada de Rusia o Norte América en el lado de los aliados.

Es el caso que estos países entraron en la guerra sólo por razones nacionalistas. Por razones de supervivencia, como fue el caso de Rusia cuando fue invadida por Hitler, y en el

caso de los americanos sólo después del ataque de Japón en Pearl Harbor.

El nacionalismo es tanto un problema como una solución. Este es, al menos, mi argumento que expongo como un aspecto complejo insuficientemente comprendido y apreciado. Una de las grandes suposiciones que se hacen en el mundo político occidental después de la Primera Guerra Mundial, ha sido que el internacionalismo no sólo debe, sino que quiere, eventualmente, reemplazar el nacionalismo en las relaciones con la gente.

Esta idea ha tenido una gran influencia en los círculos gubernamentales de mi país. La Administración Bush, siguiendo las pautas de Wilson y de Franklin Roosevelt, fue la que más recientemente ha proclamado «un orden mundial» - implícito bajo el liderazgo americano - pero sabiamente no hizo nada para hacerlo realidad. La Administración Clinton, por otra parte, ha venido persiguiendo ese nuevo orden a través de la «globalización» económica y financiera, transformando la economía mundial e intentando convertir la OTAN una alianza militar, en una entidad global de paz (un esfuerzo que está teniendo actualmente dificultades).

Esto va en la línea directa americana de un reformismo internacional que comienza con Woodrow Wilson en 1917 sobre la base del principio de determinación nacional y su propuesta de una Liga de Naciones. Es una tradición política que se basa en la transposición no crítica de la experiencia nacional americana a la escena internacional.

Todo esto me produce escepticismo frente a la proposición de que con la entrada en un nuevo milenio habremos de enfrentarnos a cambios fundamentales en las relaciones polí-

ticas entre sociedades. La venida de un nuevo milenio tiende, sin embargo, a inspirar profundos argumentos relacionados con la evolución de la historia.

Una proposición influyente en esta línea, de origen americano, afirma que estamos entrando en un universo político en el que las relaciones internacionales funcionarán en términos de civilizaciones en vez de naciones políticas.

Es una idea expuesta por un eminente político científico, Samuel Huntington, que ha provocado interés internacional y mucho apoyo. Ello se ha debido a que, cuando la Guerra Fría terminó, se creó un vacío conceptual para el público en general y para un analista político en particular. Esto último fue una importante consideración, porque las políticas gubernamentales buscan una racionalidad intelectual. La realidad debe ser conceptualmente simplificada para que sea útil a las democracias. Sin «imágenes simplificadas de la realidad» hay sólo confusión.

La tesis de Huntington ha sido influyente porque provee de una explicación plausible a lo mucho que está pasando hoy en el mundo y racionaliza las ansiedades que muchas gente en el mundo occidental ha sentido acerca del fundamentalismo y los lazos del desarrollo económico asiático a los «valores asiáticos», diferente de las democracias occidentales. Huntington afirma que «el foco central del conflicto del futuro inmediato será la confrontación entre occidente y varios estados islámicos». (Lo que quiere decir es una alianza entre estados islámicos agresivos y China que supuestamente dotará a los anteriores de los medios para desarrollar armas de destrucción masiva).

Su tesis es, sin embargo, desde mi punto de vista, no solamente peligrosa, sino también incierta. Ha aparecido como persuasoria para muchos porque es, de hecho, familiar. La noción de choques de civilizaciones, guerra raciales, etc., ha existido en la mente de occidente desde el descubrimiento de los mundos más allá de las fronteras de occidente. El mundo no occidental y Europa han estado en tensión desde los siglos XV y XVI, cuando los europeos exploraron los océanos y regiones del mundo hasta entonces desconocidos para ellos, como parte del más amplio movimiento exploratorio Renacentista científico e intelectual. Las civilizaciones asiáticas fueron descubiertas por el oeste, y la exploración y colonización de América y África dio comienzo.

Mientras la discrepancia de poder entre el Islam, China y los estados de la India no era tan grande entonces - China era una de las sociedades mejor organizada y más sofisticadas que ninguna otra ciudad europea del Siglo XVI. - en los siglos XVII y XVIII Europa adquirió una ciencia y tecnología modernas reforzando la convicción que ya poseía de superioridad sobre otras sociedades atrasadas o paganas y de ahí, su derecho a regir al resto.

Sus consecuencias han aportado el tema principal de la historia moderna. En esta línea, el «choque de civilizaciones» tiene ya 600 años. Las conquistas de España y Portugal, la conquista de Gran Bretaña en Persia, el desmantelamiento por la fuerza de los europeos del imperio Otomano, incluso en el siglo XX las luchas entre Rusia y el Oeste, todos ellos fueron choques entre civilizaciones.

Lo que ha atraído la atención de Huntington es que los movimientos poblacionales, la emigración, el transporte moderno, la tecnología y las comunicaciones han confrontado a

las sociedades mucho más estrechamente que en el pasado, extendiéndose e intensificándose estas tensiones, y que las sociedades no-occidentales han adquirido el poder de rebelarse y de defenderse de occidente. El choque ya no es aquél en el que occidente siempre gana. Las armas nucleares o las armas biológicas están ahora en posesión de todos.

Restándole a Huntington el tema acerca de las civilizaciones, su esquema geopolítico me parece un ejercicio vanal de especulación futuroológica acerca de los poderes hoy en juego y particularmente acerca de las tensiones entre el Islam y Occidente.

Hablo bastante de Huntington porque los errores conceptuales de su tesis pueden influenciar negativamente las relaciones entre civilizaciones y en las políticas procesuales de los gobiernos. Su grave error está en tratar las civilizaciones como entidades políticas.

La preocupación clave de Huntington es el fundamentalismo islámico, pero también le preocupa la sociedad occidental en toda su entidad. El único interés del movimiento fundamentalista en occidente es erradicar la influencia de occidente del mundo político, comercial y cultural de la sociedad islámica. Los fundamentalistas islámicos están también dispuestos a establecer alianzas con religiones occidentales en una lucha común en contra de las ideas secularistas.

No se puede enfatizar lo suficiente, como respuesta a los estereotipos que nutren las ideas de conflicto de civilizaciones entre el Islam y el Oeste, que tensiones entre los estados islámicos en el Cercano y Oriente Próximo y los Estados Unidos y Europa son resultado claro de la creación del estado de Israel, conflictos de interés material, notablemente debido

al crudo (petróleo), o retazos que han quedado del colonialismo. Otras partes del mundo islámico -- la Turquía islámica, Indonesia, Pakistán, Malaisia, los mahometanos de la India, China, Asia Central, las Filipinas, los mulsumanes de Albania, Bosnia, Macedonia y Kosovo -- pueden tener problemas con los gobiernos y las sociedades occidentales, pero estos no son problemas de los árabes y raramente conectados al fundamentalismo o a la religión islámica como tal.

Si aceptamos el argumento de Huntington de que los conflictos del futuro serán básicamente culturales, debemos concluir que entonces no habrá soluciones. La guerra cultural es inherentemente innegociable.

La pertenencia a una civilización, como la pertenencia a una raza, no es elegida. Si los conflictos que hoy serían considerados como solucionables -disputas de territorio, comercio, ambición política, etc.- se han de interpretar como choques de civilizaciones, a esos problemas se les niega la solución. Las guerras de civilizaciones no se pueden ganar, salvo por el exterminio. Hitler se consideró un mero instrumento de la necesidad histórica.

La teoría es falsa, pero sin embargo, peligrosamente influyente. Es un grave obstáculo a la comunicación entre civilizaciones, socavando la proposición de que el diálogo intercultural es crucial. Influencia la política de formulaciones gubernamentales, y tiñe el discurso de los intelectuales, al igual que el de los medio de comunicación.

La historia no se para. Consume acción y demanda la constante toma de decisiones que se adoptan inevitablemente dentro de un marco filosófico e ideológico concreto. Si el marco referencial intelectual que antes teníamos se descarta, ¿con

qué se le reemplaza? El alejamiento de Huntington de una concepción de la historia como zona de acción responsable encuentra su confirmación en el ataque hecho por otra parte de la comunidad académica moderna en contra de la idea de la objetividad histórica. Estos críticos (americanos, británicos y franceses) elevan las observaciones cotidianas de que los poderes de partes interesadas influyen lo que se le presenta a la sociedad como verdad, y que la manipulación de imágenes en la sociedad moderna produce no sólo interacción, sino una inter-sustitución entre acto e imagen, dentro de una teoría general de que la realidad no existe autónomamente, sino que es el resultado de poder y de imagen.

En contra de esto, ha existido siempre una visión de la historia como trágica, su significado insoluble en tiempo histórico. El que cree en el pecado original encuentra que comparte algo con el estoico, ateo y humanista Freud, quien recordaba a sus lectores que el objetivo de la vida es la muerte, y quien negó «que existe un instinto en conseguir la perfección en el trabajo de los humanos, que les ha catapultado a un alto nivel de éxito intelectual y que podrían conducirles a niveles de superhombres. No tengo esa fe... No entiendo cómo esa ilusión se puede conservar».

No se puede evitar llegar a una conclusión tan pesimista, ni tampoco yo, como cristiano acepto que la historia ser basura, o una pérdida. Pero estas tendencias y concepciones que he manifestado en este trabajo, me parecen sombras que se pone al futuro. Retan a la tradición clásica occidental del discurso y la acción racional. A mí me parece que es un tema que nos debe preocupar a todos.

FUNDAMENTALISMO RELIGIOSO Y VIOLENCIA EN EL SIGLO XXI

Samuel Hadas.

Analista Diplomático

En 1998 la globalización y la brutalización del terrorismo, en parte apoyado por gobiernos en nombre de “sagrados principios”, han sido las más notables en las últimas tres décadas, desde que la sociedad internacional comenzara a sufrir este flagelo y el terrorismo se haya constituido en uno de los protagonistas importantes de la vida de la comunidad internacional. Asistimos hoy a un fenómeno que podremos denominar de globalización del terrorismo. Somos testigos entonces no solamente de la globalización en lo económico y en lo cultural, sino también de un preocupante fenómeno ante el cual no hay país inmune: el terrorismo golpea en los lugares más insospechados. El terrorismo moderno es global, porque ha sabido beneficiarse de las tecnologías y sistemas más modernos y de la porosidad de las fronteras. El resultado es su impresionante impacto en la sociedad internacional.

En los años 70 los actos terroristas se contaron por centenares al año. Esa década finalizó con la revolución islámica shiita que encaramó al poder en Irán al Ayatollah Rohullah Jomeini, hito digno de destacar por cuanto su régimen, por razones ideológicas, adoptó la política de “exporta-

ción de la revolución " y se transformó en uno de los promotores del terrorismo globalizado. La década de los 80 conoció el asesinato del Presidente egipcio Anwar Sadat, el coche-bomba que voló por los aires la Embajada de los Estados Unidos en Beirut, al que siguieron otros actos similares en distintas partes del mundo, el surgimiento del movimiento islámico terrorista Hamas en los territorios ocupados por Israel y del Hezbollah en el Líbano, la victoria del Frente Islámico en Argelia y el golpe militar que impidió que acceda al poder, iniciándose una brutal y sangrienta ola de terrorismo y represión que no cede hasta hoy. En esos años también se produjo en Sudan el golpe militar, que permitió posteriormente al líder fundamentalista Hassan al-Turabi dominar el proceso político del país, convirtiéndolo en santuario de grupos terroristas fundamentalistas, que actuaron en los países vecinos y Africa del Norte. Esta breve reseña no pretende, por cierto, mencionar todos los actos de terrorismo ocurridos en el período que nos ocupa.

En 1998, la cuenta de incidentes terroristas excedió los miles (según el experto Yonah Alexander se registraron ese año más de 4500 incidentes). En un solo día, el siete de agosto, los terroristas causaron más víctimas fatales que en todo 1997, cuando dos coches-bombas contra las embajadas de Estados Unidos en Kenya y Tanzania mataron 260 personas e hirieron a más de cinco mil. El año precedente habían perecido 221 personas y heridas cerca de 700. En Irlanda del Norte, en Omagh, una bomba causó 250 víctimas, entre muertos y heridos. Países como Turquía, Israel, Argelia, Colombia, India y también España, siguieron sufriendo los embates del terrorismo.

La década de los 90 está marcada por una espectacular escalada en las acciones terroristas. Una de las acciones

más espectaculares fué la bomba en el World Trade Center de Nueva York. Entre otras espectaculares acciones, recordemos las bombas que destruyeron la Embajada de Israel, en marzo de 1994 y el principal centro comunitario judío de Buenos Aires, la AMIA, en julio de 1998, y que causaron centenares de víctimas. Todos estos actos terroristas se llevaron a cabo muy lejos de la periferia de la línea de combate de las organizaciones terroristas fundamentalistas involucradas.

Es difícil predecir si este año habrán de batirse nuevamente semejantes records de brutalidad. A nadie debería sorprender que así fuera y que ello continúe sucediendo hasta bien entrado el siglo XXI. Algunos expertos predicen incluso el surgimiento de nuevas formas de "super-terrorismo". Las amenazas del uso de armas químicas, biológicas e incluso de artefactos nucleares, es considerada actualmente como plausible. Tampoco debe excluirse la aparición, en un futuro próximo, del cyber-terrorismo.

=====

El tema que se me ha solicitado exponer hoy es aquél al que comunmente nos referimos como Fundamentalismo, expresión extrema de una intensidad religiosa, en su dimensión política, particularmente el uso de la violencia como medio para la obtención de sus objetivos y su impacto en la sociedad internacional. Ríos de tinta han sido vertidos para describir y definir el fenómeno del fundamentalismo religioso y como ocurre con otras palabras, no todos los que utilizan el término fundamentalismo tienen siempre claro que és exactamente lo que expresa. La confusión es muchas veces la tónica.

El fundamentalismo es una tendencia en las tradiciones religiosas monoteístas que reaccionan (algunas de forma más o menos violenta) contra el cambio cultural. Cuando se sienten amenazados sus adeptos, que muchas veces piensan en términos simplistas y conforme a esquemas invariables, tienden a agruparse en movimientos más o menos extremistas en el seno de su propia tradición religiosa. El profesor Samuel Eisenstadt, autorizado estudioso del fenómeno, señala en una entrevista publicada en el diario italiano *L'Unità* el 6 de marzo de 1994, que una definición común de los diversos tipos de fundamentalismo, especialmente de aquellos desarrollados en la civilización monoteísta, es que están basados en una utopía, si bien su contenido no coincide con lo que se entiende generalmente por ese término. Ello implica una concesión escatológica que combina la reconstrucción del orden terrenal de acuerdo con una visión intensamente trascendente. A diferencia de la utopía "progresista", no está orientada ideológicamente hacia el futuro, aspirando en su lugar a la reconstrucción del mundo de acuerdo con una ideología dirigida al pasado, en la tentativa de regular cada aspecto de la vida según aquello que el líder define como visión. Tales visiones utópicas son orientadas contra los Estados existentes, agrega Eisenstadt. A riesgo de caer en la superficialidad se podría decir que se trata de una forma de integrista, de volver a los libros fundamentales (la Biblia o el Corán), de una pretensión de vivir a fines del sigloXX, tal cuál lo plantearon los libros fundamentales.

La ideología de base del fundamentalismo es antimoderna porque niega algunos aspectos de la modernidad, aunque no necesariamente los de organización o tecnología. El fundamentalismo tiene un fuerte componente totalitario y una gran tendencia a perseguir la expansión.

=====

Encontramos fundamentalistas en el cristianismo, sobre todo en los Estados Unidos. El término fundamentalismo se acuñó en este país hacia fines del siglo pasado en el seno del cristianismo, donde surgieron dos corrientes en el evangelismo enfrentadas sobre la interpretación de la Biblia. La corriente fundamentalista consideraba que al ser obra de Dios y no del hombre, la Biblia era infalible y no contenía error alguno, en ningún campo, - teológico, histórico o científico - en contraposición a quienes no interpretaban la Biblia en sentido literal. Aunque se caracteriza por su fragmentación, se puede distinguir hoy en el fundamentalismo religioso norteamericano dos grandes corrientes: la neo-evangélica, que considera que los EEUU no ha sido redenta por lo que hay necesidad de un fuerte movimiento de acción religiosa y social que imponga el único cristianismo verdaderamente auténtico. La otra corriente, la neo-fundamentalista, sostiene que la Iglesia es la única que puede conducir a un "renacimiento espiritual" mediante una intensa experiencia religiosa, dejando al margen cualquier empeño en el campo social y en lo temporal. Solo sectores muy marginales recurren a la violencia (recordemos los actos , algunos con víctimas fatales, de la campaña anti-abortista).

Son anti-modernistas, pero para nada anti-modernos y utilizan las técnicas más refinadas, sobre todo en el mundo de los medios de comunicación. En los Estados Unidos, muchos de los predicadores "electrónicos" son fundamentalistas. Algunos de ellos han alcanzado una gran popularidad, sobre todo en la clase media blanca, que constituye lo que Jerry Falwell, uno de los más notorios y radicales, ha llamado la "mayoría moral". Los predicadores fundamentalistas apelan a la mentalidad conservadora, puritana y nacionalista y se inspiran en la idea de América como nación "elegida" que tiene la misión de extender el reino de Dios sobre todo el continente americano.

Algunos predicán la salvación mediante la fé el respeto a la ley y el orden, en el cuadro de una interpretación estrictamente fundamentalista de la Biblia.

Algunos sectores fundamentalistas norteamericanos no se limitan a actuar en los Estados Unidos, tratando de extender su influencia a los países iberoamericanos. El fundamentalismo en Iberoamerica tiene una fuerte conotación anti-católica.

= = = = =

También en el mundo judío, sobre todo en Israel, se puede señalar la existencia de grupos fundamentalistas, pese a que las enseñanzas del judaísmo excluyen cualquier interpretación literal, y por lo tanto fundamentalista de la Biblia. El magnicidio del primer Ministro Isaac Rabin, en 1995, aunque su autor fué un radical que actuó de forma aislada, ha constituido una grave señal de alarma sobre el peligro que representa la existencia en este país de grupos extremistas segun quienes la Halajá (la Ley religiosa judía) establece que los territorios palestinos ocupados por Israel en 1967 son sagrados, por lo que no pueden ser cedidos a extranos. De ahí que cualquier compromiso territorial al que arribe el gobierno de Israel en el marco de las negociaciones de paz con los palestinos, no está en conformidad con la Biblia, por lo que es obligación divina continuar ejerciendo la soberanía israelí sobre dichos territorios. "Los antiguos territorios bíblicos pertenecen a Israel por derecho divino y ninguna de sus partes puede ser cedida"arguyen. Un informe de los Servicios de Seguridad de Israel advirtió en julio del año pasado sobre el peligro de acciones armadas por parte de fundamentalistas judíos, de proseguir el gobierno la retirada de las fuerzas israelíes de los

territorios ocupados de Cisjordania. Aunque se trata de grupos marginales, no se excluye el potencial de peligro que representan. Se trata de grupos que constituyen una amenaza a la democracia israelí (la única real democracia existente hasta hoy en el Oriente Próximo).

Algunos de estos movimientos fundamentalistas judíos reivindican para sí el derecho de configurar las normas directrices de la sociedad israelí y su política, convencidos de detentar el monopolio de la Halajá. En contraposición a los fundamentalistas religiosos nacionalistas encontramos en los sectores más ortodoxos del judaísmo religioso aquellos que tienen una actitud negativa hacia la unidad del judaísmo, a consecuencia de lo cual viene produciéndose en los últimos años una importante polarización de la sociedad israelí. Una de las manifestaciones de su extremismo es el rechazo de la cultura general, lo que les recluye en un ghetto impuesto por ellos mismos. Algunos grupos han sabido utilizar eficazmente su posición de fiel de la balanza en la política israelí para obtener apreciables ventajas económicas para sus sistemas educativos y sus seguidores así como para intentar imponer, a veces con éxito, una legislación en temas religiosos que la mayoría de la población rechaza. Sus elementos más radicales llegan incluso a cuestionar la propia existencia del Estado de Israel. Según ellos, el destino del pueblo judío está determinado por leyes establecidas y, por lo tanto, el pueblo judío no puede escapar de su destino histórico. Esta visión incluye el exilio y la redención. Por ello algunos sectores fundamentalistas se oponen al Estado de Israel, porque solo el Mesías redento puede establecerlo y, por lo tanto, la existencia del Estado como resultante de la acción del hombre pone en peligro su visión mesiánica.

Es importante destacar una característica diferenciadora en la gran mayoría de los fundamentalistas judíos, la de no utilizar la violencia como forma de acción (a lo que más llegan es a la violencia verbal y a tirar piedras en dirección de los automóviles que pasan en la proximidad de sus barrios los sábados). Su reprobación hacia quienes no comparten su ideología no llega, por el momento, al extremo de usar la violencia.

= = = = =

Pero, lo que nos ocupa hoy muy especialmente es el fundamentalismo en el mundo del Islam. Algunos lo llaman islamismo, considerando el término fundamentalismo como peyorativo. Laura Guazzone lo define (usando el término islamismo) como una ideología política y el conjunto de los movimientos que responden a esta ideología, cuyo común denominador reside en sostener que la instauración del estado islámico regulado según la Ley Islámica (la Shaaría) es la condición esencial para el bienestar de la comunidad musulmana .

Son las trágicas consecuencias de la acción de algunos movimientos fundamentalistas en el Islam las que atraen mayormente la atención de la opinión pública mundial y es su acción la que representa uno de los mayores riesgos para la sociedad internacional hasta bien entrado el siglo XXI. Aquí es donde se produce la conexión fundamentalismo-terrorismo y donde se corre el riesgo de que se produzca la ecuación terrorismo- armamento de destrucción masiva. Aunque, debemos enfatizar, la gran mayoría de los musulmanes rechazan el terrorismo, de su seno han surgido en las últimas tres décadas un terrorismo violento, que no respeta los valores humanos más fundamentales, ni fronteras ni un orden internacional,

persiguiendo una agenda política y social en el nombre de la fe.

Antes de continuar, se exige una precisión. Una de las malas prácticas en el uso de los conceptos, está en que muchas veces algunos medios de comunicación han destacado generalmente el fundamentalismo como sinónimo de violencia. Sin embargo debemos destacar que hay muchas formas de fundamentalismo y extremismo religioso que no tienen como elemento conducente el uso de la violencia. Muchos grupos religiosos que tienen posturas extremistas desde el punto de vista religioso no se manifiestan en ningún caso política o religiosamente a través de la violencia. Los movimientos islámicos fundamentalistas son muchos y variados y en su mayoría están en contra del terrorismo, considerando que debe usarse de la persuasión para imponer la ley religiosa y que se puede modificar el funcionamiento de un régimen político sin recurrir a la violencia. Desde un punto de vista político debemos hacer una distinción importante entre los movimientos fundamentalistas radicales y moderados o reformistas. la elección de la vía revolucionaria o evolucionaria más que de una ideología a veces es resultado del contexto político en que se actúa. Donde es posible una participación islamista institucional la violencia política por parte de los fundamentalistas es muy reducida o inexistente, mientras que en países con un régimen de control autoritario, la violencia crece.

El llamado fundamentalismo islámico es, en realidad, una galaxia de grupos, algunos enfrentados entre sí, en los que el común denominador es ver en la fe una visión política, en cuya base, según el estudioso italiano Franco Cardini, se puede encontrar un doble y profundo desencanto: en la pugna con el Occidente y respecto a las instancias liberales y moder-

nas en el propio mundo islámico. Para los fundamentalistas radicales, al actuar en nombre de Dios, las líneas están claramente trazadas : o estás dentro o estás fuera. Si estás con nosotros, debes adherirte plenamente: si estás fuera, representas un peligro potencial.

La aparición del "moderno" fundamentalismo radical en nuestra vida cotidiana se hizo sentir con fuerza, sobre todo, a partir de la revolución jomeinista en Irán, a través de las repetidas imágenes televisivas de las impresionantes muchedumbres coreando consignas religiosas, proclamando su disposición al sacrificio, de líderes religiosos pronunciando invectivas y arengando a las masas. Asimismo y con demasiada frecuencia, los medios de comunicación nos ofrecen las dantescas escenas que el terrorismo fundamentalista siembre por doquier.

La historia de la civilización occidental, la así llamada judeo-cristiana, no puede ser comprendida si se pretende ignorar la importantísima contribución del Islam.

Sin embargo, somos testigos en nuestros días del surgimiento de un islamismo caracterizado por el rechazo de los valores occidentales, levantando muros de intolerancia. Se sirve del malestar social y lo utiliza en términos morales y religiosos. El rechazo, así como la instigación al odio de las masas hacia la cultura occidental, constituye una solución simple y clara para una generación joven que vive generalmente una vida miserable en la confusión y el desencanto. Como bien señalan Werner Weidenfeld e Josef Janning en el libro "Europe in global change", la cuenca del Mediterráneo es hoy una de las zonas más conflictivas del globo. Esta conflictividad debe verse en el contexto de un antagonismo alimentado no solamente por pautas de dependencia de Europa, sino de la

tensión entre los valores políticos y culturales occidentales de orientación pluralista, por un lado, y el concepto islámico-árabe, por otro. El fenómeno del propio subdesarrollo es percibido como el resultado de la hegemonía de Occidente, del mundo europeo. El fundamentalismo utiliza esto creando fuertes sentimientos anti-occidentales, claramente en contraste con los preceptos de paz y tolerancia de las verdaderas enseñanzas del Islam. Una de las bases del fundamentalismo islámico es, pues, la reprobación y la no aceptación de la cultura occidental, que es contraria al Islam. Recordemos aquí que el Islam no es solamente una religión, es también una civilización, una forma de vida, una cultura.

Bernard Lewis, uno de los más destacados estudiosos del Islam, considera que hay en el Islam una total compenetración entre credo religioso y poder, un acuerdo entre la fé y el dominio temporal que no tiene similitud ni en el cristianismo ni en el judaísmo. Lewis recuerda, a este respecto, una frase significativa del Ayatollah Jomeini: "El Islam es política o no es nada". El Islam -escribe Bernard Lewis- estuvo asociado con la fuerza desde sus albores, desde los primeros años formativos del profeta y de sus inmediatos sucesores. Esta asociación entre religión y poder, entre comunidad y política, ya resalta en el Corán y en otros textos religiosos que sirven de base para el credo de los musulmanes. Una consecuencia es que en la religión islámica no hay, como sucede en el cristianismo, un segmento de vida que los regule en algunos asuntos, mientras que en otros puede estar excluidos; se inmiscuyen en toda la vida, no en una jurisdicción limitada sino en su totalidad. En una sociedad de este tipo, la idea de separación Iglesia-Estado carece de significado, pues no existen dos entidades que pueden ser separadas. "Religión y Estado, autoridad religiosa y política son una y la misma cosa".

Los fundamentalistas islámicos persiguen una agenda que sea política y social en nombre de la fé. De ahí que los fundamentalistas islámicos que se proponen "salvar" los fundamentos de su religión, buscan por todos los medios acceder al poder. Debido a la falta de democracia en las sociedades árabes, algunos movimientos fundamentalistas se han vuelto violentos en extremo y tratan de lograrlo por la fuerza. Cuando, ante la imposibilidad de lograrlo, abandonan los intentos de hacerse con el poder, buscan obtener el apoyo de la sociedad mediante una labor social y educativa a largo plazo y en marcos organizativos en pequeña escala. En las palabras de Gilles Kepel, abandonan sus intentos de re-islamizar los estados "desde arriba", y tratan de hacerlo "desde abajo". Este énfasis en la sociedad, en lugar del Estado como el objetivo inmediato del Islam, no significa necesariamente que la lucha por el control del Estado ha sido abandonada, escribe George Joffé en su artículo "Low-level violence and terrorism".

Los fundamentalistas radicales han accedido al poder en dos países: Irán y Sudán. El caso de Arabia Saudita entra en una categoría especial, al tratarse de un régimen absoluto, una monarquía feudal que utiliza la religión para legitimar un régimen totalitario y como arma para resistir influencias externas. Los "verdaderos" fundamentalistas islámicos detestan el régimen saudita. La ideología exportada por Irán llama al islamismo a convertir a los gobiernos de los países musulmanes "herejes" en religiosos e islamizarlos. Aquellos países que intentaron o intentan acercarse a modelos occidentales son objetivos suyos y conocen su acoso. Turabi, el líder fundamentalista sudanés está absolutamente convencido de que solamente el Islam puede llenar el vacío dejado por el fracaso del nacionalismo árabe inspirado en el Occidente y otras ideologías importadas. "Objetivamente - declaró en más de una oportunidad - el futuro es nuestro". Los movimientos fundamentalistas

han intentado tomar el poder en el mundo árabe. Están muy lejos de conseguirlo en Jordania, Marruecos y Túnez. Fortalecen sus filas en Egipto y en los territorios palestinos. Los regímenes autoritarios de Irak, Libia y Siria les cerraron el camino, con dura mano. En Argelia la situación ha adquirido proporciones dantescas.

El crecimiento de los movimientos fundamentalistas islámicos en Oriente Próximo y África del Norte debe ser visto sobre todo en el trasfondo de la situación social, del subdesarrollo y de los problemas económicos que caracterizan muchos de los países árabes. La situación social lleva a muchos, sobre todo jóvenes, a abrazar el fundamentalismo que les ofrece una "válvula de escape" a las dificultades de la vida cotidiana, así como la esperanza de que la religión les proporcione una respuesta a sus aspiraciones. Aquellos que los musulmanes llaman los "desheredados" constituyen el objetivo principal del fundamentalismo islámico.

CONCLUSIONES

I. Los riesgos.

Los riesgos provenientes del fundamentalismo radical, que podrían afectarnos hasta bien entrado el siglo XXI, sobre todo en la cuenca del Mediterráneo, devienen básicamente de cinco fuentes: el enfrentamiento entre fundamentalistas radicales y los regímenes en los países del Norte de África, especialmente Egipto y Argelia; la continuación de los movimientos de emigración a Europa; el desenlace del proceso de paz palestino-israelí; los resultados del enfrentamiento por el poder entre conservadores y reformistas en Irán, que incidirá sobre su política de "exportación de la revolución islámica".

La situación en el Mediterráneo Sur:

El estado de las economías , la falta de democracia, las tensiones sociales y la crisis demográfica de los países del Mediterráneo Sur, continuarán constituyendo, desafortunadamente, factores desestabilizadores durante mucho tiempo. La pobreza, el paro, la frustración de las generaciones jóvenes constituyen la más grave amenaza pendiente sobre el Mediterráneo Sur. Lo más probable es que el nivel de vida en la mayoría de los países de la ribera sur siga disminuyendo, lo que incrementará seguramente las tensiones políticas constituyendo consecuentemente caldo de cultivo para la violencia y el terrorismo vinculado al fundamentalismo. Mientras las masas desposeídas de las sociedades de estos países sigan estando excluidas de los beneficios del desarrollo económico solo puede esperarse no solo su rechazo de los valores culturales occidentales sino también reacciones violentas e incluso la apelación al terrorismo ligado al Islam. Esto puede crear un círculo vicioso: los gobiernos se ven obligados a dar prioridad a las cuestiones de seguridad, en detrimento de la implementación de programas de desarrollo económico.

Caso especial es el de Argelia, el único país donde los fundamentalistas estuvieron a punto de acceder al poder legalmente, de no haberselo impedido las fuerzas armadas. La polarización ha creado un círculo vicioso en el que el fundamentalismo se radicaliza y también la represión y en el que no puede haber vencedores ni vencidos, solo perdedores.

Si los países europeos no modifican sustancialmente su actitud hacia los países árabes crecerá seguramente la hostilidad contra el Occidente en sectores importantes de la opinión pública en estos países. Esto, de nuevo, puede llevar a confrontaciones entre los movimientos fundamentalistas radi-

cales y los gobiernos de países árabes aliados al Occidente, sobre todo los Estados Unidos.

El proceso de paz palestino-israelí:

En cualquier caso el proceso de paz palestino israelí continuará siendo germen de violencia. En el caso de un final positivo, que incluya la firma de un acuerdo de paz entre el Estado de Israel y la Autoridad Nacional Palestina y el establecimiento de una entidad autónoma palestina (con toda seguridad un Estado independiente), lo que podría producirse al inicio del siglo XXI, es de esperar que los enemigos de la paz con Israel entre los fundamentalistas árabes (no solamente palestinos) que no están dispuestos por razones ideológicas a reconocer la existencia del estado de Israel, continuarán su acción terrorista, lo que podría desestabilizar notablemente las relaciones entre Israel y sus vecinos, especialmente los palestinos.

La "exportación" de la revolución iraní:

Es difícil predecir por el momento la futura orientación del régimen iraní. Aún en el caso de que los reformistas logren superar a los teocráticos conservadores y pueda seguir adelante con la reforma y la liberalización del sistema político del Irán. Los aparatos de seguridad y la política exterior siguen en manos de los líderes conservadores. Aún queda por demostrar la capacidad del Presidente Jatamí para hacerse con estos sectores del poder, que son los que están a cargo de la política de apoyo a grupos fundamentalistas de países del área del Mediterráneo, algunos de ellos violentos en extremo. Acciones terroristas como las de Nueva York y Buenos Aires contra objetivos norteamericanos, israelíes y otros, podrían muy bien seguir produciéndose en el futuro. Los gobiernos de Egipto

to, Argelia y otros países insisten que existe una efectiva coordinación entre los grupos clandestinos fundamentalistas terroristas que operan en el área, apoyados por Irán y Sudán.

La emigración a Europa:

La presión demográfica proveniente del Sur del Mediterráneo ha creado la sensación en Europa de estar amenazada de una próxima invasión, escribe el historiador italiano y estudioso del tema del fundamentalismo, Andrea Riccardi. Se calcula en más de cinco millones la población de inmigrantes musulmanes en Europa, provenientes especialmente de los países del Mediterráneo Sur y de Turquía. Las medidas adoptadas por los países de la Unión Europea han disminuido de alguna manera el flujo de inmigrantes, pero no lo ha interrumpido. Aquí el peligro de violencia es menor, pero no debe menospreciarse, ante los serios problemas interculturales y de integración en los países anfitriones. El tunecino Khalifa Chater considera que los futuros de las comunidades humanas a ambos lados del Mediterráneo están interrelacionados estrechamente. Si ocurre un desastre en algún lado, sea económico, político o social, la sensación de inseguridad que ello produce conduce inevitablemente a la migración hacia la ribera de enfrente. Esto incrementaría en el norte las exigencias de aplicación de políticas de exclusión de inmigrantes, que podrían enrarecer aún más la atmósfera y las relaciones entre los países de ambas costas del Mediterráneo.

2. Los desafíos.

Expuestos los riesgos no es tarea difícil anticipar los desafíos. la conclusión lógica de todo lo dicho es que hay una

necesidad urgente de afrontar los problemas sociales y económicos de los países de la ribera sur y oriental. Mientras las condiciones económicas y sociales no mejoren, los grupos fundamentalistas radicales seguirán explotándolas. No hay asimismo, mejor camino para combatir el extremismo que llevar adelante profundas reformas democráticas. Si los países con regímenes dictatoriales y autoritarios del Mediterráneo no logran avanzar en la solución de sus problemas económicos y sociales serán probablemente sustituidos por una u otra forma de fundamentalismo islámico.

Por el momento, parece bastante improbable que en un futuro próximo los fundamentalistas se hagan con el poder en algunos de los países árabes. Sería, empero, un error ignorar su potencial. En circunstancias imprevisibles podría muy bien crearse las condiciones que les permitan acceder al poder. Como muy bien establece el profesor Emanuel Sivam, el poder podría ser suyo con las urnas o las balas, como resultado de algún fracaso militar, una sucesión de crisis en el régimen o un drástico empeoramiento de la situación económica.

El terrorismo

Al interrogante de si hay hoy suficiente cooperación internacional para combatir el terrorismo fundamentalista islámico la respuesta será necesariamente negativa. Es indispensable que gobiernos y opinión pública tomen conciencia y presten la mayor atención posible a este problema que a largo plazo podría afectar el equilibrio estratégico, político y ¿por qué no? espiritual del Oriente Próximo y el Mediterráneo sur.

En términos generales, como opina uno de los más destacados expertos israelíes en terrorismo, el profesor Ariel Merari, de la Universidad de Tel Aviv, el esfuerzo central debe

ser el esfuerzo político internacional contra el terrorismo, es decir la imposición de sanciones contra países para quienes el terrorismo es un instrumento para llevar adelante una visión fundamentalista del mundo, a fin de persuadirles de seguir exportando su ideología a través del terror y la violencia. la guerra antiterrorista exige una estrecha cooperación entre los países democráticos y sus servicios de inteligencia, el intercambio permanente de información y de técnicas y medidas de seguridad. El experto norteamericano Steven Emerson va aún más lejos proponiendo operaciones preventivas y acción encubierta para desbaratar los planes de los terroristas en su propio campo, criticando que la administración Clinton no implantara en 1996 un proyecto de establecer unidades especializadas para infiltrar operaciones terroristas y sabotearlas. William Odom, quién fuera director de contra-terrorismo en la administración del Presidente Carter, considera que la lucha contra el terrorismo internacional no es sino una guerra y *que debe actuarse militarmente*. En opinión de Anthony Cordesman, del Centro para Estudios Estratégicos e Internacionales de Washington, el problema no será resuelto con conferencias internacionales sino con serios estudios sobre represalias y castigos.

Se exige en mi opinión arribar a una clara definición internacional sobre terrorismo que se base en criterios medibles que permitan elaborar una estrategia internacional en la acción anti-terrorista. Esta se basaría en los principios de las Convenciones de Ginebra y de la Haya, que establecen una clara distinción entre una acción bélica “legítima” y una acción dirigida intencionalmente contra civiles, definida como “crimen de guerra”. La definición de terrorismo como crimen de guerra permitiría una acción más enérgica contra los aparatos terroristas y sus patrocinadores y puede constituir una base para una eficaz cooperación. La vulnerabilidad de la sociedad

frente a las oportunidades que se ofrecen en el inicio del siglo XXI para el acceso a armamento de destrucción masiva requiere urgentemente la elaboración de respuestas con suficiente credibilidad a fin de minimizar amenazas que están prácticamente “a la vuelta de la esquina”.

Solo una acción consensuada de los países democráticos puede obtener resultados. Si se sigue actuando como en el caso de Iran, en que Washigton aplica su política de contención mientras la Unión Europea ofrece diálogo político e incentivos económicos, poco de positivo puede esperarse. Los países democráticos deben convencer a los líderes radicales que el recurso al terrorismo será enfrentado con firmeza y que el precio que deberán pagar será muy alto. los terroristas como Bin Laden dificilmente podrían actuar sin la aquiescencia de los gobiernos anfitriones. Estos deberán comprender que su simpatía tiene un alto costo.

Los grupos terroristas religiosos fanáticos no están interesados en negociaciones, sino en destruir al enemigo. Abbas Wussawi, quien fuera lider del Hizbullah del Libano, lo dijo en 1992 cuando declarara: “no estamos luchando para que el enemigo nos reconozca y ofrezca algo. Estamos luchando para borrarlo”. El Profesor Walter Laqueur, en su artículo “La nueva faz del terrorismo”, publicado en The Washington Quarterly, en el número de otoño de 1998, escribe que los terroristas fundamentalistas, cuyo odio y fanatismo es tan intenso que están dispuestos a usar cualquier arma, por monstruosa que sea para destruir a su enemigo. Quienes asesinan a niños y sus maestros en una clase de escuela en una aldea argelina no tendrán escrúpulo alguno en matar centenares de miles de gentes de otro grupo o raza de disponer de las armas para hacerlo.

El mundo deberá responder al desafío de la amenaza del terrorismo fundamentalista. Si éste -como escribe el periodista y escritor italiano Arrigo Levy- tiene por enemigo al mundo entero, las naciones del mundo deberán unirse para hacerle frente y derrotarlo. Uno de los peores enemigos de la humanidad después de la guerra fría no es hoy ningún país, ideología o religión, sino la intolerancia religiosa. Si se quiere combatir un terrorismo que no respeta fronteras ni valores humanos elementales, la lucha tiene que ser sin cuartel. Aquellos que se consideran inspirados divinamente y asesinan en nombre de Dios no tienen sitio en nuestra sociedad.

SEGURIDAD

PRINCIPALES TEMAS ASIÁTICOS DE SEGURIDAD EN EL FIN DE SIGLO

Akiko Fukushima.

Investigadora del Nira.

(National Institute for Research Advancement). Tokio

INTRODUCCIÓN.

Quisiera agradecer al INCIPE y al Cabildo de Gran Canaria por darme la oportunidad de reflexionar sobre cuanto sucede en este siglo, desde las dos Guerras Mundiales al final de la Guerra Fría, incluido el colapso de algunos Estados. Me sorprende la imprevisibilidad de algunos sucesos lo que me ha hecho pensar seriamente sobre el estatus de los principales temas que enfrentamos al final de este siglo y los caminos que podemos tomar para asegurar la paz y la seguridad en el próximo milenio. Mi nieta y mis tataranietas no se lamentarán así, al final del próximo siglo de lo equivocada que estaba su abuela.

Quisiera tratar aquí el tema del Congreso «Las Grandes Temas de Fin de Siglo» desde el ángulo de la seguridad de Asia, especialmente desde Tokio, que me es más familiar. ¿Qué retos mayores tenemos en Asia después de una década que incluyó el fin de la Guerra Fría y la más severa crisis económica en 50 años? ¿Cómo se ve hoy el tema de la seguridad en Asia? ¿Cómo están intentando los asiáticos enfocar sus temas principales? ¿Seguirá Asia un enfoque distinto a Europa? ¿Se-

rán más convergentes que divergentes nuestros enfoques de seguridad en el próximo siglo?

Primero dibujaré una visión de la seguridad en Asia, trataré luego de los actuales enfoques de la seguridad de Asia para finalmente ocuparme del futuro.

A medida que el Siglo XX llega a su fin, nos queda la herencia de guerras, de muertes y de destrucción. La Primera Guerra Mundial dejó 9 millones de soldados muertos mientras que la II Guerra Mundial arrebató la vida de 17 millones de soldados y de 34 millones de civiles. El siglo acusa un número sin precedentes de víctimas incluyendo civiles obsesionados con armas de destrucción masiva.

El final de la Guerra Fría hace una década nos proporcionó un rayo de esperanza de alcanzar la eterna paz. Tal como nos lo recuerda la CNN, *el mundo tras la post-Guerra Fría* está lleno de conflictos, con frecuencia conflictos intra-estados, que tienen el potencial de estallar y involucrar hasta los más recónditos lugares de la tierra. Mientras que tales conflictos estuvieron reprimidos durante la Guerra Fría, la actual guerra que se debate en Kosovo y en el este de Timor presentan una situación muy delicada que podrían afectar a los países limítrofes e incluso extenderse de forma global. Una serie de tests nucleares en esta década nos trajo a la memoria que la armas de destrucción masiva, producto del siglo XX, nos hacen perder el sueño, posiblemente haciendo del siglo XXI otro siglo de horror y de terror, salvo que nos tomemos medidas drásticas para disminuir o eliminar el enorme surtido de armas nucleares existente.

El paisaje que presenta la post-Guerra Fría no es igual en todos los continentes, como podremos ver si comparamos

la situación de Asia y la de Europa. En Europa la Guerra Fría terminó causando un mar de cambios simbolizados en la caída del Muro de Berlín. La confrontación Este-Oeste se acabó apuntando al desmantelamiento del Pacto de Varsovia. La OTAN, creada como una institución colectiva de defensa contra el Bloque Soviético, ha evolucionado hacia una organización más colectiva, con alianzas colaterales con otras instituciones, tales como la Unión de la Europa Occidental (UED), la Organización de Seguridad y Cooperación Europea (OSCE) y la Unión Europea (UE). Ahondando más en el tema, hace sólo un mes que la OTAN abrió las puertas a tres nuevos países que en su día pertenecieron al Pacto de Varsovia. El paisaje económico entre Europa y Asia también varía considerablemente. La economía europea permanece por el euro, mientras que la economía asiática está intentando, aún, recuperarse de la crisis que estalló en la región en el verano de 1997.

En Asia, al igual que en Europa, la Guerra Fría ya no sirve para delimitar y definir temas críticos. Así, el miedo a una confrontación militar entre los bloques del este y el oeste ha desaparecido a medida que la amenaza del comunismo ha sido borrada de la región. A diferencia de Europa, sin embargo, la Guerra Fría no mantuvo la tapadera reprimiendo conflictos y fue por ello que la región presenció las Guerras de Corea y la Vietnam. Desde un punto de vista, la Guerra Fría no ha terminado en Asia, dado que existen vestigios tales como la Península coreana dividida y el problema territorial aún no resuelto relacionado con territorios del Norte de Japón y Rusia y las disputadas Islas Spratley entre China y sus vecinos del Sureste asiático. Estos conflictos pueden hacer estallar por los aires la estabilidad regional con posibles formas de que pueda afectar a naciones colindantes. Asia ha sido alertada en diferentes ocasiones tales como: (1) cuando China llevó a cabo una serie de maniobras militares en las aguas cercanas a Taiwan

en Marzo de 1996, haciendo que los Estados Unidos respondiesen enviando dos *carriers battle groups*; (2) cuando la India y Pakistán probaron sus armamentos en mayo de 1998; (3) cuando República Democrática Popular de Corea lanzó su misil invadiendo el espacio aéreo japonés en agosto de 1998; y, finalmente, (4) cuando el la República Democrática Popular de Corea (Corea del Norte) envió sus barcos cerca de las costas de Japón en marzo de 1999.

En contra del telón de fondo que sobre la seguridad en Asia se acaba de pintar, la región no se puede permitir el lujo de autocomplacerse puesto que claramente necesita un mecanismo de defensa.

Permítanme que ahora trate **mi segundo tema** que no es otro que el modo de **CÓMO ASI HA ENFOCADO, HASTA AHORA, SU SISTEMA DE SEGURIDAD**. Primero que nada hay que tener bien claro que lo que funciona en Europa no siempre funciona en Asia. En 1955 La Administración de Eisenhower estableció el Tratado de Organización del Sur-Este Asiático (SEATO), para contrarrestar la insurrección comunista en la región. En último término, la SEATO no ha podido lograr suficiente impulso y se deshizo, oficialmente, el 1977 sin haber cumplido su objetivo colectivo primordial de defensa. La sustituyó la ASEAN, (Asociación de las Naciones del Sur-Este Asiático) en 1967 con el fin de potenciar la cooperación política y económica, aunque con carácter subregional.

Aunque los Estados Unidos confiaban en el enfoque bilateral de seguridad colectiva que en Europa daba la OTAN, observaron que un enfoque bilateral era más apropiado en el Pacífico. Asia, por tanto, ha venido adoleciendo de unas instituciones de seguridad multilaterales a nivel regional.

El factor más frecuentemente mencionado de por qué existe este vacío de defensa multilateral regional es el de la diversidad entre los miembros de esta región en temas tales como el **renta per capita**, sistemas políticos y económicos, nivel de preparación militar, herencia cultural, religión, experiencia histórica y etnicidad. Otra razón es la creencia en la percepción colectiva de peligro de amenaza. En el caso de la OTAN, por ejemplo, en relación con la Guerra Fría, sus miembros veían a la Unión Soviética como el enemigo común y, como resultado, compartían valores comunes como el valor de la democracia liberal, la economía de mercado y el prevenir la expansión del comunismo por la Unión Soviética. Sin embargo, en los estados asiáticos esto no ha pasado, salvo una desconfianza entre ellos mismos en vez de una percepción de la amenaza común a todos ellos. Algunos eruditos han citado, primero, la historia de la dominación externa de la China como una experiencia de dominio colonial hasta casi la mitad del siglo XIX, y, segundo, la denominación colonial de Occidente y ya, en tercer lugar, el intento por parte del Japón, de tratar de empezar una pre-guerra para crear la **ESFERA DE PROSPERIDAD DE LA PARTE GRANDE DEL ESTE DE ASIA** (Greater East Asia Co-Prosperty Sphere). Hartos de haber estado dominados por poderes externos y de haber tenido sus intereses marginados, los países asiáticos han desistido de formar una institución multilateral. El sentido de la pérdida de soberanía es algo que algunos países asiáticos lo tienen aún bastante fresco en la memoria.

Durante la Guerra Fría, estos países hicieron oídos sordos a las propuestas para formar la Comunidad Asiática para la Seguridad, venidas, repetidas veces, de la Unión Soviética, por parte del entonces Secretario General Leonid Brezhnev, en 1969, al igual que otras propuestas de crear Comunidades Regionales consultivas, propuestas en 1988 por el entonces

Secretario General Mikhail Gorbachov. Así sucedió dado que estas propuestas se percibían como propaganda, así como un medio de romper la alianza de seguridad entonces existente entre Japón y Estados Unidos.

Este paisaje político empezó a cambiar a principios de la década de los 90. Como resultado de la creciente interdependencia económica, incluyendo un aumento en el comercio intra-regional entre las economías del Pacífico, se lanzó la Conferencia de Cooperación de los Países del Pacífico (APEC) como un diálogo informal acerca de la cooperación económica en noviembre de 1989. La APEC ha ido, gradualmente, adquiriendo velocidad a pesar de su carácter amorfo, a medida que se han venido reuniendo, anualmente, en lugares como China, Hong Kong y Taiwan. Viendo el desarrollo de la APEC, a pesar del escepticismo inicial, sus miembros han decidido que a esta organización le siga, muy despacio, la creación de una estructura regional de seguridad.

Hacia finales de la Guerra Fría en 1990, cuando los ministros de Asuntos Exteriores de Australia y Canadá fueron los primeros en proponer a Asia la creación de la versión asiática de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), la región asiática no estaba aún preparada para aceptar esta idea. Japón la rechazó también aludiendo a que los imperativos de seguridad en Asia son diferentes de los que rigen en Europa y por tanto ello requiere que se pueda contar con diferentes mecanismos para mantener la seguridad.

A medida que aparecían signos que anunciaban el fin de la Guerra Fría, el Ministro japonés de Asuntos Exteriores, Taro Nakayama propuso en 1991 que se convocase un diálogo anual sobre seguridad regional bajo las siglas ASEAN Conferencia Post Ministerial (PMC). Aunque esta idea no fue entonces bien recibida, dos años más tarde, en 1993, la ASEAN

PMC reunida en Singapore acordó la formación de una Forum Regional (ARF). Para entonces, los países en esta región habían cambiado de opinión en cuanto a la formación multilateral de mecanismos de seguridad regional se refiere. La razón de este cambio de actitud se basó en el crecimiento económico y militar del poder chino, lo que hizo que se intentase incluir a China en el poder regional del Pacífico en vez de enfrentarse con ella. Otra razón tuvo que ver con mantener a Estados Unidos en la región ya que a raíz del fin de la Guerra Fría intentaba salirse de la misma, (se había ido de las Filipinas). Esta incertidumbre estratégica en la región fue lo que hizo que estos países asiáticos estructurasen sus instituciones regionales de seguridad sobreponiéndose a la aversión que, por tradición, tenían hacia los multilateralismos de seguridad.

El Asian Regional Forum (ARF) tuvo su primera reunión ministerial en julio de 1994 en Bangkok entre las reuniones ministeriales de ASEAN y de PMC. El ARF se estableció por iniciativa de ASEAN. El liderazgo de ASEAN se aceptó ya que ninguno de los países representados quiso ver como poder regional a alguno de ellos que estuviese dominando al resto en solitario.

De esta forma, se estableció el ARF, que es la única institución regional de seguridad multilateral, inter-gubernamental, que existe en Asia, por ahora. Esta forma de llevar a cabo la seguridad en Asia contrasta fuertemente con Europa, donde podemos encontrar instituciones de seguridad multilaterales, a diferentes niveles, desde la OTAN hasta la OSCE trabajando conjuntamente. Además, el ARF está minus-institucionalizado. Los miembros ni siquiera se denominan tales sino sólo participantes. La ARF, a diferencia de la OTAN, es una institución débil y amorfa. Como institución, es insegura acerca de la naturaleza y el fondo del concepto de seguridad

debido a la diversidad de intereses en ellas representados.

El ARF se reúne anualmente, y se le ha añadido una capa superior llamada: Senior Official Meeting (SOM), que también se reúne una vez al año. Este ARF también ha establecido una serie de sesiones de trabajo intergubernamentales con el fin de examinar propuestas sobre defensa, medidas de seguridad que se puedan tomar, la cooperación de paz del mar del Sur de China. A estos grupos se les denomina ahora de dos formas: (1) reuniones intersesionesales (ISM), o (2) grupo de apoyo intersesional, dado que China puso dificultades en que se llamasen «grupos de trabajo», que implicaba una connotación de «institucionalización» y «permanencia».

Los 21 miembros de los ARF tienen diferente poder material. Sus intereses acerca de la seguridad varían y en algunos casos hasta pueden llegar a ser conflictivos. China es la que produce el más alto nivel de inseguridad. A pesar de su escepticismo sobre multilateralismo, China ha decidido participar en ambos organismos: en APEC y en el ARF, ya que percibían que era más costoso para China no hacerlo así.

El ARF ha adoptado el llamado modo ASEAN, que consiste en tomar decisiones consensuadas, institucionalización débil, y evolución gradual de agendas, que nunca sean más rápidas que el paso que el país más lento pueda dar o aceptar. Las amenazas y los problemas regionales eran hasta tal nivel amorfos que las instituciones basadas en evaluar y sancionar no podían funcionar adecuadamente. Este modo ASEAN de funcionar ha hecho que China se sienta cómoda a nivel del ARF. Marcos como el ARF pueden ser útiles como comienzos estructurales de seguridad a los que se les puede ir añadiendo multitud de lazos bilaterales y multilaterales.

El enfoque ASEAN de funcionar se aumenta aún más con los procesos de TRACK II, que nos es otra cosa que el canal político, económico y de seguridad oficioso para el diálogo regional. Las reuniones y organizaciones del TRACK II están formadas por intelectuales civiles y oficiales militares que actúan en calidad de personas privadas. Este amplio uso del mecanismo del TRACK II que están proliferando en Asia supone un fuerte contraste con el enfoque europeo. Los mecanismos de TRACK II se utilizan para incubar nuevas ideas sin comprometerse y pueden ayudar a definir mejor las diferentes agendas de trabajo.

Durante esta década, Asia que carecía de estructuras regionales de seguridad, ha presenciado el nunca visto crecimiento de diálogos multi-TRACK II. ¿A dónde les conducirá este mecanismo cara al próximo milenio? Mientras que se cree bastante difícil que en Asia puedan florecer estructuras de seguridad similares a la OTAN, la región asiática puede muy bien aducñarse de estructuras *ad-hoc entente cordiale* entre los poderes que así lo decidan, con el fin de solucionar temas específicos tales como la reunificación de la Península coreana, cuyo advenimiento lo tenemos en la ya existente Organización coreana de Desarrollo Energético (KEDO) que se creó con el fin de prevenir que la **Coreal del Norte** desarrollara armas nucleares. Aunque Asia no quería, e incluso declinó incluir los temas de desarmamento y control de armas en su agenda de seguridad en los primeros meses de 1990, los países de la región asiática los están discutiendo ahora además de debatir hasta qué punto tales asuntos de seguridad se pueden extender más allá del límite convencional.

Estos contactos multilaterales a los niveles 1 y 2 han ofrecido oportunidades para más cumbres bilaterales y otros contactos. Algunos arguyen que una de las virtudes de APEC

es que ofrece una fórmula natural para cumbres bilaterales, especialmente para aquellos países con malas relaciones. Además, reuniones bilaterales político-militares en el noreste asiático se han mantenido a niveles sin precedente. El corolario es que cuando se profundizan y se mejoran los contactos bilaterales, *los multilaterales se activan. La tendencia a considerar los marcos multilaterales como suplemento de alianzas bilaterales que se observó desde mediados los noventa, es algo que al final de la década es objeto de discusión.*

¿QUÉ HAY MÁS ALLÁ DE LA SEGURIDAD ASIÁTICA?

A medida que el milenio llega a su término, pienso que es normal preguntarse lo que el tercer milenio nos depara, en términos de seguridad, para la Región Asiática. ¿Cómo podremos consolidar los dividendos de la paz y de la estabilidad en la Región de Asia y Pacífico? Lo que hace muy difícil contestar esta pregunta es la situación de inseguridad que tiene esa zona. Relaciones bilaterales que parecían haber alcanzado un buen nivel de entendimiento en el otoño de 1997 se han ido agravando progresivamente. Las relaciones Estados Unidos-China, que habían progresado tras visitas recíprocas por los líderes de estos dos países, se han ido deteriorando recientemente debido al caso de espías en relación con material nuclear. Por otra parte, las relaciones Estados Unidos y Rusia que se habían mejorado tras la Guerra Fría, se han tensado, de nuevo, debido al conflicto con Kosovo. En tercer lugar, las relaciones chino-japonesas, que estaban bastante bien tras las cumbres convocadas entre el Presidente Jiang Zeming y el Primer Ministro Hashimoto están, en este momento, en su punto más bajo de comunicación. La situación se puede describir como estancada, especialmente a la luz de la visita del Presidente Jiang Zeming a Japón el pasado otoño, al hacer repeti-

das veces referencia a las agresiones pasadas de Japón. Esta tensa situación se ha ido agravando debido a la decisión de Japón de tomar parte en el desarrollo del Theater Missile Defense (TMD), al igual que en las Líneas Maestras de Defensa que se han acordado entre Estados Unidos, Japón y Rusia para proveer de una resolución a los Territorios Norte-Asiáticos, que está ocasionando nuevos problemas.

Esta situación de incertidumbre en cuanto a la seguridad en la zona al final de esta década la razón de que los intelectuales vuelvan a sentirse escépticos en relación con la emergente seguridad en esta región asiática. ¿A dónde nos están llevando todos estos diálogos TRACK II sobre seguridad en Asia? ¿Qué beneficios puede aportar los ARF en el proceso de cultivar una cultura de diálogo en la región? ¿Es que vamos a presenciar alguna tensión emergiendo en la zona entre estructuras bilaterales y multilaterales, que hasta ahora han podido convivir en armonía en la zona durante la última década? ¿Veremos, acaso, el desmantelamiento de estos mecanismos multilaterales y un volver al pasado de las alianzas unilaterales o bilaterales?

La crisis financiera asiática ha ralentizado, también, el empuje hacia adelante de la economía regional a través de la APEC, cuyo crecimiento dio como resultado el nacimiento de los ARF. Los jefes regionales de este sector geográfico tiene ante ellos un gran reto económico a medida que luchan con las consecuencias de la crisis de la moneda de 1997. A pesar de algunas señales positivas en algunos países de la región, no está claro el momento de cuándo se efectuará la recuperación. Incluso cuando el crecimiento se efectúe, aún existe la cuestión de si se materializará a costa de los precios altos que la región solía disfrutar anteriormente.

Los últimos acontecimientos nada favorables que han ocurrido en la región sugieren que Asia puede estar en medio de un mar de cambios comparables a los vistos a principio de la década.

Por otra parte, es natural tener «altibajos» en el desenvolvimiento de las relaciones internacionales. Los jefes regionales han de cuidarse de estar constantemente cambiando de bando, como un péndulo, cara a un incidente. Asia no se puede permitir tener más conflictos o problemas externos en el proceso de lidiar con sus respectivos problemas y retos internos de cada país asiático.

La crisis de Kosovo ha tenido su impacto en Asia. El Gobierno japonés expresó su profunda preocupación cuando la OTAN decidió llevar a cabo bombardeos. Japón compartió el dolor humano sufrido por la población de Kosovo y envió una misión para determinar la ayuda humanitaria posible. Dentro y fuera de Kosovo, ONGs japonesas distribuyeron medios y cuidados médicos. El Gobierno japonés prometió 15 millones de dólares al ACNUR. Al mismo tiempo, Japón -mientras reconoce la necesidad de intervención y toma nota del mensaje enviado a Asia sobre la seriedad del uso de la fuerza cuando una parte no acude a la mesa negociadora- se pregunta cómo se explica legalmente el uso de la fuerza. La Carta de las Naciones Unidas prohíbe el uso de la fuerza si no es bajo previo acuerdo del Consejo de Seguridad o conforme al Artículo 51.

En el próximo siglo, debemos mantener abiertas nuestras opciones de seguridad ya sean de cooperación bilaeral o multilateral, ya sea adoptando un enfoque OSCE para la seguridad de Asia o incluso ampliando la OTAN a nuestra región del globo. De hecho Asia y Europa han empezado a vincularse hace tres años en la forma del encuentro Asia-Europa (ASEM).

A Asia le gustó ser tratada como igual por Europa en el primer ASEM, en marzo de 1996 en Bagkok. Quisiéramos que el ASEM, un intento ambicioso de combinar dos regiones, volviera a dinamizarse. Fue decepcionante para los Ministros de Asuntos Exteriores asiáticos que viajaron durante 15 horas a Berlín, comprobar la escasa participación de sus colegas europeos, que viven sólo a una hora de distancia. Esto se interpretó como una disminución del interés europeo en Asia.

En esta era de la GLOBALIZACIÓN necesitamos disfrutar de mecanismos multilaterales de colaboración y de seguridad, aunque al principio los veamos como muy grandiosos. Es altamente deseable que estas estructuras pongan, de nuevo, las complejas redes de cooperación e interdependencia en su debido lugar y que puedan recurrir a actuaciones que la mutua y deseada confianza se convierta, de nuevo, en una norma regional en la zona. Aunque pudiera parecer que este objetivo está muy lejos de alcanzar, debemos recordar que nuestro futuro está sólo tan lejos como la decisión que hoy tomamos y de la que nos responsabilizamos.



NUEVAS AMENAZAS A LA SEGURIDAD DE LA ALIANZA ATLÁNTICA

Winrich Kühne.

Stiftung Wissenschaft und Politik. Munich

Introducción

Al tratar de las nuevas amenazas a la seguridad de la Alianza Atlántica, dos eventos nos vienen automáticamente a la memoria. *Primero*, la cercana cumbre de la OTAN en Washington. *Segundo*, el bombardeo de la OTAN contra Milosevic y la crisis de Kosovo.

La cumbre de Washington es una cumbre muy especial, ya que no sólo señala el 50 Aniversario de la OTAN y del Tratado de Washington, sino que pretende también alcanzar un consenso de los estados miembro sobre el “Nuevo Concepto Estratégico”, que se ha venido estudiando desde hace algún tiempo. Es de esperar que la cumbre produzca resultados tangibles. Alejándose de su planificación original, ésta tendrá que debatir también la crisis de Kosovo e indicar en qué forma quiere manejarla la OTAN aparte de la campaña de bombardeos.

El tema de la cumbre es también en buena parte el de mi conferencia: ¿Cuáles son las llamadas “nuevas amenazas a la seguridad” de la Alianza Atlántica? ¿Cómo van a hacer frente

Europeos y norteamericanos a las nuevas amenazas a la seguridad y a organizar sus futuras relaciones? Obviamente, las respuestas a ambas preguntas no son fáciles. No estamos sino al comienzo, o quizás en medio, de lo que va a ser un largo y difícil proceso.

Antiguas y nuevas funciones “básicas”

Existen dos “antiguas” funciones básicas de la OTAN muy conocidas. En primer lugar, la defensa colectiva contra un estado agresor, claramente dirigida en el pasado contra los países del Pacto de Varsovia. En segundo lugar, garantizar y reforzar los lazos entre los EE.UU. y Europa, por ejemplo, fortaleciendo la Alianza Atlántica.

Desde el fin del conflicto Este-Oeste, se vienen debatiendo tres nuevas funciones básicas de la OTAN:

1. ¿Hasta qué punto debería la OTAN hacer frente a la *proliferación de armas de destrucción masiva*, en especial las armas nucleares? Estas armas continúan constituyendo una grave amenaza a la seguridad global y regional. Algunos países miembros de la OTAN estiman que el mencionado organismo debería jugar un papel importante en la contención de tal amenaza.
2. ¿En qué medida debería participar la OTAN en lo que los norteamericanos denominan “operaciones distintas a la guerra” o lo que los ingleses llaman “operaciones de apoyo a la pacificación”, términos que abarcan todas las operaciones, desde el tradicional mantenimiento de la paz, por un lado, hasta las enérgicas operaciones de apoyo a la pacificación por otro, como la que la IFOR y la SFOR han estado llevando a cabo en Bosnia durante algún tiempo, o incluso la interven-

ción humanitaria del tipo que estamos presenciando en la actualidad con respecto a Kosovo? ¿Deberían estas operaciones formar parte de las funciones básicas de la OTAN en el futuro?

3. Finalmente, existe un amplio debate sobre si la lucha contra el *terrorismo internacional* es algo en lo que debería participar la OTAN.

Resulta irónico que cuando la OTAN se aproxima a su 50 aniversario esté inmersa en la operación más difícil de su historia, la de llevar la paz a Kosovo bombardeando Serbia. Durante cerca de 50 años, la OTAN no ha disparado un solo tiro en combate real en Europa.

El no haber podido alcanzar de forma rápida un importante avance en los Balcanes y la vuelta a la mesa de negociación, está proyectando una oscura sombra sobre la credibilidad de la OTAN como pacificadora. La cumbre de la OTAN y el debate sobre el “nuevo concepto estratégico” quedarán por tanto eclipsados por la crisis de Kosovo, o por lo que yo llamaría la crisis de los Balcanes, ya que lo que estamos presenciando no es *sólo* una crisis en Kosovo, sino una crisis que afecta a toda la región.

La crisis de Kosovo obviamente plantea muchos interrogantes básicos, como ¿en qué medida pueden resolverse estos tipos de conflicto por medios militares, especialmente con bombardeos? ¿Es la OTAN la organización adecuada para manejar conflictos étnicos tipo guerra civil, como los de los Balcanes? Como es bien sabido, desde hace algún tiempo se ha venido manteniendo un controvertido debate sobre este punto. Las dos semanas de bombardeo que llevamos hasta ahora y su poco resultado no han puesto las cosas más fáciles.

Sin embargo, tras la crisis de los Balcanes se esconde un problema mucho más profundo, a saber, ¿cómo va a afrontar Europa las crisis étnico-nacionales y étnico-religiosas en el futuro? ¿Es la “autonomía” la respuesta a este interrogante, tal como se persiguió en las negociaciones de Rambouillet? En lo que respecta a Kosovo, ésta no parece ser ya una opción muy realista, después de todo lo sucedido en las últimas semanas. Pero, ¿constituye la independencia, cuyos partidarios van en aumento, una respuesta mejor? ¿O resulta demasiado horrible de considerar a la vista de sus posibles efectos desestabilizadores en toda la zona balcánica y fuera de ella? Por ejemplo, ¿qué efecto podría tener la independencia sobre los kurdos en Turquía, qué repercusiones sobre las minorías oprimidas y descontentas de Asia y otras partes del mundo? Como ya señaló la Dra. Fukushima en su ponencia, Kosovo plantea un precedente problemático, no sólo para Europa, sino también para otras regiones del mundo.

¿Han desaparecido las viejas amenazas a la seguridad?

Al estudiar las nuevas amenazas a la seguridad de la Alianza Atlántica, la primera pregunta que ha de plantearse es la de si las antiguas amenazas a la seguridad han desaparecido realmente en su totalidad. A principios de los noventa, con el fin de la Guerra Fría, la respuesta a este interrogante parecía bastante clara. En el horizonte aparentaba vislumbrarse una era totalmente nueva. El ex presidente de los EE.UU. George Bush incluso predijo un “Nuevo Orden Mundial”. Sin embargo, Mitterrand, ex presidente de Francia, resultó ir mejor encaminado cuando habló de un “Nuevo Desorden Mundial”.

Las viejas amenazas de seguridad en Europa eran dobles. *Primero*, el miedo a la guerra convencional entre estados y más especialmente a la guerra a gran escala entre los estados del Pacto de Varsovia y la OTAN. *Segundo*, el miedo a un holocausto nuclear.

En el análisis alemán, la opinión popular sostiene la idea de que ya no puede pensarse en la guerra entre estados y que, por lo tanto, ya no resulta necesario mantener grandes ejércitos para hacer frente a las amenazas convencionales. En mi opinión, esta percepción está equivocada. Es cierto que la guerra convencional en Europa, en contraste con Asia, se ha vuelto bastante improbable, por lo menos de momento. ¡Pero no puede descartarse por completo! No sabemos qué sucederá con Rusia en los años venideros. ¿Cómo será Rusia dentro de cinco, diez, o incluso quince años? ¿Se estabilizará y se convertirá en un miembro constructivo de la familia europea y en un actor global responsable? ¿O se fragmentará y será desgarrada por las guerras internas y las luchas civiles entre las diferentes regiones? Una región u otra podría caer bajo el dominio agresivo y brutal de un jefe militar, tal como ha sucedido en África en la República Democrática del Congo, el antiguo Zaire. Tampoco está claro cómo se va a conducir Rusia con respecto a los Países Bálticos. El peligro de que intente recuperar uno de ellos puede descartarse en este momento concreto de la historia, pero no en el futuro.

La incertidumbre sobre el futuro de Rusia y las posibles amenazas a la seguridad desde ese ángulo de Europa plantean un serio dilema en la planificación del futuro del *Bundeswehr*, el ejército alemán. ¿Debería continuar estando preparado para afrontar una amenaza convencional desde el Este? En el pasado, el *Bundeswehr* tenía como principal misión la de estar preparado para un ataque a gran escala con

tanques desde el este de las tierras bajas del norte de Alemania. Sin embargo, un ejército como éste no es precisamente lo que se necesita para operaciones de apoyo a la pacificación. Para éstas, resulta más apto el tipo de fuerzas que británicos y franceses están creando en la actualidad, esto es, de gran movilidad, técnicamente ultramodernas, profesionales y no abiertamente fuerzas pesadas.

Otro “viejo” problema es la cuestión nuclear. En el pasado, Europa estaba muy preocupada por el riesgo de un holocausto nuclear. La opinión generalizada era la de que la guerra nuclear sería inevitable una vez se produjera un ataque convencional, ya que la OTAN no tendría otra forma efectiva de neutralizar un ataque a gran escala por parte de los ejércitos del Pacto de Varsovia. Esta amenaza ya ha desaparecido. Sin embargo, la amenaza de Yeltsin cuando la OTAN comenzó a bombardear a los serbios de desplegar armas tácticas nucleares en Bielorrusia o de modificar los objetivos de sus misiles estratégicos nos ha recordado brutalmente que, aunque latente, el peligro aún existe.

Las diez o quince mil cargas nucleares estratégicas y tácticas que todavía quedan en el territorio de Rusia y de algunos estados vecinos constituyen, por otra razón, un motivo de preocupación tanto para los europeos como para los estadounidenses. El control y la autoridad del estado en Rusia se han erosionado, al igual que el ejército ruso. El mando y control, inspección y mantenimiento técnicos de estas armas es muy deficiente. Desgraciadamente, las armas nucleares, al envejecer, se vuelven más peligrosas. Su seguridad está en entredicho. Los accidentes nucleares, ya no pueden descartarse. Los norteamericanos precisamente estaban ayudando a Rusia a resolver estos problemas. Si Rusia se desintegra y los jefes militares regionales asumen el poder y obtienen el control de

las armas nucleares también tendremos bastante de qué preocuparnos.

Las nuevas amenazas a la seguridad

Volviendo a las nuevas amenazas a la seguridad, la zona de mayor preocupación es la *periferia del sudeste de Europa*, desde los Balcanes vía el Transcáucaso hasta llegar a Asia Central. Los estados debilitados y en fragmentación con desfasadas estructuras autocráticas y modos de producción están propagando la inestabilidad. Estamos presenciando una nueva, enorme e inesperada emergencia del conflicto étnico, religioso y nacional, que yo denominaría “el síndrome de Kosovo”. El caótico y violento proceso de transformación, de reestructuración política, económica y social que se está produciendo necesitará mucho tiempo para asentarse de nuevo. Resulta muy difícil predecir lo que aún queda por llegar en cuanto a violencia, refugiados en masa y limpieza étnica. De forma algo polémica, quisiera referirme a ello como la “Africanización de la Política Europea”, ya que si uno se fija en los acontecimientos de África central, la Región de los Grandes Lagos, Liberia y Sierra Leona, éstos no son tan distintos.

La siguiente región a contemplar con inquietud es el *Mediterráneo*. El Embajador Shmuel Hadas examinará su dinámica con más detalle. En general, la importancia del Mediterráneo ha sido reconocida por la política europea. Sin embargo, aún no hemos encontrado la forma adecuada de hacer frente a la inestabilidad de los estados norteafricanos, en especial de Argelia. Debemos preocuparnos de cuestiones tales como si Egipto pierde su estabilidad. ¿Y qué pasará si el gobierno férreo del General Mubarak en Egipto o el del Rey Hassan en Marruecos dejan de funcionar?

La tercera región con crecientes riesgos de seguridad para Europa es *Oriente Medio*. ¿Tendrá Europa que prepararse, en los años venideros, contra una amenaza de misiles nucleares procedente de esta región? Se analiza, al menos entre los expertos, en qué medida poseen Irak o Irán capacidad nuclear para alcanzar a Europa. Para disponer de capacidad nuclear sólo bastan dos elementos: unas pocas cargas nucleares y misiles para dispararlas. Se sabe que Irán, y probablemente Irak, ya disponen de misiles con un alcance de más de mil millas.

¿Quiere esto decir que los europeos tenemos que acostumbrarnos a la posibilidad de ser amenazados desde el Sur por misiles nucleares? ¿O exageran los expertos en seguridad cuando hablan de la naciente “homba árabe”? En principio, no resulta creíble que un dictador pueda tomar una ciudad europea como rehén, sea Viena, Munich, Atenas o Barcelona, si los europeos no se pliegan a sus demandas. Por el momento puede parecer una especie de pesadilla de ciencia-ficción, pero dentro de unos años quizás sea algo que tengamos que estudiar cómo hacer frente. Obviamente, la consideración de la necesidad de construir en Europa un costoso sistema de defensa contra determinadas amenazas de misiles procedentes de Oriente Medio constituye una perspectiva muy desagradable.

Podríamos continuar analizando nuevas amenazas a la seguridad: los *riesgos medioambientales* son un asunto de moda, con buena razón, pero, a mi modo de ver, tienen poca importancia a la hora de definir las funciones básicas de la OTAN y su Nuevo Concepto Estratégico. Lo mismo puede decirse del problema del *crimen y el terrorismo internacionales*. Sólo en casos muy extremos podría hacerse un llamamiento a la OTAN para que desempeñara un papel. Estoy muy de acuer-

do con la forma cauta y diferenciada en que William Pfaff abordó estas cuestiones ayer, ya que se trata de un tema del que se abusa con facilidad y es muy complicado. ¿Por qué razón consideramos “terrorista” la lucha por los derechos de los kurdos en Turquía y al mismo tiempo nos comprometemos tan fuertemente en la defensa de los albaneses de Kosovo y de aquéllos que luchan por su independencia, es decir, del KLM (Ejército de Liberación de Kosovo)?

Resumiendo este capítulo, resulta obvio que, a diferencia del pasado, Europa y la Alianza Atlántica se enfrentan hoy a un programa muy amplio y extenso de viejas y nuevas amenazas a la seguridad. Es muy apremiante, el público está lejos de entenderlo y plantea cuestiones muy difíciles de transformación política, institucional y militar. Kosovo y la Región Balcánica serán el foco de ese debate en los años venideros.

¿Cuándo y dónde intervenir?

En este capítulo, me gustaría analizar brevemente algunos de las amenazas anteriormente mencionadas. Es evidente que en Europa necesitamos un análisis más sistemático de la cuestión de cómo y cuándo intervenir. Bosnia y Kosovo han forzado a este debate a una Europa poco dispuesta. Pueden surgir más conflictos de este tipo y, por razones obvias, no podemos intervenir en todos ellos. ¿Por qué no en Afganistán, Nagorno-Karabaj u otros casos de sufrimiento humano? El público se encuentra algo desconcertado con respecto a los criterios en los que se basan políticos y militares para adoptar sus decisiones de intervenir o no. Los medios de comunicación, que se concentran de modo errático en los conflictos sólo después de un derramamiento de sangre *in extenso*, no sirven de gran ayuda para guiar a los políticos y al público.

En Alemania, durante el debate sobre Bosnia se recordó un viejo dicho del Canciller Bismark: “Los Balcanes y su gente sanguinaria no valen los huesos de un solo granadero prusiano”. El dogma de Bismark no ha impedido que el *Bundeswehr* participara en la IFOR y en la SFOR y que ahora sea uno de los principales actores de la pacificación de los Balcanes, junto con sus aliados.

Sin embargo, aún queda un interrogante que retornará con más fuerza cuando los soldados de la OTAN muertos en acción sean devueltos a casa en número mayor a meras cifras marginales: ¿Estamos realmente preparados para dejar que nuestros soldados, que nuestros hijos e hijas, caigan heridos o incluso pierdan sus vidas en los Balcanes? ¿Es eso importante para nosotros? ¿Defendemos intereses vitales nacionales, europeos, o, para el caso, intereses de la Alianza Atlántica en aquella región? Somalia constituyó un recordatorio brutal de lo ambivalentes que el público y los políticos, dependientes de su electorado, pueden ser respecto a esta cuestión cuando se pierden vidas.

La definición de interés nacional e interés europeo en un mundo globalizado.

¿Cuáles son los intereses españoles, alemanes o europeos en un mundo globalizado y altamente interdependiente? Ni universitarios ni políticos poseen una respuesta clara a esta pregunta. Probablemente no haya ninguna definitiva. ¿Fue una demostración de la correcta evaluación del interés europeo o un ejercicio de cinismo y doble moral el que Occidente no interviniese en Ruanda en 1994, cuando se produjo un genocidio mucho mayor en cifras que el de la antigua Yugoslavia? Bajo el liderazgo de los EE.UU. y de otras potencias occiden-

tales, la comunidad internacional se decantó por reducir los menos de 3.000 *cascos azules* en lugar de aumentar ese número, tal como el canadiense general Dalaire, Comandante del Cuerpo, había solicitado. Éste explicaría después de forma convincente en varias ocasiones que con más tropas podría haberse evitado gran parte de la matanza. Al visitar Ruanda cuatro años más tarde, el Presidente Clinton pidió oficialmente disculpas por la no intervención de la comunidad internacional. Demasiado tarde.

Es natural que Ruanda, un pequeño país con cerca de 7 millones de habitantes, no posea importancia geopolítica estratégica para Europa. A pesar de ello, el no haber hecho nada ha transmitido una señal equivocada a los demagogos étnico-religiosos sedientos de poder de todo el mundo, incluyendo a Milosevic, con consecuencias muy problemáticas en cuanto a criterios básicos de derechos humanos y normas básicas de relaciones internacionales, por ejemplo, el ejercicio del poder global. Permitir que genocidas y asesinos a gran escala hagan lo que les venga en gana en un mundo globalizado por una definición demasiado estrecha y anticuada de los intereses nacionales, resulta funesto para la estabilidad regional y global. Los criminales ganan.

La definición de interés nacional entre países meramente europeos no es tarea fácil. Los países mediterráneos, como España y Portugal, tienen la vista fija en lo que está sucediendo en el norte de África. El peligro de una afluencia masiva de refugiados, cruzando el Mediterráneo, obviamente constituye para ellos una preocupación mucho mayor que lo que está sucediendo en el Báltico. Escandinavos y alemanes, por su parte, están comprensiblemente más interesados en lo que ocurre en los países del centro y este de Europa, como Polonia, la República Checa, Eslovaquia y Hungría o los esta-

dos del Báltico, que en el norte de África. No obstante, Alemania apoya muy activamente el diálogo mediterráneo.

Los políticos y expertos en política exterior y seguridad alemanes no olvidan nunca a Ucrania, país cuya estabilidad es todavía bastante frágil, pero importante como una especie de amortiguador entre Rusia y centroeuropa. Aunque en menor medida, se puede decir lo mismo de Bulgaria y Rumania. La crisis de Kosovo ha atraído aún más la atención sobre estos países. Tendrán que desempeñar un papel en la contención del conflicto y por tanto deberían recibir mayor atención y asistencia de Occidente. Sin tal ayuda es muy posible que ellos mismos se conviertan en parte de la crisis y del derramamiento de sangre.

¿Qué puede conseguirse con el uso de la fuerza?

¿Qué puede conseguirse con el poderío militar, usando la fuerza, no para defenderse de un agresor en una guerra entre estados sino con respecto a un conflicto étnico-religioso? Éste es uno de los interrogantes estratégicos para la Alianza Atlántica en la era siguiente a la guerra fría. El derroche de optimismo con respecto a la eficacia política del uso de la fuerza en el que políticos y algunos planificadores militares de la OTAN parecían haberse sumergido en las semanas anteriores al bombardeo de la OTAN se ha evaporado rápidamente. Estaba fuera de lugar. La limitada efectividad de los bombardeos como sistema para quebrar la voluntad política de un líder dictatorial y del pueblo que lo respalda es bien conocida a lo largo de la historia de la guerra. La capacidad de Saddam Hussein para resistir los repetidos ataques de los aviones aliados ciertamente no ha escapado a la atención de Milosevic y sus militares. Con respecto a cantidad y calidad, la defensa aérea

yugoslava es muy superior a la de Irak. La dificultad del terreno y el frecuente mal tiempo, con baja visibilidad, proporcionan a Milosevic una ventaja adicional.

Sin embargo, aún es demasiado pronto para emitir un juicio definitivo sobre los ataques aéreos contra Serbia y lo que se conseguirá con ellos desde el punto de vista político. Descartar el empleo de las fuerzas convencionales de la OTAN fue, desde el punto de vista militar, un severo error que se sostendrá. El hecho de que casi nunca se consigue nada con el bombardeo por sí solo constituye una lección básica y bien establecida del “arte de la guerra”. Los planificadores de la OTAN desde luego no habían olvidado esta lección, pero se vieron constreñidos en su planificación por un imperativo político: la mayoría del público europeo y norteamericano rechaza profundamente el despliegue de tropas de tierra en los Balcanes. Sin embargo, la apremiante situación de los cientos de miles de refugiados que llegan diariamente a Macedonia y Albania está erosionando esta resistencia.

Si contemplamos la estrategia de la OTAN en las últimas dos semanas, es bastante evidente que ha sido organizada muy efectivamente desde el punto de vista militar, pero uno tiene la sensación de que la OTAN y los europeos, así como también el mando estadounidense, no estaban preparados para lo que ocurrió. Obviamente, no existía la suficiente preparación para la posibilidad de una limpieza étnica por parte de los serbios y la salida masiva de refugiados. ¿Por qué no? Después de lo que sucedió en Bosnia y en particular en Srebrenica en 1996, esto era algo con lo que debía haberse contado, uno de los posibles, si no probables, escenarios.

Desde el punto de vista de la percepción pública, este error resultó muy caro para la credibilidad de la OTAN. Debc-

ría haber habido mucha mejor coordinación de las dimensiones política y militar. De mis conversaciones con autoridades decisorias en Bonn, Bruselas y Londres, deduje la impresión de que la planificación militar y la planificación política de la ofensiva de la OTAN estaban desconectadas. Al estar tan preocupados con nuestra estrategia, no se llevó a cabo un análisis profundo de las opciones de Milosevic. Me viene a la memoria un famoso dicho de Napoleón: “Si te has preparado para las tres contramanojras de tu adversario que parecen ser las únicas de las que dispone, seguramente aparecerá con una cuarta”.

En Europa y en la Alianza Atlántica necesitamos urgentemente un debate informado y extenso sobre lo que puede lograrse por medios militares en un conflicto del tipo de Kosovo; cómo debe dirigirse para que sea políticamente efectivo, cómo debe estar sólidamente encajado en una estrategia política de contención y solución del conflicto. Este debate, guiado durante algunos años por unas pocas exportaciones internacionales de operaciones de apoyo a la pacificación (u operaciones distintas a la guerra), ha de llevarse al ruedo público, tal como sucediera en otro tiempo con el debate sobre la amenaza nuclear.

¿Qué hacer cuando Milosevic regrese a la mesa de negociación?

Todos esperamos que Milosevic se rinda pronto. Esto puede o no puede suceder. Si lo hace, no por ello será la tarea menos complicada para nosotros. Es evidente que la OTAN, junto con otros países, enviará una fuerza de apoyo a la pacificación a Kosovo. Pero después de la experiencia de las últimas semanas, ¿es todavía la OTAN el organismo adecuado

para llevar a cabo esta operación? ¿Es la OTAN realmente capaz de manejar conflictos tipo guerra civil? ¿Puede la realización de esta tarea integrarse de forma orgánica y efectiva en la actual estructura política y militar de la OTAN sin dañar su primordial tarea de “defensa colectiva contra ataques armados convencionales”? O, por decirlo de otra manera ¿puede adaptarse la presente estructura de la OTAN para hacer frente con éxito a conflictos de tipo guerra civil sin comprometer su capacidad de ocuparse de la defensa colectiva? ¿O debería conceder la OTAN mucha menos importancia a su capacidad de proporcionar defensa colectiva y en su lugar ocuparse de los conflictos de tipo guerra civil? No son preguntas fáciles de responder. Uno sólo puede esperar que en la Cumbre de Washington no desaparezcan totalmente tras una espesa cortina de humo de lenguaje diplomático para ocultar al público atlántico que la OTAN se encuentra en una encrucijada.

Si la OTAN no puede ser el actor al mando, ¿debería darse esa responsabilidad a la OSCE o a la ONU? Esta última tiene mucha experiencia en el campo del mantenimiento de la paz y de las operaciones de paz. Sin embargo, el supuesto fracaso de UNPROFOR en Bosnia le ha creado una mala fama que todavía perdura en muchos círculos, especialmente en los EE.UU. Su capacidad para organizar y llevar a cabo de manera efectiva operaciones de paz de proporciones considerables se ha reducido. El “Departamento de Operaciones de Paz (DPKO)” no está en muy buen estado. La OSCE nunca ha llevado a cabo una operación de paz o de apoyo a la pacificación. Al no poseer ni la estructura ni el personal necesarios, tendría que reinventar la rueda.

La solución quizás podría construirse partiendo de la actual “Oficina del Alto Representante (OAR)” en Bosnia. La OAR, que tuvo un mal inicio, está comenzando a actuar de

forma cada vez más unida, coordinando de manera efectiva las diversas organizaciones y actores implicados en el proceso de paz en Bosnia. Podría copiarse en Kosovo, o -incluso mejor- ampliarse y regionalizarse, lo que se ajustaría bien al actual carácter estrictamente regional del conflicto. El punto de fricción de esta estructura sería la importancia del papel de la OTAN y de aquellos estados que están tomando parte activa en el bombardeo de Serbia que Rusia estaría dispuesta a aceptar.

Al organizar una operación de apoyo a la pacificación como tal, deben tenerse en cuenta al menos cuatro aspectos críticos. (Aquí recorro a mi experiencia como asesor del programa de la ONU “Lecciones Aprendidas”, que se puso en marcha en 1995 y ha abarcado operaciones en Somalia, Mozambique, Angola, Eslavonia Oriental y otros sitios). El primer problema difícil y, hasta la fecha, sin resolver, que también apreciamos en la SFOR en Bosnia, es cómo organizar la cooperación civil y militar de forma efectiva. Los soldados, la policía y las ONG tienen “culturas operativas” muy diferentes. En el terreno, aunque todos hablen de coordinación, a menudo se toma a mal cuando le afecta a uno mismo. Hay muchas luchas de territorio, mucha competitividad y, desde luego, falta de coordinación. Una lección clara de anteriores operaciones es que si la cooperación cívico-militar no está bien organizada, fracasará.

La buena coordinación depende de la correcta división de tareas entre las distintas organizaciones y actores. En la IFOR, basada en acuerdos algo accidentales de Dayton, adoptados sin la adecuada consulta a las organizaciones respectivas, este aspecto tuvo que resolverse siguiendo un difícil y a veces doloroso procedimiento de tanteo. Se ha hecho.

Luego tenemos el problema de qué clase de división del trabajo debería existir entre las diferentes organizaciones europeas: ¿Cuál es la tarea de la OSCE en Kosovo? ¿Qué debería estar haciendo la UE? ¿Cuál es el mejor papel para la ONU, para ACNUR y para los demás? Las decisiones que se tomen influirán, sin duda alguna, en la estructuración de la seguridad europea en el futuro. ¿Estamos tratando de instituciones más vinculadas entre sí o más “bloqueantes”?

A continuación viene el papel de los soldados. No se les envía a ganar una guerra, que es para lo que están entrenados, sino para proporcionar seguridad básica y apoyar un proceso de construcción de la paz. En sus cometidos diarios a menudo tienen que soportar una buena dosis de humillación por las partes en conflicto y por partes agitadas de la población. Sustituir el uso de la fuerza por la paciencia y el dominio de sí mismo es a menudo, pero no siempre, la respuesta adecuada.

Finalmente, el papel de los medios de comunicación. Es evidente que Milosevic nunca luchó para ganar la guerra desde el punto de vista militar, sino que lo hizo de forma que dividiera al público europeo y norteamericano. El conflicto de Kosovo no se ganará a nivel militar, sino a nivel de voluntad política y del público. La guerra de medios es tan decisiva como la militar, incluso más. Cuando se trata de operaciones de apoyo a la pacificación, los medios de comunicación no son menos importantes. Ésta ha sido la lección aprendida en todas y cada una de las misiones desde principios de los noventa. Las actividades que se desarrollan durante la operación, en especial cuando se trata del uso de la fuerza, del consentimiento y de la imparcialidad, han de explicarse constantemente a la población local y al público internacional. La información selectiva, muy emocional y sensacionalista por los me-

dios de comunicación puede echar abajo una misión, como ya sucedió en Somalia. Una operación de apoyo a la pacificación necesita su propia emisora de radio y televisión.

Conclusión

Para terminar, es evidente que Europa y la Alianza Atlántica tienen una agenda de seguridad tan compleja como la de Asia. El miedo, que de hecho se produjo cuando Boris Yeltsin se enojó por la intervención de la OTAN en Kosovo y amenazó con modificar los objetivos de sus armas nucleares en Bielorrusia, a que podamos retornar a una suerte de confrontación bipolar con Rusia es nostálgico. Evoca un mundo claro y sencillo, aunque no mejor, pero no va a producirse. Lo que en realidad veremos es muy probablemente una mayor fragmentación, que llevará a conflictos dispersos y a procesos de transición difíciles e inestables.

Básicamente, nos enfrentamos a una Europa que tiene que equilibrar *cuatro* dimensiones diferentes de su política, muy relacionadas entre sí:

En primer lugar, la parte estable: La Europa integrada de la Unión Europea. La UE tiene que intensificar su integración, reformar sus instituciones y encontrar una estructura constitucional que resulte aceptable para todos sus miembros y ciudadanos. Todavía queda mucho camino que recorrer, aunque con el euro se ha efectuado una buena salida.

Esto nos lleva a la *segunda* dimensión, la de la ampliación de la UE (y de la OTAN). ¿A qué velocidad y cuántos estados puede absorber la Unión sin volverse inoperable? La intensificación y ampliación al mismo tiempo de la UE fue

una conocida exigencia del ex canciller alemán Helmut Kohl. Pero naturalmente existe un límite. ¿Qué hay de los Estados Bálticos? ¿Deberíamos estudiar la posibilidad de admitir a Bulgaria, Rumania y Macedonia? ¿O deberían ser las próximas candidatas para el ingreso en la OTAN? Esto último podría resultar demasiado para Rusia y alejaría a Moscú más de lo que quisiéramos.

La *tercera* dimensión consiste en la creación y fortalecimiento de una “Identidad Europea de Seguridad y Defensa (IESD)”. El primer ministro británico, Tony Blair, recientemente ha reconocido de forma explícita la necesidad de una capacidad de defensa europea más autónoma, lo que constituye un gran adelanto. Lo mismo cabe decir de la plena participación del *Bundeswehr* en las operaciones de paz y acciones de combate de la OTAN, una “normalización” de la política de seguridad y asuntos exteriores alemana que hace tan sólo unos años sería difícil de imaginar. Resulta doblemente irónico que esta normalización se haya producido con respecto a la acción militar en los Balcanes, en primer lugar porque una vuelta con soldados a esta región parecía impensable para muchos alemanes y, en segundo lugar, porque estos pasos han sido dados por la coalición rojiverde, incluyendo varios políticos que fueron miembros activos del movimiento pacifista. Falta todavía el necesario tercer paso para que la IESD gane impulso: el pleno retorno de Francia a la estructura militar integrada de la OTAN.

Finalmente, necesitamos un estudio, como ya he indicado varias veces durante esta conferencia, sobre la forma en que maneja Europa los conflictos étnicos y religiosos. ¿Pueden los modelos de “federalismo” o “autonomía” resolver este problema? Cuando éstos no funcionen o ya no sean factibles, como probablemente sea el caso en Kosovo, ¿es la secesión y el cambio de fronteras algo que podemos aceptar o que debe-

ríamos rechazar resueltamente, tal como hace en este momento el presidente Clinton? ¿Es esto realista? La ironía de la sangrienta y despiadada lucha de Milosevic por una Gran Serbia puede ser que en su lugar termine en una Gran Albania... y en una Serbia reducida por los bombardeos a uno de los países más pobres de los Balcanes.

Apéndice

¿Intervención humanitaria de la Otan sin un mandato?¹

Persiste el interrogante: ¿Hace bien la NATO, hace bien la Alianza Atlántica al emprender acciones militares, cuyo fin no es la defensa colectiva (Art. 51 de la Carta de la ONU), sin un mandato válido legalmente?

La esperanza de ser capaces de justificar esta dispensa como una excepción en el caso de las medidas militares de la OTAN contra Serbia, tal como ha declarado por ejemplo el ministro de Asuntos Exteriores alemán Fischer, ya no es sostenible. *En primer lugar*, miembros del Gobierno de EE.UU. han declarado inequívocamente que no quieren que las intervenciones militares de la OTAN dependan de la exigencia de un mandato del Consejo de Seguridad de la ONU. Porque los dirigentes de la seguridad norteamericana consideran de vital importancia la capacidad de la Alianza de actuar sin trabas. *En segundo lugar*, la renuencia o incapacidad del Consejo de Seguridad a la hora de actuar en casos de intervención humanitaria en modo alguno se reduce a Kosovo, sino que se ha convertido en un problema sistemático. Porque en lo que respecta a **intervenciones humanitarias** u operaciones afines de apoyo a la pacificación, existe un **vacío de autoridad** en la Carta Fundacional de la ONU que es preciso llenar.

No hay duda alguna de que la forma en que se llene este vacío marcará el rumbo de la política internacional en su manejo de las intervenciones humanitarias y de las operaciones de apoyo a la pacificación en los años venideros. El prescindir de un mandato sólido, tal como abogan los EE.UU., podría representar una vuelta a las prácticas abusivas de intervenciones unilaterales que tuvieron lugar bajo el “estandarte de la humanidad” en el siglo XIX.

Debería, por tanto, ser fácil de alcanzar un acuerdo básico sobre **dos imperativos**: Por una parte, en un mundo global y estrechamente interdependiente, resulta inaceptable que una improcedente negativa a la aprobación de una acción del Consejo de Seguridad, como hicieron Moscú y Pekín en el caso de Kosovo, imposibilite legalmente una respuesta rápida y efectiva a catástrofes humanitarias. Por la otra, la evolución de la intervención humanitaria no debe conducir a una erosión del progreso alcanzado en las últimas décadas con la restricción del uso de la fuerza en las relaciones internacionales. En este punto, es importante subrayar que este progreso no consiste meramente en la prohibición de la guerra,² sino también en un procedimiento específicamente señalado para la autorización del uso legal de la fuerza en las relaciones internacionales, tal como se prevé en los Capítulos VII y VIII de la Carta de la ONU. Son tanto la prohibición de la guerra como la introducción de un control de procedimiento sobre el uso legal de la fuerza las que representan el adelanto decisivo de la civilización en el campo de las relaciones internacionales desde comienzos de siglo.

En la actualidad, se debaten varias **opciones** (de las que se trata con cierta extensión en el estudio):

1. El reconocimiento de un principio de intervención humanitaria de derecho consuetudinario internacional más

- allá de la Carta de la ONU (propuesto principalmente por los EE.UU.);
2. Una interpretación más amplia del principio de defensa propia contemplado en el Artículo 51;
 3. La autorización por la Asamblea General de la ONU sobre la base de la “Resolución de Unidad por la Paz”;
 4. La ampliación del Consejo de Seguridad;
 5. La reducción del derecho de veto de sus miembros permanentes; y
 6. Un mandato amplio a las organizaciones de seguridad regional para que autoricen el uso de la fuerza.

El examen de las diferentes opciones nos lleva a la conclusión de que la última representa la mejor manera de proceder: **la autoridad de las organizaciones regionales** para ordenar intervenciones humanitarias y robustecer las operaciones de apoyo a la pacificación debería ampliarse y entrar en juego cuando:

1. se haya solicitado la intervención del Consejo de Seguridad, pero éste se muestre reacio o incapaz (por ejemplo, cuando lo bloqueen con un veto);
2. el Consejo de Seguridad no desmienta la existencia de una crisis humanitaria, o no haya prohibido expresamente una intervención;
3. la institución regional intervenga dentro de los confines de una estructura de autoridad institucionalizada y multilateral, cuyos fines y principios sean compatibles con los de la ONU. (Art. 52, Párrafo 1).

Evidentemente, estas condiciones previas garantizarían que las organizaciones regionales y el uso de la fuerza por parte de éstas continuaran estando bajo la autoridad general del Consejo de Seguridad.

Un examen de las distintas organizaciones de seguridad regionales, tanto fuera (OUA, CEDAO, OEA), como dentro de Europa (OSCE, Consejo de Europa, OTAN, UEO, UE-GASP), contempladas por el estudio revela que algunas de ellas ya se están moviendo en esta dirección o podrían hacerlo. El llamamiento de los últimos años a favor de un traspaso de la responsabilidad de la prevención de conflictos, de la gestión de conflictos y del mantenimiento de la paz por la ONU a las organizaciones regionales obviamente ha producido efecto.

El Consejo de Seguridad debería, por tanto, aprobar lo antes posible una declaración conjunta que mantenga la primacía del Consejo de Seguridad y al mismo tiempo anime a las regiones a desarrollar sus acuerdos multilaterales de seguridad y prevención de conflictos en función de un mecanismo para la expedición de mandatos conforme a los principios de la Carta de la ONU. Además, el Consejo de Seguridad debería establecer que -mientras exista dicho mecanismo, o tenga que organizarse- acepta una interpretación del Artículo 53 de la Carta de la ONU y que toda autorización de intervención humanitaria y de operaciones de apoyo a la pacificación dentro del marco de estos mecanismos regionales sólo se considerará acorde con la Carta de la ONU si el Consejo de Seguridad ha sido previamente llamado a intervenir, pero es incapaz o reuente a hacerlo.

Existe una buena oportunidad de que tal iniciativa resulte aceptable, no a todos, pero ciertamente a gran número de los países miembro de la ONU. La idea de que hay que encontrar una división realista de las tareas y de la competencia entre la ONU y las organizaciones regionales ha cobrado fuerza en Nueva York durante los últimos años. Rusia y China deberían ser advertidas de que, si rechazan este proceso, será inevi-

table una mayor erosión de la importancia del Consejo de Seguridad y, con ella, de su propio papel en la política mundial. Las Naciones Unidas serán arrinconadas de forma mucho más manifiesta que lo ocurrido en meses pasados.

Finalmente, debería señalarse que la cuestión de una autorización sólida para intervención humanitaria y operaciones de apoyo a la pacificación tiene una significación inmediata en la persuasión y efectividad de estas operaciones sobre el terreno. Son los soldados y civiles implicados en estas operaciones los que pagan por la falta de un mandato. Porque, quienquiera que intervenga en otro estado debido a la violación a gran escala de los derechos humanos, no debería ser estigmatizado con acusaciones de que está actuando sobre una base legalmente dudosa, ya que entonces, si una misión se ve en dificultades, la población local y las partes en conflicto confrontarán al personal, más o menos brutalmente, con esta deficiencia.

NOTAS

- ¹ Este es un resumen de una ponencia en alemán, titulada "Humanitaire Nato-Einsätze ohne Mandat" SWP - 3096, Ebenhausen, Alemania, marzo 1999, 32 pp.
- ² Estatuto de la Liga de Naciones, 1919, Art. 14 & 16 y Pacto Kellogg-Briand de 1928.

Traducción: por Imelda Puigari.

EL MEDITERRANEO EN EL UMBRAL DEL 2000: RIESGOS Y PERSPECTIVAS

*Samuel Hadas.
Analista Diplomático*

No podría comenzar mi intervención sin antes agradecer al Cabildo de Gran Canaria y al INCIPE el privilegio que me han concedido de participar en este panel para exponer un tema tan importante como apasionante: el Mediterráneo en el umbral del 2000. Se trata evidentemente de un tema que presenta una problemática compleja y numerosas facetas, por cuanto hablar de seguridad en el Mediterráneo, obliga, por fuerza, a ocuparse de sus implicaciones de orden social, económico, político y religioso. Pido de antemano excusas si en muchos casos, por falta de tiempo, deberé limitarme a hacer solamente observaciones de carácter general que me permitan presentar siquiera trazos esenciales de las cuestiones inherentes a la seguridad en el Mediterráneo.

La estrepitosa - e imprevista - caída del Muro de Berlín en 1989 fue para muchos el presagio de una nueva era de seguridad y cooperación en el mundo. Las expectativas eran grandes, generalizándose una ola mundial de confianza y esperanza. Se habló incluso de la panacea de un nuevo y pacífico orden mundial en el que se impondría el reino del derecho sobre la anarquía del sistema internacional y se lograría incluso una

situación de paz que sería garantizada con medios adecuados que harían improbable un conflicto armado.

Este «nuevo orden internacional» se esfumó aún antes de ser esbozado siquiera. Un impresionante número de crisis y problemas surgidos y en gestación desde entonces aquejan al mundo: conflictos, desórdenes, disputas y violentas crisis que vienen exigiendo continuamente la atención de las naciones. El Mediterráneo, lejos de ser una excepción es hoy, quizá, la zona más turbulenta del mundo. No sólo no se benefició del fin de la guerra fría entre las superpotencias sino que surgieron en su seno nuevas (y antiguas) fuentes de crisis y tensiones. El recrudecimiento del etno-nacionalismo; la expansión del fenómeno del fundamentalismo religioso, generador del binomio terrorismo-represión; el crecimiento del malestar popular en la ribera sur; la aceleración de la carrera armamentista que incluye el intento por parte de algunos países de acceder a armas no convencionales de destrucción masiva; el estallido en los Balcanes de un conflicto político-étnico-religioso, entre otros fenómenos, demuestran suficientemente el potencial desestabilizador existente en esta neurálgica zona del mundo.

Mientras que no existe hoy una amenaza global comparable a la que significó en el pasado la perspectiva de un conflicto nuclear entre las superpotencias, una serie de problemas surgidos a partir del fin de la guerra fría en los países ribereños del Mediterráneo y en su periferia amenazan la propia estabilidad de enteras regiones y países. Incluso en el caso de conflictos internos, algunos de ellos son tan serios que la comunidad internacional no puede ignorarlos. Ideologías étnicas y nacionalistas por largo tiempo adormecidas salieron a la superficie en sangrientos estallidos. La tónica es un inquietante incremento de la inestabilidad en la región. La heterogeneidad geopolítica es la característica. Las divergencias y la fragmen-

tación parecerían ser los protagonistas principales.

En noviembre de 1995 tuvo lugar en Barcelona un encuentro que podría ser considerado como el esfuerzo más serio por parte de la Unión Europea y de los países mediterráneos para definir los problemas de la región e intentar la búsqueda de respuestas adecuadas, elaborando los criterios que guiarán a los responsables de estos países en su implementación, principalmente a través de la creación de un mecanismo permanente de cooperación regional. La novedad de este encuentro sin precedentes, en relación a iniciativas anteriores, fue su enfoque global: el establecimiento de una cooperación euromediterránea dotada de medios e instrumentos adecuados. En informe preparado por el Consejo de la Unión Europea se explicaron los objetivos de la importante iniciativa, que podríamos resumir en su primer párrafo: Los países de la Unión Europea y sus socios del Mediterráneo deben actuar más de una manera conjunta, a fin de que la cuenca mediterránea llegue a ser, en mayor grado que en la actualidad, una zona de intercambios y de diálogo político que garantice la paz, la estabilidad y el bienestar de quienes viven en sus riberas... Ello exige un diálogo político, un desarrollo económico y social sostenible y equilibrado, la lucha contra la pobreza y la necesidad de una mejor comprensión entre las culturas a través del refuerzo de la dimensión humana en los intercambios. Es un proceso hacia un Mediterráneo concebido en el siglo XXI como un espacio global e interdependiente en el cual se podría obtener un escenario de estabilidad que permita acelerar el desarrollo económico, social y cultural en la región y que culminaría hasta el año 2010 con la creación de una zona Libre Comercio.

El proceso de Barcelona, nacido en dicha Conferencia, visto desde la perspectiva de un israelí, constituye no sola-

mente un importante paso en la elaboración de un sistema de cooperación en el Mediterráneo, sino un viraje cualitativo en relación con políticas europeas anteriores. En un momento en que el antiguo orden de la guerra fría cedió su lugar a una plétora de conflictos étnicos, religiosos y nacionales a la vez que los prolongados conflictos existentes en el Oriente Próximo muestran esperanzadoras señales de solución se exige urgentemente nuevos caminos de pensamiento. La conferencia señaló la voluntad política de los países participantes (al menos de su mayoría) a involucrarse en un proceso permanente de diálogo continuo y acción a nivel euro-mediterráneo en una amplia gama de temas, en lo económico, social, político y cultural. Los participantes expresaron su convicción de que la «paz, la estabilidad y la seguridad en la región del Mediterráneo constituyen un bien común que se comprometen a fomentar y a reforzar con todos los medios de que disponen».

La política mediterránea de la Unión Europea estará indudablemente determinada en el futuro por los factores demográficos, políticos y religiosos que están modificando la situación sobre todo en los países de la ribera sur, a la vez que afectan la situación en la ribera europea. El proceso de paz en el Oriente Próximo es otro de los factores que han incidido en la búsqueda por parte de Europa de una estrategia que permita afrontar los retos mediterráneos. Más aún, ha sido el lanzamiento del proceso de paz en esta neurálgica parte del Mediterráneo lo que permitió la realización de esta iniciativa de afrontar los acuciantes problemas del área a través de una acción mancomunada.

¿Qué es el Mediterráneo? se preguntan los estudiosos en las distintas disciplinas: ¿Centro, frontera, encrucijada o un muro infranqueable entre el Norte y el Sur, como alguien lo

definiera? Lo que es evidente es que se trata de una frontera que separa mundos culturales, sociedades y sistemas políticos muy diversos. Que separa democracias de regímenes más o menos autoritarios. A cristianos de musulmanes. A países altamente desarrollados de países en desarrollo o aún en el subdesarrollo.

¿Dónde marcaríamos sus fronteras? Tampoco aquí se ponen de acuerdo los estudiosos. Si el concepto es puramente geográfico, incluye solamente a los países litorales. Si el enfoque es geopolítico, como es nuestro caso, debemos tomar en consideración no solamente los países con acceso directo a sus costas, sino su periferia de influencia e interdependencia: muy especialmente el Oriente Próximo. Y, en mi opinión también los Balcanes, por cuanto de todo los peligros que enfrenta el Mediterráneo, la posibilidad de diseminación del conflicto balcánico es uno de los más preocupantes. Debemos mencionar también que en la Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo que tuvo lugar en Palma de Mallorca en 1990, España e Italia propusieron una noción amplia del Mediterráneo que incluía los Balcanes y el Mar Negro. Hay quienes ven el Cuerno de Africa como parte del Mediterráneo. El historiador Fernand Braudel escribe que el Mediterráneo es un espacio de relaciones, choques, trueques y también conflictos. En su visión el mar une mientras que las montañas dividen: era más fácil navegar en el mar que pasar las montañas con los medios de transporte en el pasado. Su monumental obra «El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II» muestra como el Mediterráneo constituyó por siglos una comunidad unitaria. El ser una comunidad no quiere decir vivir en la uniformidad. De hecho, Braudel se pregunta: «¿Qué es el Mediterráneo? Mil cosas al mismo tiempo. No un paisaje, sino innumerables paisajes. No un mar, sino una sucesión de mares. No una civilización, sino distintas, enlaza-

das una con la otra. Viajar por el Mediterráneo es encontrar el mundo romano en el Líbano, la prehistoria en Cerdeña, las ciudades griegas en Sicilia, la presencia islámica en España, el islam turco en Yugoslavia. Es hundirse en lo más profundo de los siglos, hasta las pirámides en Egipto y, yo me permitiría agregar, hasta la Biblia y los Diez Mandamientos. Es encontrar cosas antiguas aún vivas al lado de lo ultramoderno... Todo esto porque el Mediterráneo es una antiquísima encrucijada: desde milenios todo confluye sobre este mar... Hombres, bestias de carga, carrozas mercaderes, naves ideas, religiones, formas de vida».

La situación en el Mediterráneo podría resumirse siempre según las palabras de Braudel como una encrucijada abierta a influencias en intercambios y también adectada por conflictos y tensiones.

Evidentemente, el Mediterráneo engloba profundas diversidades a las que pone en contacto o, repentinamente, en conflicto. El Mediterráneo es un mundo que recoge muchos y diferentes mundos: lugar de unidad y diversidad. Su historia es una historia de encuentros y conflictos que se interponen profundamente con los de las religiones. La historia del Mediterráneo está cargada de memorias que tienen que ver con conflictos entre las religiones. Son memorias que persisten y que permanecen frecuentemente como patrimonio de la identidad colectiva de los pueblos. Las invasiones musulmanas permanecen como memoria de la amenaza islámica a Europa. El episodio de las Cruzadas como movimiento de conquista del Mediterráneo oriental en nombre de motivaciones religiosa, permaneció por siglos en la memoria colectiva de los pueblos musulmanes de la cuenca y, como escribe el historiador italiano Andrea Riccardi, también la de los cristianos de la ribera norte.

Mención especial debo hacer del Oriente Próximo en el extremo oriental del Mediterráneo, que con parte de su ribera sur presenta un poco el aljibe de la memoria colectiva del género humano, en la misma medida en que asemeja también a un cenagal de conflictos regionales, escribe Shimon Peres en su libro «El nuevo Oriente Próximo». Las piedras fundamentales de la civilización occidental han sido colocadas en esta región, donde naciera el monoteísmo. Hasta su surgimiento el Mediterráneo no era sino un mar de divinidades, un mar de politeísmo, como tantos otros lugares en el mundo. Con los siglos, se transformaría, con las regiones que le circundan, en el mar del monoteísmo. Desde la antigüedad el Oriente Próximo ha tenido un papel importante para la humanidad y ha sido punto focal de la vida espiritual de muchos pueblos. Sin embargo, el Oriente Próximo es una región que ha conocido durante toda su historia guerras y conquistas.

La historia de nuestro siglo ha cambiado profundamente el mapa del Mediterráneo: han surgido nuevos países, nuevos sistemas políticos. Los estados nacionales son los nuevos protagonistas. Pueblos, naciones, religiones se han visto envueltos en conflictos dramáticos y situaciones de convivencia que se prolongaron por siglo parecen hoy inalcanzables.

Pero el Mediterráneo se ha caracterizado por los conflictos entre sus pueblos y en el seno de muchos de ellos. Las tremendas diferencias, la brecha social y económica, sobre todo entre las riberas norte y sur constituyen fuente de problemas agudos por el momento insolubles. La inestabilidad política y las tensiones domésticas, así como los conflictos de origen étnico y religioso han sido y son (y seguirán siendo) fuente de violencia. Las manifestaciones de intolerancia y racismo tan frecuentes también en países europeos nos recuerdan cuán frágil es aún nuestra civilización. En la región aumentan las diferen-

cias entre los países desarrollados y los países en desarrollo. En estos últimos, estructuras arcaicas constituyen serio impedimento para el desarrollo económico y social.

La desertización, así como la carencia cada vez mayor de agua constituyen problema de envergadura. En su libro «El nuevo Oriente Próximo», Shimon Peres recuerda que de los 13 millones de kilómetros cuadrados controlados por el mundo árabe, el 89% es desértico. Si continúa la tendencia actual, un cuarto del 11 por ciento restante se perderá para la agricultura en los primeros años del siglo XXI. La disparidad en el ingreso per cápita entre los países del norte y del sur continúa creciendo. El significado de esta disparidad lo dan los números: 18.000 dólares per cápita anual en el norte frente a poco más de 800 dólares en el sur. Poco o nada se hace para cambiar esto.

El crecimiento demográfico en el Mediterráneo sur y oriental es dramático. Según el Banco Mundial hacia el 2025 el crecimiento de la población en los países islámicos mediterráneos será 20 veces superior al del Mediterráneo norte. Según un informe de la UNEP en 1980 la población de la ribera norte constituía el 56% de la población del Mediterráneo. En el 2020 será apenas un tercio de ellos. El crecimiento de la población en la ribera sur es también hoy fuente de tensiones y problemas en los países europeos a los que se dirigen las masas de emigrantes que buscan mejorar su nivel de vida y para quienes la emigración es la única opción ante la marginalización. La Europa mediterránea ya se ha visto afectada por el alto potencial migratorio de los países del sur que ha llevado a los países de la Unión Europea más de cinco millones de personas.

Otro de los males que nos aquejan es la inestabilidad política, que junto a las tensiones sociales amenazan seriamente la cohesión interna de algunos países. La estabilidad es crucial si se quiere atraer los capitales necesarios para mejorar las condiciones económicas de los habitantes de los países del área.

Y no nos olvidemos de la compleja dimensión religiosa. Dentro de las antiguas fronteras religiosas de la Europa Cristiana, el Oriente Próximo y Africa del Norte vienen produciéndose cambios dramáticos. Si en la Europa mediterránea la religión es sobre todo un tema de conciencia en el Mediterráneo sur y oriental viene desarrollándose una situación que perturba cada vez más la convivencia. Somos testigos, sobre todo, del resurgimiento de un islamismo caracterizado por el rechazo de los valores occidentales que se sirve del malestar social y lo utiliza en términos morales religiosos. La ola de fundamentalismo islámico en expansión levanta muros de intolerancia y amenaza la estabilidad del orden social. El fenómeno del propio subdesarrollo es percibido por los fundamentalistas como el resultado de la hegemonía del Occidente, del mundo europeo. El gran riesgo que este movimiento puede representar al inicio del Siglo XXI es que caigan en sus manos armas de destrucción masiva (Pero, como bien recordarán, sobre este tema he hablado largamente en mi intervención de ayer).

En suma, el Mediterráneo es sede de dramáticos problemas nacionales étnicos y religiosos que divide a países y comunidades y ha creado todas las cuestiones sensibles habidas y por haber en la política internacional moderna. Es, como bien señalan los profesores Werner Weidentfeld e Iosef Janning, en el libro «Europe in Global Change», una de las zonas más conflictivas del mundo. Esta conflictividad verse también en

el contexto de un antagonismo alimentado no solamente por pautas de dependencia de Europa sino de la tensión entre los valores políticos y culturales occidentales de orientación pluralista, por un lado y el concepto islámico-árabe, por el otro.

CONCLUSIONES

Casi todos los datos conducen a la delineación de un escenario pesimista en el horizonte del siglo XXI. ¿Podrá el Mediterráneo constituirse en un espacio de cooperación estable que permita un desarrollo económico, social y cultural sostenido? ¿Cuáles son las perspectivas para la creación de un sistema de seguridad colectiva que aleje el espectro de la guerra de esta parte del mundo?

El estadista británico Benjamín Disraeli dijo más de un siglo atrás que *lo que anticipamos, rara vez ocurre y aquello que menos esperamos, es lo que generalmente, sucede*. Nadie puede anticipar lo impredecible. Todo lo que podemos predecir con seguridad es que en el siglo XXI habrán de suceder cosas importantes. Esto, por supuesto, no quiere decir que no debamos intentar esbozar lo que consideramos que el futuro debería traernos. Intentemos entonces resumir aquellas evoluciones que quisiéramos afecten el Mediterráneo en las primeras décadas del siglo XXI.

Si quisiéramos resumir las premisas fundamentales del escenario ideal de un Mediterráneo seguro y pacífico que sea interés de todos en una frase, recordaríamos la necesidad de reducir al máximo la brecha económica y social entre los países de la región; y el reconocimiento de la legitimidad del otro y de la igualdad de derechos de los ciudadanos y sus culturas.

Una política mediterránea de seguridad para el Siglo XXI exige:

* Una política de seguridad y defensa colectiva: La promoción de la seguridad colectiva debería ser prioridad absoluta de los países del área. La construcción de medidas de confianza; el control del armamento, sobre todo el no-convencional; la cooperación en la lucha contra el terrorismo, son la llave para la creación de un mecanismo de seguridad colectiva eficiente. El principal desafío que Europa debe asumir en el inicio del Siglo XXI es el establecimiento de un sistema de seguridad regional. La seguridad nacional depende hoy de la seguridad regional. La defensa global, como bien señala Shimon Peres, exige la creación de una coalición política regional que pueda salvar a la región del fundamentalismo terrorista.

Los focos de tensión en el Mediterráneo y en su periferia, como los conflictos en el Oriente Próximo y la crisis de los Balcanes están allí, desafortunadamente, para acompañarnos hasta bien entrado el Siglo XXI. Como quedó demostrado Europa carece de la potencia y, probablemente, incluso de la voluntad política para resolverlos o disminuir el potencial potencial de riesgo que contienen. Mucho seguirá dependiendo de la política e intereses de los Estados Unidos en la región.

La intolerancia étnica hacia pueblos de origen diverso seguirá siendo un factor de riesgo en el Siglo XXI, también en Europa. Si crece la inmigración, también lo hará la animosidad étnica, sobre todo si el problema del paro no encuentra soluciones adecuadas.

El fundamentalismo religioso, que persigue el establecimiento de regímenes teocráticos en la región, continuará sien-

do un factor desestabilizador. Sus fallidos intentos solo son un aliciente para la continuación de su desafío a las sociedades seculares árabes y de sus esfuerzos para crear un nuevo orden islámico en el Mediterráneo. La falta de justicia social la ausencia de una democracia moderna, acompañada de la corrupción, son el principal caldo de cultivo para el fundamentalismo. Es una bomba de tiempo cuya mecha es la frustración de una generación que enfrenta en la impotencia un futuro desolador. Sobre los riesgos y desafíos del fundamentalismo hemos hablado largamente ayer, por lo que huelga redundar en ello.

*La cooperación para el desarrollo: Un mecanismo de cooperación será posible cuando se produzca finalmente el reconocimiento de que el desarrollo y la estabilidad en ambas márgenes del Mediterráneo son interdependientes y se adopte un enfoque integrado para su desarrollo. La política de proximidad geográfica concebida a fines de los 80 con el objetivo de «jugar un papel más activo vis a vis de las regiones que rodean Europa» dejó de ser suficiente años atrás. La integración económica que conduzca a la creación de un sistema de cooperación regional es clave para la seguridad y la estabilidad de la región. El tradicional concepto de ayuda y cooperación debe ser reemplazado por el concepto de partnership, como único concepto capaz de crear una realidad de paz, estabilidad y seguridad en el área.

«La terapia radical que permita abordar los diferentes tipos de amenazas provenientes de distintas direcciones y que además permitiría reducir el apoyo al fundamentalismo es el desarrollo de planes extensos de cooperación económica, escribe el profesor de Historia Contemporánea tunecino Khalifa Chater en su artículo «La seguridad mediterránea: el punto de vista tunecino».

Como existe una evidente conexión entre la promoción del desarrollo económico-social y el desarrollo de marcos democráticos y el respeto a los derechos humanos, la cooperación para el desarrollo debería incluir el estímulo y el apoyo a las fuerzas democráticas y al pluralismo político en los países de la ribera sur del Mediterráneo que posibilite el establecimiento de sistemas políticos abiertos a la participación de todas las fuerzas democráticas. Un mecanismo para un diálogo político permanente que insista en el cumplimiento de la letra y el espíritu de los compromisos asumidos por los firmantes de la Declaración de Barcelona para el respeto de los derechos humanos y las reglas de la ley y la democracia, sería un aporte apreciable en los esfuerzos para obtener aquellos objetivos. La democracia, escribe Shimon Peres, no solo es un proceso que garantiza la libertad civil y personal sino también el perro de guardia de la paz que contribuye a eliminar los factores que alimentan el fundamentalismo.

La Unión Europea debería asumir un papel más activo y de liderazgo en favor de un proceso integrado de desarrollo de la sociedad y la economía del Mediterráneo, así como de la promoción de una integración activa a nivel regional. «Barcelona deberá ser - como declarara el Presidente del Gobierno español en la clausura de la Conferencia de Barcelona - el punto de arranque de un ambicioso proyecto que contará con unos mecanismos de seguimiento e incentivos para institucionalizar la cooperación mediterránea.

*La promoción del diálogo intercultural (o lo que algunos estudiosos llaman el diálogo entre civilizaciones): Intentar superar el antagonismo cultural y religioso debería ser una de las prioridades más importantes de cualquier intento de creación de un marco colectivo en el Mediterráneo, lo que hace imprescindible desarrollar y ampliar los canales de comunica-

ción entre sus márgenes a través de la intrincada red de relaciones humanas ya existentes, la promoción de intercambios culturales y científicos, del desarrollo proyectos de intercambio humano, proyectos conjuntos universitarios, el uso de los medios de comunicación, etc.etc. El acercar culturalmente ambas márgenes del Mediterráneo puede contribuir a amenazar las tensiones existentes y contribuir al fortalecimiento de una estrategia integrada de cooperación en la región.

No debemos olvidar en el contexto intercultural el rol que deben asumir los líderes religiosos. De ellos se exige la transmisión a sus fieles de un claro mensaje. No es posible que se identifiquen con los que sufren de una parte, a la vez que no aceptan la existencia del extraño, lo que conduce a sus fieles al rechazo y, en el caso de los fundamentalistas, a la brutalidad. No se puede invocar a Dios y conducir a la masacre. El Mediterráneo ha demostrado que la religión no es un factor en declinación. En esta región «uno no puede aislar las motivaciones y las sensibilidades puramente religiosas de los elementos políticos, culturales y étnico», escribe el Dr. Thomas F. Stransky, rector del Instituto Ecuménico de Estudios Teológicos de Jerusalén. La religión ha jugado en varios casos un papel de liderazgo en el diseño del estado en nuestra región. Pero en muchos casos, líderes religiosos, como en el proceso de paz palestino-israelí, han rechazado el proceso de paz e incluso han incitado contra él y contra quienes lo conducen. Aquellos líderes religiosos que transmiten el verdadero mensaje de sus religiones, que es un mensaje de paz y tolerancia, han callado en su mayoría. Es necesario introducir un elemento espiritual para intentar catalizar una reconciliación genuina.

Habrán notado que no hemos hablado para nada del papel de los Estados Unidos en el área que nos ocupa, que hasta

ahora ha sido decisivo en el campo de sus seguridad. Si antes su presencia era motivada esencialmente por la amenaza del expansionismo soviético, sus intereses en la zona, sobre todo en el Golfo Pérsico y en Mediterráneo oriental han cambiado a partir del término de la guerra fría. El petróleo, la estabilidad política del área, sobre todo de los países ribereños y periféricos «aliados,» como Turquía, Israel, Arabia Saudita, Jordania, Egipto, Marruecos se cuentan entre las prioridades de la política exterior norteamericana. Su rol en la crisis de los Balcanes ha sido decisivo, como lo ha sido y seguirá siendo su papel en el proceso de paz árabe-israelí. Es de señalar la creciente cooperación entre los países europeos y los Estados Unidos en el marco de la OTAN y en el proceso de paz palestino-israelí, pese a las diferencias, por momentos profundas, que se presentan por lo menos con algunos de los socios europeos y la administración de Washington. La política de seguridad de los Estados Unidos es factor de extrema importancia en las consideraciones de los países de la región. Cuando y cómo reevaluará y reestructurará sus compromisos en el Mediterráneo tendrá impacto importante. ¿Reducirá en el futuro los Estados Unidos su intervención en los asuntos del Mediterráneo, su disponibilidad a seguir asumiendo compromisos en la región? Creo que debería excluirse la posibilidad que en los primeros años del Siglo XXI los Estados Unidos se retiren del Mediterráneo, pero muy bien podría darse que limiten sus compromisos reduciendo incluso su presencia militar. Empero, lo más probable es que aún en el caso de que la Unión Europea logre reforzar los mecanismos de seguridad y prevención, la presencia militar y económica norteamericana en la agenda mediterránea seguirá siendo decisiva hasta bien entrado el próximo siglo.

UNA REFLEXION FINAL

Pese a sus deficiencias la política de la Comunidad Europea y hoy Unión Europea constituye uno de los pocos intentos de lograr alguna cohesión en el Mediterráneo. La ampliación de la Unión en otras direcciones geográficas, los esfuerzos dirigidos hacia Europa Oriental han menguado la atención de la Unión hacia la ribera sur.

La política bilateral de algunos países, basada en estrechos intereses nacionales, especialmente Francia (en Argelia e Irán) e Italia (en Libia, Tunisia e Irán) no fortalecen precisamente una política colectiva.

El papel de la Europa de la Declaración de Barcelona en los próximos años será de capital importancia para los países no europeos del Mediterráneo. Solo la construcción de un nuevo y distinto Mediterráneo donde la paz sea el instrumento para lograr la seguridad colectiva y personal, podrá modificar sustancialmente el estado de las cosas. Una de las claves más importantes para la seguridad y la estabilidad económica en Europa será la implementación de la meta de creación de un espacio de cooperación estratégica y de una economía de paz. Los problemas de esta parte del mundo no podrán ser resueltos por países por separados o bilateralmente. Solo un mecanismo regional estable podrá lograrlo.

La historia enseña que la aparición de escenarios catastróficos no siempre debe ser excluida.. La hipótesis de la creación de un «nuevo Muro de Berlín» en medio del Mar Mediterráneo, por excesiva que sea, no es de excluir, escribe el Dr. Nadji Safir, en la Revue d'Études Internationales, de Quebec, Canadá. Si se acepta el reto de la historia para construir una comunidad mediterránea solidaria bastaría implementar la Declaración de Barcelona en su letra y espíritu, con determinación y empeño.

ECONOMÍA

EURO Y DÓLAR: HACIA LA MONEDA UNIVERSAL

*Ramón Tamames.
Catedrático de Estructura Económica, UAM
Cátedra Jean Monnet de la UE*

*Con la colaboración de
Gustavo Matías
Profesor Asociado, UAM*

ÍNDICE DE LA CONFERENCIA

1. INTRODUCCIÓN
2. DINERO = CAPACIDAD DE ORGANIZAR EL FUTURO
3. LOS INTERESES COMO CLAVE DE FACTIBILIDAD
4. EL DINERO EN UNA ECONOMÍA GLOBAL: EL QUINTO PODER
5. EURO-EJEMPLO: PROYECTO, ESTABILIDAD, GOVERNABILIDAD
6. HACIA LA CONVERGENCIA GLOBAL (TECNOLÓGICA, ECONÓMICA, EMPRESARIAL E INSTITUCIONAL)
7. LA IDEA Y EL INTERÉS DE LAS ZONAS META
8. INSTITUCIONES PARA LA MONEDA UNIVERSAL
9. REFORMAS PENDIENTES
10. CONCLUSIONES



Mesa de Economía en el momento de la intervención de D. Juan Velarde Fuertes acompañado del profesor Gustavo Matías y del Embajador Álvarez de Toledo.

1. INTRODUCCIÓN

En un documento de trabajo presentado en diciembre pasado a la serie de conferencias organizadas bajo los auspicios del Cabildo de Gran Canaria y el INCIPE, dentro del Congreso Internacional Grandes Temas de Fin de Siglo, situábamos el euro, en la hora de su nacimiento, en el contexto de la actual situación financiera internacional. Había entonces una primera parte de análisis global, y otra más específica sobre el futuro de la moneda común, que ahora complementamos ante este Congreso Internacional en una perspectiva de moneda universal.

La idea de la *moneda universal*, que no es un concepto nuevo ni mucho menos. De hecho, Carlomagno, cuando introdujo el nuevo sistema monetario (libra, sueldo y denario) en su Imperio (circa 800 A.D.), tenía *in mente* la posibilidad de ir extendiéndolo a otros países. En cierto modo, eso mismo le había sucedido al Emperador Diocleciano, en el siglo de III de la Era cristiana, de quien se sirvió como modelo Carlomagno.

Lo cierto es que no tenemos que ser muy perspicaces para darnos cuenta de que, por su parte, la libra esterlina fue, durante todo el tiempo del *patrón oro*, desde mediados del siglo XIX hasta 1931 —año en que Londres abandonó definitivamente el sistema—, una auténtica moneda mundial. Como de hecho lo había sido con anterioridad, de otra manera, el propio *real de a ocho* de la plata española, según pusimos de relieve al referimos al origen del dólar de EE.UU.

Pero la moneda verdaderamente mundial más importante que ha habido hasta ahora, ha sido, y lo sigue siendo en nuestro tiempo, el propio dólar estadounidense. En 1931, como moneda convertible en oro a efectos de transacciones entre los

Bancos centrales, sólo quedó el dólar. Y en 1944, al crearse en Bretton Woods el Fondo Monetario Internacional se estableció un *patrón de cambios dólar oro*, que vino funcionando hasta 1972 para funcionar como verdadera *moneda universal*.

Contra viento y marea, el dólar ha mantenido su hegemonía desde 1944 hasta hoy mismo. Lo cual no significa que ya en los últimos años no haya habido propuestas de otro signo monetario universal. Unas han sido totalmente utópicas, como la *moneda universal* que se usaba en Las reuniones de los esperantistas (promotores de un fallido intento de crear también un idioma universal), quienes la llamaban *stelo*, que significa estrella, en alusión a la estrella verde utilizada como emblema del Esperanto. Otras, por el contrario, nos relevan la existencia, o al menos la expectativa, de un proyecto racional que llevaría a crear esa divisa mundial.

Que vamos a tener una moneda mundial, y que ello va a ser mucho más fácil a partir del euro, ya lo estamos viendo de hecho. Todo el debate sobre las zonas meta que ha planteó Oskar Lafontaine, y que estudiamos con alguna extensión en el documento previo de diciembre, es buena demostración de ello. Sin embargo, el máximo argumento es el que utilizamos con frecuencia para la moneda única de la Unión Europea: *un mercado interior único, necesita de una moneda única*.

Es muy difícil pensar que en un mundo globalizado no vaya a globalizarse también lo más importante para el tráfico económico de todas clases, que es precisamente la moneda. Con el tiempo, las zonas meta acabarán reapareciendo, o incluso la relación entre el euro y el dólar se establecerá con algún tipo de cambio fijo, tal como sucedió en la Unión Monetaria Alemana entre 1838 y 1856, con las convenciones de Dresde y Viena ya citadas, para llegar finalmente al cambio

definitivamente fijo en 1871, al nacer el *Reichmark*, precedente del DM que terminó su vida el 1 de enero de 1999 y que se extinguirá definitivamente en el 2002, como la peseta.

2. DINERO = CAPACIDAD DE ORGANIZAR EL FUTURO

En cualquier caso, si no se reconociera esa idea de la tendencia a la *moneda universal* como verdadera, habría que inventarla y velar por su realización, pues como dice Jacques Attali en su «Diccionario del Siglo XXI»¹, en la medida en que no podamos predecir el futuro —tarea cada vez más compleja, como nos enseñan las nuevas metodologías científicas de la complejidad y el caos—, sólo nos queda *inventarlo*; en este caso, lanzando un proyecto racional dirigido a implantar la moneda mundial. Al fin y al cabo, el dinero no es más que una idea, pero de la cual depende precisamente la capacidad de organizar ese futuro.

Efectivamente, algunos economistas y filósofos afirman con razón que el dinero, más que realidad, tiene *idealidad*, que es algo por el que el futuro obra a través de representaciones mentales capaces de ordenar las relaciones humanas. Es el caso de Vitorio Mathieu, quien parte de Carlos Marx (las relaciones económicas son relaciones de los sujetos entre sí, no con las cosas) y también de Adam Smith (el valor lo da el trabajo y el valor del dinero está en ordenar —o generar— trabajo). Claro que Mathieu asegura que el valor de un objeto no depende del valor trabajo que lo «ha producido», sino del que es capaz de producir, induciendo a otras personas a trabajar para poder conseguirlo. Lo cual implicaría que el valor viene realmente de la capacidad de organizar, más que el presente, el futuro; es decir, que depende fundamentalmente de las ideas y de lo que éstas proyecten.

Tal inversión de los términos temporales, sintoniza muy bien con el actual papel de las finanzas y la aceleración de la historia; así como con las modernas concepciones del poder global. Concepciones que, para hacer justicia, ya estaban implícitas en la genial intuición de Hobbes, quien definió y expresó el poder en dos términos: *medios presentes* y *bien futuro*. El poder enlaza así en su movimiento la actualidad con el porvenir, la actualidad de los recursos movilizables (principio del proceso) con la realización de la potencialidad de los recursos movilizados.

En esa línea de reflexión, conviene subrayar que David Hume argumentó, en sus prolegómenos de la teoría cuantitativa del dinero, que éste es como un velo que oculta el funcionamiento real del sistema económico, su buen amigo Adam Smith sería el protagonista del desplazamiento del interés desde los asuntos del poder a los del valor. Lo cual no le impedía prestar atención a las relaciones de poder, como pruebas sus famosos ataques al mercantilismo, a los monopolios y a la tendencia monopolista de los empresarios; aparte de sus defensas de la libertad natural.

En suma, el dinero, que no es más que una idea plasmada en información, constituye un recurso muy valorado en toda organización económica, porque es fácilmente intercambiado por cualquier otro, es difícil de obtener, puede ser acumulado, es fácilmente controlable y divisible... Por ello, quien proporcione este recurso tendrá mucho poder.

3. LOS INTERESES COMO CLAVE DE FACTIBILIDAD

Sin embargo, para que la idea del dinero expresado en forma de *moneda universal* tenga capacidad y probabilidad

real de organizar el futuro económico mundial, es necesario también, previamente, que sea capaz de mediatizar los intereses en presencia. Para darse cuenta de ello, no hace falta insistir en la dialéctica ideas-intereses, que tanto espacio ocupa en el pensamiento económico.

Prueba de la necesidad de mediatizar los intereses en presencia para realizar una idea es lo que ha sucedido con el euro, o mejor dicho, con el proyecto de Unión Económica y Monetaria Europea. Se han necesitado siglos, y en su último recorrido cuarenta años, para llegar al euro como instrumento de integración europea. Pero hoy día es un axioma —es decir, una verdad que por su evidencia no necesita demostración— que sin el euro no se concibe la continuidad y profundidad del proyecto europeo.

Por la misma razón, la emergente economía global necesita de la unidad monetaria para avanzar racional y razonadamente; esto es, con perspectivas de factibilidad y de consolidación. Ese proceso de acelerada globalización, que nos conduce a una verdadera estructura económica global, cuenta ya con unas infraestructuras no sólo físicas y técnicas, sino también humanas: que están siendo integradas, sobre todo, en los dos últimos niveles por la información y sus nuevas tecnologías, base innegable de lo que está sucediendo con las finanzas como sector impulsor del proceso.

Cuenta también el proceso en cuestión con algunas superestructuras jurídicas que operan a su favor; como las que se derivan de los procesos de desregulación de sectores tan importantes como las finanzas, las telecomunicaciones, los transportes (sobre todo el aéreo y el marítimo), y últimamente la energía (obsérvese que se ha empezado por desregular lo que favorece las nuevas infraestructuras globales).

La globalización es empujada igualmente por superestructuras tan importantes como las culturales, e incluso por algunas de carácter político (el propio proyecto de Unión Europea y otros procesos de integración en principio económica), e institucionales (el G-8 y otros grupos más reducidos o más amplios que llevan el germen del gobierno mundial, las ONGs, etcétera). Pero le falta la superestructura monetaria: la moneda mundial.

Se puede volver a contra-argumentar, como hacía Mr. White en otro momento, 1944, tan crucial como el actual, que para la definición de un nuevo orden mundial, que ya tenemos el dólar. Pero lo cierto es que, por mucho que éste se halle respaldado por el interés norteamericano, y por su actual hegemonía tecnológica y militar de EE.UU., el dólar ha demostrado ya suficientemente que no sirve para el empeño. Y no sólo porque haya causado o contribuido a generar o complicar *las remitentes crisis financieras del Siglo XXI* (prueba más que suficiente de que no puede ser el factor por excelencia del nuevo orden mundial), sino ante todo, y sobre todo, porque el dólar está perdiendo influencia. Y tiene que perderla todavía más en las próximas décadas.

En efecto, el ocaso relativo del dólar frente a otras divisas comenzó formalmente en 1971, cuando perdió su convertibilidad oro. Como también fue ajeno a los factores causantes de las inestabilidades que (por el exceso de dólares en el mundo a causa de la financiación de la guerra de Vietnam) dieron origen a lo que con poco rigor se denominó luego crisis mundial del petróleo; en buena parte provocada por el previo empobrecimiento relativo del precio de la energía y las expectativas de depreciación del dólar. No podía ser de otro modo, puesto que la economía norteamericana había perdido cuota mundial en las décadas anteriores, pasando desde casi la

mitad del PNB universal hasta poco más de un tercio; a lo que se añadía entonces los crecientes déficit comerciales y la consiguiente necesidad de financiación de los mismos.

Si hacia 1971 el dólar representaba el 76% de las reservas de los bancos centrales y el instrumento utilizado para el 60% de los intercambios internacionales, antes de ser lanzado el euro ya no representa más que el 63% de las reservas, y sólo el 24% de los medios de los intercambios totales. Obviamente, la competencia que le está haciendo y que le hará el euro en el frente de Las reservas y de los intercambios —pero también de la economía europea en la producción y el comercio mundial— están abocadas a mermar aún más esas cotas.

Indudablemente, nuestro argumento de que el valor de cualquier expresión de dinero sólo está respaldado en última instancia por las ideas que genere acerca de su capacidad de ordenar el futuro, nos lleva a la obligación de admitir que la suerte del dólar irá inexorablemente unida al papel y preeminencia de los Estados Unidos en geopolítica. Por desgracia, siguen siendo los ejércitos los guardianes en última instancia del valor de una moneda, por mucho que en el corto plazo jueguen siempre las variables económicas fundamentales (*the fundamentals*): el diferencial de tipos de interés respecto a las divisas competidoras, que debería estar relacionado no sólo con la inflación, sino con el déficit o superávit por cuenta corriente.

Al mismo tiempo, si el dólar dejara de ser en el futuro una moneda refugio de quienes se sienten atraídos por los mayores tipos de interés norteamericanos, por la persistente bonanza de su economía en los años noventa o en última instancia por la seguridad de su poderío militar, los Estados Unidos perderán una de sus mejores armas geopolíticas. Por eso

hay que pensar que sus intereses estarán a favor de mantener la hegemonía del dólar; incluso aunque su economía y su comercio sigan perdiendo fuerza y su déficit comercial no se troque en superávit.

Por todo ello, hay que concebir como la opción más verosímil que el dólar siga siendo una moneda de reserva y una moneda refugio, pero sometida a una creciente competencia y vulnerabilidad. A menos que la economía estadounidense corrija sus fundamentos de déficit comercial, escaso ahorro y consiguiente sobrevaloración de unos activos alimentados por la subida de los tipos de interés. Pero ese carácter de divisa reserva y refugio, no le impedirá seguir perdiendo importancia; sobre todo desde el momento en que encuentra la competencia del euro, hasta que no represente más que un tercio de las reservas mundiales y una parte todavía menor de los intercambios financieros y comerciales.

La clave estará, desde un punto de vista económico, en si los EE.UU se muestran capaces de controlar su creciente e impresionante deuda externa, que tiende hacia el billón de dólares (es decir, un millón de millones de dólares en nuestros términos y un trillón en términos norteamericanos). Impresionante por su nivel y, sobre todo, por su ritmo de crecimiento, que se sitúa entre el 15% al 20% cada año.

Esta realidad podrá seguir sólo temporalmente ocultada —o desatendida por los inversores de las nuevas finanzas globales— mientras suba el Dow Jones en *Wall Street* y exista un diferencial de dos, tres o cuatro puntos a favor del dólar en sus tipos de interés respecto a euro, diferencial que hoy 9 de abril de 1999 se ha situado la decisión del Banco Central Europeo en el 2,5%.

Incluso cabe considerar que el dólar mantenga su atractivo con diferenciales más reducidos, mientras Europa siga mostrando sus desbarajustes y su acefalia política, mientras los países asiáticos y latinoamericanos se vean agobiados por la secuencia de sus crisis, o mientras los EE.UU muestren su poder político, militar y tecnológico en aventuras como la actual de Yugoslavia. Por estos motivos no se ha confirmado por ahora ni parece que lo hará en el corto plazo, la expectativa de un euro fuerte que tenían algunos; incluso la depreciación del 10% respecto al dólar desde el nacimiento del euro.

Tal vez pueda resistir la economía norteamericana por algún tiempo más la competitividad en los mercados que permiten esas depreciaciones del euro y las anteriores devaluaciones de las divisas asiáticas y latinoamericanas. Sin embargo, esa resistencia con una política fácil, llevará a mayores déficit y a más deuda externa si EE.UU no controla sus propios desequilibrios económicos, el dólar podría precipitarse en un futuro no muy lejano ante el euro, o incluso hundirse ante una gran adversidad; a menos que persistan las circunstancias actuales o surjan otras del mismo signo.

En consecuencia, será difícil impedir que en los próximos años —y sobre todo desde el 2002 cuando también físicamente sea una moneda común— el euro gane terreno al dólar y se convierta en una de las dos monedas de reserva del mundo, mucho más allá de lo que sumaban antes del primero de enero pasado las divisas integradas en el mismo. Para entonces, el euro podría representar la tercera parte de las transacciones financieras y de los intercambios comerciales internacionales, casi la mitad de los depósitos bancarios en los países industrializados y los dos tercios de los préstamos bancarios, a lo cual habría de agregarse que la mitad de las obligaciones de los Estados podría hacerse en la nueva moneda.

Frente al persistente déficit norteamericano, la Unión Europea ofrece crecientes transacciones internas, y un superávit comercial con el resto del mundo que presionará al euro hacia arriba, características que no le eximen tampoco de otras fuentes de vulnerabilidad; que no radican sólo en la política o —como ya hemos explicado— en el campo de las ideas sobre su capacidad de organizar el futuro, sino en el propio terreno económico, por las diferencias de productividad que luego comentaremos.

Al juego de los intereses en presencia, que ya ha quedado así también descrito en los párrafos anteriores, se sumarán a favor del euro los rendimientos del original y peculiar proceso de integración europea, en el sentido de que existen suficientes razones económicas (como veremos en la siguiente sección), pero también razones políticas, para que el euro se convierta en una de las dos grandes divisas mundiales, paso indispensable para contribuir luego a crear la *moneda universal*.

4. EL DINERO EN UNA ECONOMÍA GLOBAL: EL QUINTO PODER

Las monedas —o los países que las emitan— libran a través de las finanzas una batalla permanente de intereses en el campo de la redistribución de la renta. Además de la propia eficiencia técnica o funcional de lo financiero —esto es, mediar entre el ahorro y la inversión—, toda transacción monetaria busca un tipo de eficiencia asignativa (al aplicar sus recursos a una actividad que se considera mejor, y no a otras alternativas). Pero al mismo tiempo, genera unas consecuencias distributivas (o redistributivas), que no se limitan a crear rentas adicionales favor de quienes las utilizan (el interés o rentabilidad) sino e igualmente a favor del poder que las emite.

A este último respecto, el poder de lo financiero no sólo tiende a equiparse al poder que sólo se atribuía en la teoría económica a los Estados (el poder de redistribuir renta), sino que incluso en el actual proceso de globalización se ha demostrado una clara tendencia a superar esos poderes. No es de extrañar que algunos califiquen las nuevas finanzas globales como el *quinto poder*, que no sólo complementa, sino que compete con los tres poderes clásicos atribuidos por la clasificación de Mostesquieu a los Estados (legislativo, ejecutivo y judicial), y con el *cuarto poder* (el poder surgido que como dijo Burkemana en los modernos Estados de la opinión pública o publicada). Un *quinto poder* que en el actual nivel de globalización ya rivaliza al de los estados.

Las raíces de ese *quinto poder* son similares a los anteriores. Como señalaba el sociólogo Talcot Parsons, en el poder —que ya se ha dicho depende de las ideas tanto como el dinero o de los intereses—, hay un aspecto distributivo, igualmente atribuible al dinero (para que B obtenga un poder A tiene que perder algo del suyo, en juego de suma cero); pero también hay otro colectivo, mediante el cual varias personas en cooperación pueden aumentar su poder conjunto sobre terceros o sobre la naturaleza².

El hecho es que ese poder analizado por Parsons, también lo tienen las finanzas, cuyos mercados —los primeros realmente globalizados— han empezado a desbordar a los poderes de los Estados, así como a ejercer cierta *tiranía* sobre la economía real. Y la cuestión no radica sólo en que la *votación* diaria de esos mercados no tiene por qué coincidir con la elección democrática de los ciudadanos, sino en han empezado a invadir el propio campo de los otros poderes. Las finanzas globales, a través de sus mercados, ostentan ya en realidad el poder instantáneo hasta ahora reservado a la opinión pública,

el poder judicial, el ejecutivo... e incluso el legislativo.

En efecto, los mercados financieros generan sus propias leyes, juicios, valores, ideas al fin y al cabo. “Juegan con unas reglas para formar sus expectativas de futuro”, ha escrito el profesor Pulido, “que basta con que sean mayoritariamente aceptadas como ciertas para que se conviertan, mientras duren, en ley. Por ejemplo, es suficiente con que se admita la idea de que crecer por encima del 3% es inflacionario, para que cualquier indicador de rápido crecimiento de la economía productiva afecte negativamente a los mercados”³³.

Y esos poderes, aunque también con riesgos de sobreexcitación, crecerán conforme aumente la masa del mercado financiero global. Según algunos, el valor de los intercambios diarios de divisas, multiplicado por cien en quince años, será al menos trescientas veces el del comercio mundial en los próximos 30 años (a menos que haya moneda universal, claro). Igualmente, los intercambios de activos financieros, pasarán de 5 billones de dólares en 1980 a 83 billones hacia el año 2000 (tres veces el PIB de la OCDE). Las transacciones en bonos del Estado habrán pasado de 30.000 millones a 8 billones de dólares. Los créditos bancarios internacionales, que ya representan 24 billones de dólares, pasarán a 50 billones hacia el año 2005.

En conclusión, sin una *moneda universal* cuyo advenimiento aporte soluciones duraderas a la actual *economía de casino* de especulación financiera de *burbuja*, en cualquier momento puede aparecer una enorme crisis financiera que mine el crecimiento mundial; mucho más de lo que lo empezó a hacer en la asiática y latinoamericana desde 1997. Voces como de Jacques Attali incluso aventuran fechas a esa crisis: antes de finales del segundo decenio del próximo siglo. Por enton-

ces, el dólar y el euro serán las dos monedas internacionales más importantes a escala global, aunque el *renminbi* chino y la rupia india serán dos principales monedas domésticas. Todo ello conviviendo con la moneda electrónica, que reducirá el ámbito de la esfera privada. Habrá monedas emitidas por ayuntamientos, empresas, marcas, aunque sea referenciadas con el dólar y con el euro.

¿Por qué arriesgarse a superar riesgos permanentes y crisis como las citadas, para que luego se den los pasos que preconizamos hacia un patrón monetario universal y después hacia una moneda única? ¿Para qué esperar a que los propios mercados precipiten esa salida? Con la moneda universal, las grandes turbulencias profetizadas serían imposibles por razones obvias.

5. EURO-EJEMPLO: PROYECTO, ESTABILIDAD, GOBERNABILIDAD

Los pasos dados por el ecu-euro pueden servir de modelo a la creación de esa *moneda universal*, con el fin de ahorrar riesgos y de incurrir en los menores costes de transacción. Se trata de contribuir con las ideas a inventar ese futuro, poniendo en marcha, a escala universal, una dinámica como la del euro.

El proyecto del euro, más allá de su idea, al contrario que en el caso de la *moneda universal*, no sólo existe, sino que ha demostrado, en poco tiempo y contra muchos pronósticos, que es creíble y realizable. Liberada de los costes de transacción, Europa podrá al fin pensar a escala continental, como apuntamos al hablar de los aspectos microeconómicos, y su sistema financiero se modernizará. Todo lo cual generará esta-

bilidad, atraerá las inversiones extranjeras y hará más gobernable económica y políticamente la zona. Es la lógica y la dinámica que puede extenderse a la moneda mundial, a *un solo mundo* en lo económico; lo mismo que se planteó en Estocolmo, en 1972, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente, en relación con el futuro gobierno de la biosfera.

Al igual que en el euro, habrá que empezar por concretar y difundir la idea de la moneda mundial como medio para conseguir la mayor estabilidad y gobernabilidad. Sin esperar cuarenta años, como en el caso del proceso de integración europea. El proceso de integración mundial ya está muy avanzado con la globalización. Por ello precisamente, podría irse más rápido que en el caso europeo: sobre todo si se avanza en la convergencia institucional mediante reformas y políticas de coordinación como las que se proponen más adelante.

Para ello, habrá que convencer a los intereses en juego —al igual que ha sucedido con la integración europea y el euro—, de que la estabilidad y la gobernabilidad de la globalización será más eficiente que en la situación actual, de permanente riesgo de turbulencias e inestabilidad constante.

6. HACIA LA CONVERGENCIA GLOBAL (TECNOLÓGICA, ECONÓMICA, EMPRESARIAL E INSTITUCIONAL)

Afortunadamente, la convergencia nominal y real para la moneda universal ya se está dando, y no sólo entre los países europeos, sino entre el conjunto de países avanzados que impulsan la globalización. Por eso, para consolidarla y aprovechar sus oportunidades, se necesita un proceso de integra-

ción superior, con el objetivo de la *moneda universal*. Bastaría para ello con apoyar las actuales tendencias de la convergencia tecnológica, económica y empresarial, con una más clara y decidida convergencia institucional, que como veremos puede y debe lograrse mediante instrumentos como las zonas meta y la mayor coordinación de las políticas económicas y la consiguiente institucionalización global.

La convergencia tecnológica es la causa más importante de la globalización, pues de ella se derivan o derivarán la convergencia económica, empresarial, cultural, institucional, política, etcétera, como han apuntado entre nosotros en diversos trabajos los profesores José B. Terceiro⁴ y Gustavo Matías⁵. Gracias a la información y sus nuevas tecnologías, el mundo se ha globalizado, cuenta con nuevas infraestructuras capaces de romper las barreras espaciales y temporales. Es una convergencia que empezó hace apenas una década con la unificación de códigos de información en torno a lo digital; antes la voz, la imagen, los textos los datos tenían cada una un código distinto, que ha pasado a ser en todos los casos digital, lo que permite aumentar exponencialmente las posibilidades de transmitir, almacenar y procesar información.

La convergencia tecnológica ha favorecido a su vez la convergencia económica. Primero la convergencia tecnológica empezó a unificar invenciones y sectores hasta entonces separados como el teléfono, el ordenador y los medios de comunicación (libros, cine, periódico, televisión, etcétera). Luego sus numerosas aplicaciones, en las operaciones financieras y comerciales al instante en cualquier parte del mundo, han acelerado el *boom* de los intercambios, abriendo nuevos mercados y creando una nueva economía, con efectos tanto negativos (las turbulencias generadas desde los mercados financieros por el *quinto poder* antes descrito), como positivos: la

tendencia de dicha ampliación de los mercados y de las propias tecnologías a reducir la inflación, aumentar la productividad y elevar la producción, generando círculos virtuosos como el que disfrutan hace años los países desarrollados, y creando incluso expectativas del advenimiento por su causa de una onda larga de prosperidad en los inicios del siglo XXI.

Ese proceso de convergencia económica y la creciente interdependencia causada por el mismo tienden a sintonizar las pautas de crecimiento económico y a aproximar variables tanto monetarias (inflación, tipos de interés) como reales (crecimiento del PIB, empleo), lo que en última instancia contribuye a integrar las economías y favorece la posibilidad de avanzar en esa integración mediante la integración de las principales monedas creando la moneda mundial.

Por si la divisa universal no hiciera ya imprescindible esa convergencia económica, conviene advertir que está también produciéndose una convergencia empresarial, tanto en los modos de organización de las empresas como en el alcance económico de las mismas. Y no nos referimos sólo a las megafusiones del sector iniciador de la citada convergencia (las telecomunicaciones, la informática y los *media*), sino también al sector bancario y financiero, asegurador, farmacéutico, líneas aéreas, distribución comercial, etcétera. Tampoco nos referimos sólo a la tendencia a desaparecer que tienen las fronteras entre negocios, lo que en el sector financiero se ha llamado *desintermediación* y que es algo de mayor calado, puesto que afecta a las prácticas o a la naturaleza del negocio tradicional de cada uno; así, si de cara al presente o al futuro tiene sentido hablar de bancos, fondos de pensiones, aseguradoras y otros intermediarios, habrá que poner de manifiesto la tendencia existente en la nueva economía global y nacional a que los bancos –intermediarios por excelencia durante el siglo

XX— sean sobrepasados en sus volúmenes de negocio por los fondos de pensiones y por los aseguradores en la gestión y administración de los capitales y del ahorro.

Si queremos favorecer y no perturbar estos procesos de convergencia tecnológica, económica y empresarial —reforzados en lo cultural, lo político y otros ámbitos—, tendremos que contribuir a la convergencia institucional, que también está manifestándose, aunque en algunos aspectos quizá más lentamente que las anteriores.

Por todo ello, en las secciones siguientes, y como líneas de trabajo en aras de reforzar las tendencias hacia la moneda mundial, proponemos utilizar como instrumento de avance hacia esa moneda las zonas meta, agilizar los procesos de reforma institucional desde una óptica de tres grandes regiones que cuentan cada una ya con su moneda y que son Las que hay que integrar: Norteamérica (el dólar), Europa (el euro) y Japón (el yen). Tres áreas que se justifican por la formación de dependencias regionales dentro de cada una de ellas.

7. LA IDEA Y EL INTERÉS DE LAS ZONAS META

Además de ir en la propuesta de *Fénix* como moneda mundial que realizó *The Economist*, la idea de las zonas meta como instrumento de avance hacia la *moneda universal* forma parte de las sugerencias o *injerencias* que le costaron el puesto a Oskar Lafontaine, el exministro de Economía y Hacienda de Alemania, sacrificado a principios de 1999 pero a cuyas ideas en este y en otros frentes les está ocurriendo lo que al Cid Campeador.

Recordemos que propugnaba Lafontaine era una mayor coordinación de los bancos centrales nacionales de la UM y del Banco Central Europeo (BCE) con los gobiernos, y con el propio ejecutivo de la Unión Europea (UE). En ésta y otras aspiraciones estaba influyendo mucho la Sra. de Lafontaine, Christa Müller, una nekeynesiana de pro, que es autora con su marido de un libro publicado poco después de la campaña electoral alemana, en el cual se propone, fundamentalmente, reducir el desempleo aumentando la demanda interna, a base de elevar los salarios y reducir los impuestos para los trabajadores de menores ingresos. Al tiempo, se disminuirían los tipos de interés a cotas más bajas, y para ribetear toda la operación, se establecerían *zonas metas* como estabilizadores de la relación entre el euro y el dólar (“el final de las volatilidades cambiarias”). Como, asimismo, se reforzarían las medidas de armonización fiscal dentro de la UE⁶. Para muchos es como una fábula —¿recuerdan Vds. “La cigarra y la hormiga” del homónimo Jean de La Fontaine?—, en la cual la moraleja consiste en que todos podemos ser felices trabajando y tributando menos... Pero al final unos son más felices que otros, porque trabajan más y mejor.

Fue en 1985 cuando empezó a hablarse del mecanismo de las zonas meta, frente a la *anarquía* de los cambios flotantes nacidos en 1972, después de romperse el sistema de cambios fijos del FMI. ¿Y qué son las zonas meta? Sencillamente, la decisión de un país o un grupo de países, que de forma unilateral se comprometen a mantener el tipo de cambio de su moneda, en una banda de fluctuación predeterminada, y en relación con un referente que por lo general es el dólar.

Esa idea de *zonas meta*, al menos para momentos de máxima emergencia, se aplicó en cierto modo con los Acuer-

dos de *El Plaza* de 1985 y de *El Louvre* de 1987. El del *Plaza* fue el compromiso alcanzado por el Grupo de los Cinco (G-5) en el *Hotel Plaza* de Nueva York —y de ahí su nombre—, en septiembre de 1985, para frenar el alza de la cotización del dólar, y situarlo a niveles más adecuados. En cuanto al Acuerdo de *El Louvre* —así llamado por el nombre del palacio parisino en que se reunieron representantes de *Los Siete* (los Cinco más Italia y Canadá) el 22 de febrero de 1987—, fue una concertación para frenar la caída del dólar; a la inversa que en el encuentro de *El Plaza*.

Sin embargo, esa tendencia a formalizar acuerdos de estabilización, se abandonó en 1988, y solamente resurgió con ocasión de la Asamblea Anual FMI / BM en Madrid en 1994, que coincidió con la conmemoración de los cincuenta años de Bretton Woods. Se habló entonces de las *zonas meta* como base para reconstruir el Sistema Monetario Internacional; pero nada se hizo. Y es ahora, cuatro años después, cuando los representantes de la tendencia socialdemócrata alemana, y fundamentalmente el Sr. Lafontaine, ya lo anticipamos, quien sostiene la idea de que el euro y el dólar deberían entrar en una relación muy estrecha, con una banda de fluctuación predefinida. Idea que ha tropezado con la más fuerte oposición.

Más en concreto, el pasado 20 de noviembre, en una conferencia sobre finanzas celebrada en Francfort —sede que es del BCE—, coincidieron Wim Duisenberg, Presidente del propio BCE, Hans Tietmeyer del Bundesbank, y Eddie George del Banco de Inglaterra; y vía satélite, también *se personó* el *Padre Supremo*, Alan Greenspan, del *Fed*. Todos ellos, en una especie de manifiesto cuatripartito, vinieron a decir que las *zonas meta* “son indeseables, obsoletas y, por consiguiente, no podrían funcionar”. Duisenberg incluso especificó que irían

contra el Tratado de Maastricht, al ser nocivas para la estabilidad de precios⁷.

Las observaciones antedichas no han terminado con la polémica. Y sin entrar ahora en la verosimilitud final del planteamiento de Lafontaine, será útil hacer una reflexión complementaria, recordando la experiencia del Sistema Monetario Europeo (SME); en el cual, desde el principio, existió una moneda de referencia común, el ECU. Y, además, una moneda ancla, el DM; para marcar, respecto a ella, el diferencial de los signos monetarios más débiles (la peseta, por ejemplo, se devaluó cuatro veces entre 1992 y 1995, siempre con referencia al marco alemán).

Por tanto, en el SME, *hubo*—ya casi podemos ponerlo así, *en el pasado*— un verdadero liderazgo monetario del DM. Lo cual en manera alguna podría suscitarse en la futura relación euro / dólar, puesto que ambas divisas van a tener una importancia a medio plazo comparable⁸. De ahí que la conexión habría de hacerse a través de un sistema más vinculante, como, por ejemplo, el seguido en la *Unión Monetaria Alemana*; cuando en 1856, en la llamada *Convención de Viena*, se determinó (con el precedente de la *Convención de Dresde* de 1838), que el tipo de cambio fijo entre el *talero* del Norte y el *florín* del Sur estaría en 1,75 del segundo por uno del primero⁹.

En definitiva, ligar al euro con el dólar, hoy por hoy, es un proyecto que no van a defender muchos. De hecho, vendría a ser como una unión monetaria entre EE.UU. y la Unión Europea, y Friedrich Nietzsche, lo habría dicho muy bien: “demasiado antes de tiempo”.

Que esa *armonización* está empezando a producirse, teniendo por marco el G-7, es algo que ofrece pocas dudas; a

poco que se observe la frecuencia creciente de reuniones entre responsables monetarios de EE.UU., UE, Japón e incluso China. Siendo ya algo más que un rumor la inquietud de Suiza sobre su problemático futuro fuera de la Eurozona.

8. INSTITUCIONES PARA EL EURO Y LA *MONEDA UNIVERSAL*

La primera aclaración de carácter institucional afecta al futuro del euro como precedente de una *moneda universal*, está tratando de ver cómo resolverá un problema esencial: la excesiva descentralización, tal como se suscitó a la vista del Tratado de Maastricht. Al redactarse los estatutos del SEBC y del propio BCE, algunos pensando que se incurrió en una visión excesivamente descentralizada; dando menos poder supranacional del necesario a los órganos rectores del BCE.

A favor de la *hipótesis pro centralización*, se han alzado muchas voces, recordando la experiencia histórica de EE.UU., de cuando en ese país se creó, en 1913, el *Sistema de la Reserva Federal* —el *Fed* al que ya nos hemos referido varias veces—, para integrar, en un solo conjunto, los Bancos de la Reserva formados en las doce regiones en que se agruparon todos los estados de la Unión Norteamericana. Pero antes de seguir con nuestras observaciones, deberíamos puntualizar la forma en que se llevó a cabo la unión monetaria estadounidense, pues, supone una experiencia histórica interesante para la propia UM. En ese sentido, debemos destacar las siguientes tres fases:

1792: *Hamilton Coinage Act*. Alexander Hamilton, uno de los *padres fundadores*, planteó la necesidad de contar con un sistema de acuñación con reglas únicas para todas las Ca-

sas de Moneda de los trece estados (*U.S. Mints*). Como patrón, se adoptó el *Spanish Milled Dollar*, es decir, el *real de a ocho*, que efectivamente estuvo en circulación en EE.UU. como moneda propia nada menos que hasta 1853; cuando ya hacía tiempo que había desaparecido de la propia España.

La Ley de Hamilton de 1792, como es lógico, no resolvió todo. Cuando el tráfico mercantil lo fue exigiendo, empezaron a proliferar los bancos privados, que emitían para sus clientes cheques y billetes de banco. Estos documentos, por toda una serie de circunstancias, no tenían un valor real de cambio que se correspondiera siempre con el facial. De modo que, por ejemplo, un billete de 100 dólares de un banco de Kentucky, se canjeaba por solo 80 dólares en Nueva York; o por 60 en Boston. Un problema que no se resolvió hasta la Guerra de Secesión (1861/65), cuando el Gobierno Federal, entonces presidido por Abraham Lincoln, decidió financiar la *contienda con emisión fiduciaria*, por la Tesorería de EE.UU.; surgieron así los célebres *greenbacks*, los *billetes verdes*, que acabaron imponiéndose a todas las emisiones anteriores.

Por último, con el tiempo, la organización de los mercados financieros y la diversificación del sistema crediticio, hizo necesario contar con un dispositivo de decisiones globales de política monetaria y financiera. Para lo cual no bastaba con la Tesorería. Por ello se creó el *Sistema de la Reserva Federal* en 1913.

El órgano central del *Fed*, el *Board* o Junta, nació en 1913 con pocas competencias, y por ello mismo, la fijación del tipo de interés básico constituyó con frecuencia una decisión problemática; incluso con verdaderas pugnas entre los representantes de distintos bancos regionales, y en especial entre el de Chicago / Illinois y el de Nueva York /NY.

Además, el presidente de la Junta del *Fed*, tampoco tenía las capacidades propias del Presidente de un banco central, para actuar como auténtico *lender of last resort*; es decir, como la última y más importante fuente de liquidez bancaria. a efectos de inyectar recursos en el sistema vía operaciones de mercado abierto o de cualquier otro tipo.

Esa insuficiencia, a juicio de algunos de los historiadores de la *Gran Depresión* (1929/39), fue, al menos en parte, el origen de la crisis de liquidez, que condujo a la etapa más dura de la economía norteamericana durante el siglo XX. Y precisamente por las insuficiencias indicadas, cuando ya la *Gran Depresión* era una dura realidad, dentro de las reformas que el Presidente Franklin D. Roosevelt introdujo con el *New Deal*, se llevó a cabo el reajuste del *Fed*; confiriéndose amplios poderes al Presidente del *Board* para fijar el tipo de interés e inyectar liquidez masiva y rápidamente en caso necesario.

En analogía a lo expuesto para el *Fed*, en las relaciones SEBC / BCE, surgen los temas de la fijación del tipo básico y de la liquidez. ¿Se producirán grandes pugna dentro del Consejo de Gobierno cuando haya que decidir el precio del dinero? ¿Habrà de *rogar* el Presidente del BCE a los Gobernadores de los Bancos Centrales nacionales que inyecten recursos con los resortes de los que él no dispone?

Sinceramente, no parece que esos peligros vayan a existir, como ya se demostró el 8 de abril de 1999 medio punto el tipo de interés básico. Tanto los seis miembros ejecutivos del Instituto, como los once Gobernadores —que juntos componen el Consejo de Gobierno— son personas solventes y capaces. Y todos ellos tienen su propia alícuota en la paternidad de la Unión Monetaria, por sus importantes contribuciones a

la convergencia durante los últimos siete años. Por ello, es seguro que con todo ese fondo de responsabilidad, actuarán de modo mucho más coordinado de lo que algunos podrían esperar... o desear. Con ocasión de la citada rebaja de tipos de interés ya se vio que era así. Y lo mismo se ha apreciado al comprobar cómo se han resuelto ya los principales problemas de liquidez que surgieron cuando se vio que en una serie de países —entre ellos España— no había instrumentos de garantía en cantidad suficiente para los nuevos créditos que semanalmente ofrece el BCE vía los distintos Bancos Centrales nacionales.

También se han escuchado opiniones en la dirección de que es necesario recomponer el sistema de decisión en el Consejo de Gobierno del BCE, integrado como está por los seis ejecutivos más los once Gobernadores. De manera que los seis primeros tengan al menos el 50 por 100 del poder total de voto. Como también llegó a manifestarse que el conjunto de los seis ejecutivos deberían actuar como *responsable único* en las grandes decisiones de precio del dinero y de liquidez. Sin embargo, para conseguir tales cosas, sería preciso modificar el Tratado de Maastricht; y aunque esa pueda ser la dirección en la flecha del tiempo, habrán de transcurrir años hasta conseguirlo. Por lo demás, puede decirse que el Banco está procediendo en sus grandes decisiones por la vía del consenso en el Consejo de Gobierno, en donde no es verdaderamente necesario llegar a votaciones. Así lo pondría de relieve en su intervención del 10 de mayo de 1999 en el Club Siglo XXI de Madrid Eugenio Domingo Solans, uno de los seis miembros ejecutivos del propio Consejo de Gobierno del Banco Central.

En definitiva, lo que se planteaba y aún se plantea es si el SEBC va a primar sobre el BCE, o si debería suceder lo contrario; si estamos ante un dispositivo más

intergubernamental que supranacional, o viceversa. Lo cual también está relacionado con el tema de cuál va a ser el verdadero balance: si el consolidado de todo el SEBC, o el del BCE; incluyendo sólo, en este último caso, las magras reservas depositadas en él por los Bancos socios. Lo más lógico sería que con base en el balance consolidado, el BCE tuviese el poder de facilitar liquidez directamente. Lo cual no es un problema difícil, a poco que se recuerde que los órganos de gobernación del SEBC y del BCE son los mismos. Y en esa línea parece que van las cosas.

En definitiva, todas las cuestiones que hemos tratado en relación con el nacimiento del euro son de indudable trascendencia, y serán más bien los criterios de cordura y de coordinación de los Gobernadores de los Bancos Centrales nacionales, dentro del Consejo del SEBC/BCE, los que tendrán que funcionar para que el euro sea verdaderamente un éxito.

9. REFORMAS PENDIENTES

Pero con las tendencias hasta ahora apuntadas en la idea de la moneda mundial, no bastará. Es y será preciso entrar en lo que actualmente se denomina *nueva arquitectura financiera internacional*. Lo cual, significa que está planteándose la necesidad de un sistema de mayor robustez, a fin de eludir nuevas crisis sistémicas, y prevenir de la mejor manera posible los choques aislados de cierta importancia. En definitiva, se trata de corregir deficiencias, sobre la base de un rigor institucional mayor.

En este punto, el FMI ha detallado las reformas a introducir en siete espacios concretos:

1) *Códigos de buenas prácticas*, para que los mayores protagonistas de la actividad económica internacional —al modo de los Bill Gates, los George Soros, etc., que se comportan como *barones del siglo XIX* en un mundo de tecnologías mucho más evolucionadas—, se sometan a constricciones preestablecidas internacionalmente, a fin de evitar monopolios o grandes distorsiones en los mercados.

2) *Sistemas de información* que aseguren verdadera *transparencia*, para que resulte factible el seguimiento cabal de las grandes cuestiones internacionales; soslayándose de ese modo el *síndrome de ignorancia* que puede acabar bloqueando cualquier clase de previsiones verosímiles.

3) *Continuidad en la liberación ordenada de la cuenta de capital a escala universal*; esto es, dentro de un marco de mayor cautela, a fin de soslayar crisis como las anteriormente mencionadas.

4) *Reforma de los sistemas financieros nacionales*, con la aplicación de métodos más rigurosos de regulación y supervisión de los mismos. A tales fines, podrían ser de gran interés los trabajos del Banco de Pagos Internacionales de Basilea (BPI, o *Bank for International Settlements*, BIS).

5) *Mecanismos de mercado para incentivar la participación del sector privado* en la prevención y solución de las crisis, de tal modo que no recaigan todos los esfuerzos en el FMI; como si fuera un *lender of last resort* (prestamista de última instancia). cuando lo que realmente debe ser es un *aviso avalista*, que con sus evaluaciones haga posible la incorporación de ayudas privadas, cuantitativamente mucho más importantes.

- 6) *Formulación de políticas sociales justas*, con asistencia a los grupos más vulnerables, de modo que los efectos de la globalización no se ceban en los que menos tienen.
- 7) *Adaptación de las instituciones internacionales al nuevo universo financiero* y especialmente por parte del FMI. Lo cual merece párrafos aparte.

Sin duda, las medidas a adoptar sólo podrán enunciarse cuando el *Comité Interino*¹⁰ del FMI vaya resolviendo los problemas reseñados. Pero lo que en cualquier caso está claro es que a pesar de las voces discrepantes en pro de la disolución del FMI, éste va a seguir teniendo una *función central*, con mayor autoridad y más amplios recursos.

Como parte de las reformas en curso, hay que prever, desde luego, la de los *estatutos del FMI*, para ajustar su funcionamiento a las nuevas necesidades mundiales; introduciendo nuevas facetas de actividad, en respuesta a las críticas recibidas sobre determinadas insuficiencias de actuación de la entidad. Incluso cabe la posibilidad de que si no a la fusión total, se vaya a una coordinación más estrecha entre el FMI y el BM, empezando por establecer algunos órganos comunes.

10. CONCLUSIONES

Como conclusiones de todo lo dicho, destacaremos que el nacimiento del euro supone un gran paso adelante en la idea de una *moneda mundial o universal*, que hemos tratado de demostrar ya no es ni puede ser el dólar, divisa que aceleró su declive desde 1971, y que desde entonces ha causado o contribuido a generar o complicar las remitentes crisis financieras emitentes que caracteriza la emergencia del *quinto poder* de

los mercados financieros globales.

Al advenimiento de la *moneda universal* contribuirán la creciente convergencia tecnológica, económica, empresarial e institucional propias de la globalización, que han ayudado a definir tres áreas económicas y monetarias a partir de las cuales se puede construir la moneda mundial siguiendo los pasos del *ecu* y del euro: el área del dólar, el del euro, y el del yen, más difuso y susceptible de perder sus contornos.

Entre las mejores vías para acelerar la llegada de la *moneda universal* figuran el concepto de zonas meta u objetivo, consistentes en la decisión de un país o un grupo de países, que de forma unilateral se comprometen a mantener el tipo de cambio de su moneda en una banda de fluctuación predeterminada, y en relación con un referente que por lo general es el dólar.

Sin embargo, también es necesario impulsar la emergencia de instituciones que operen a favor de esa *moneda universal*, empezando por aclarar el propio panorama de las instituciones europeas que más afectan al euro y su inserción en la nueva arquitectura financiera internacional.

NOTAS

- ¹ Attali, Jacques. «Diccionario del Siglo XXI», Paidós Transiciones, 1999, Barcelona.
- ² Parsons, Talcott. 1960. «The distribution of power in American society», en «Structure and process in modern societies, Free Press, Nueva York, páginas 199 a 225.
- ³ Pulido, Antonio, "En el umbral del siglo XXI", Pirámide economía XXI, 1997, página 40
- ⁴ Terceiro, José B., «Sociedad digital», Alianza, 1996, Madrid.
- ⁵ Matías, Gustavo. «Espacio y tiempo de trabajo en la economía digital», Revista del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, número 11, páginas 21 a 76, 1998, Madrid.
- ⁶ *The Economist*, "Who really runs Germany?", 21.XI.1998.
- ⁷ Wolfgang Münchau, "Bank chiefs reject currency targets", *Financial Times*, 21/22.XI.98.
- ⁸ Martin Wolf, "Is Lafontaine half backed?", *Financial Times*, 25.XI.98.
- ⁹ Norbert Olszak, "Histoire des Unions Monétaires", PUF, París, 1996, págs. 26 y sigs.
- ¹⁰ Su nombre oficial es "Comité Interino de la Junta de Gobernadores sobre el Sistema Monetario Internacional". Se creó en octubre de 1974, para asesorar a la Junta de Gobernadores del Fondo en la supervisión del Sistema Monetario Internacional; así como para determinar la estrategia ante las perturbaciones que pudieran surgir. En realidad, fue como una institucionalización del *Comité de los Veinte*, que había diseñado las primeras medidas de reforma tras las crisis de 1971-1973.

DE LOS MIEDOS ANTE LA ESCASEZ A LA CRISIS DE LA GLOBALIZACIÓN

Juan Velarde Fuertes.

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Los economistas, estos “respetables profesores de la ciencia de la desesperación”, como llamó Carlyle a Ricardo y Malthus, ofrecen continuos asideros a quienes sostienen que la escasez llama con insistencia a la puerta de la opulencia y que es vano el intento de recrear en la tierra “el bíblico jardín” machadiano. Por supuesto que, a veces, surge ante la faz siempre lívida del economista otro problema: el de los males de la abundancia.

La primera línea, la de la preocupación ante la escasez, nace en Malthus con su Ensayo sobre la Población, aparecido en 1798. La segunda, la del agobio ante la abundancia, en Keynes, con la famosa conferencia en Madrid, en 1930, Las posibilidades económicas de nuestros nietos. También, un poco por todas parte surge otra cuestión. La abundancia de unos, los menos, puede cohabitar con la pobreza de los más. Marx fue quien dio los primeros pasos por aquí, y uno de sus discípulos, Lenin, lo explotó a fondo, en El imperialismo, estadio supremo del capitalismo, aparecido en 1916. Ninguna de estas tres aportaciones de Malthus, Keynes y Lenin es larga. Sin embargo, han conmovido a la humanidad más de todo lo que puede parecer, incluso despertando pánicos.

Comencemos por el pánico Malthus. Con motivo del centenario de este gran economista, se celebró el 2 de marzo de 1935 un lucido acto académico en su honor, precisamente en el King's College de la Universidad de Cambridge, institución académica a la que Malthus había pertenecido. Presidía el acto el gran economista, titular y sucesor de la cátedra de Marshall, Arthur Cecil Pigou. El biógrafo de Malthus, James Bonar, destacó una cosa: cómo desde que se publicó en 1798 el Ensayo sobre la población, de alguna manera opuesto al optimismo de Condorcet en su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, aparecido en 1795 "se frunció el ceño a la utopía". No habría en adelante sitio para sueños, ni tampoco para las utopías que de ellos derivan, a causa de los duros planteamientos que exige la vida económica. Por eso un desenfadado estudiante británico pudo escribir para el viejo economista al que se homenajeaba, estas dos estrofas:

Este Malthus era de nuestra Ciencia lúgubre el primer profesor.

¡Ay!, él era el primer profesor.

La progresión aritmética de la producción de alimentos no se cumplió. Los descubrimientos por una serie de químicos y agrónomos germanos, con Liebig y su ley del mínimo a la cabeza, produjeron una formidable revolución agraria. La población tampoco se movió exponencialmente. No es éste el momento de hablar de la curva logística y de las discusiones que en torno a ella se han alzado, enlazándose bastante recientemente con las teorías del caos, pero lo que es claro es que la función temporal que explica el comportamiento de la población es bastante más complicada que la famosa progresión geométrica malthusiana. Así, desde hace dos siglos hasta ahora mismo, con Amartya Sen a la cabeza, ha sido posible contemplar cada vez con más benevolencia los que parecían ser

los puntos de vista maltrechos de Condorcet. De este modo se despejó la primera nube que se formó sobre la nueva y optimista sociedad capitalista que promovía la Revolución Industrial.

Pronto volvió a producirse otra creciente preocupación. En 1835, al año siguiente al de la muerte de Malthus, como si la Providencia quisiese que el relevo de los pesimistas no cesase, nació William Stanley Jevons, uno de los tres genios que, con Walras y Menger, introdujo el marginalismo en la ciencia económica e hizo que ésta diese un salto de gigante. Su familia vivía obsesa por los problemas derivados de la Revolución Industrial. Su padre, un almacenista de hierro, fue amigo de Stephenson, el descubridor de la locomotora y, con ella, de los ferrocarriles. También había sido el constructor, o por lo menos el impulsor, del primer barco de hierro que navegó por el mar. Igualmente había apoyado la construcción del Túnel del Támesis, y siempre se le conoció interesadísimo por los asuntos relacionados con las innovaciones tecnológicas. Había publicado, asimismo, el padre de Stanley Jevons, un polémico folleto sobre temas económicos, titulado *La prosperidad de los terratenientes no depende de las leyes del trigo*. Su abuelo materno, William Roscoe, fue un conocido y ardiente reformador social, preocupado sobre todo por el tema de la abolición de la esclavitud. La preocupación académica de W. Stanley Jevons no tuvo, en buena parte por ese ambiente, poco que ver con las ciencias morales típicas en los clásicos, sino con las matemáticas, la biología, la química y la metalurgia. Armado con esta excelente base, que lo llevaría a ser el primer economista que tras Sir William Petty pasase a ser miembro de la Royal Society, publicó el libro inicial de su obra como economista, bajo el explosivo título de *La cuestión del carbón: una investigación acerca del progreso de la Nación y del probable agotamiento de nuestras minas de carbón*.

Se puso a la venta en abril de 1865. Keynes, en el artículo sobre Jevons que publicó en el *Journal of the Royal Statistical Society* lo califica como escrito con brillantez y de modo atractivo, pero que se equivocó en sus profecías, basadas en argumentos poco firmes y que, leído ahora, parece superforzado y exagerado.

La base del libro de Jevons se encontraba en que la prosperidad y el liderazgo de Gran Bretaña requerían un crecimiento continuo de su industria pesada a escala tal que exigiría un consumo de carbón que se expansionaría en progresión geométrica. Jevons llamó a esto Ley natural del crecimiento social, y señaló que era una extensión de la Ley de la Población de Malthus. Basó su tesis, según sus palabras, “en que los seres vivientes de la misma naturaleza y en las mismas circunstancias se multiplican con la misma razón en progresión geométrica”. Al estudiar la economía británica creyó que se podían defender con soltura sus asertos, pues donde Malthus había puesto trigo –corn-, bastaba variar dos letras y poner carbón, o sea coal. Gran Bretaña, como decía Jevons en expresión que popularizó Julio Verne, dependía de sus Indias Negras para prosperar económicamente a costa del rendimiento de la hulla de la isla.

No fue el del carbón el exclusivo agotamiento de materias primas que preocupó a Jevons. Como sucedió con otro buen economista, Edwin Cannan, también le preocuparon las consecuencias de un desabastecimiento de papel, a causa de la falta de madera. Por ello Jevons incluso almacenó papel en su casa en cantidad tan alta que más de cincuenta años después de su muerte, sus nietos no habían sido capaces de gastarlo. Cannan, en cambio, llevado de un fuerte espíritu ahorrativo provocado por su miedo a agotar los bosques con todas sus consecuencias, escribía en sitios inauditos, como las vueltas de los sobres viejos.

Jevons murió en 1882. The coal question se olvidó muy pronto, excepto por los cruditos, porque en 1876, había aparecido el Motor Silencioso de Otto, con lo que el motor de explosión interna estaba a punto de ser el de un automóvil. Su expansión sería casi ilimitada empleando la energía de los hidrocarburos. Por otro lado, a partir de la comunicación de Tesla en 1888 sobre la corriente alterna al American Institute of Electrical Engineers y, sobre todo, cuando en 1893 se decidió emplear corriente alterna para aprovechar la energía eléctrica producida por las cataratas del Niágara –en 1886 se había instalado la primera central productora de corriente alterna en Buffalo (New York)-, dio el golpe definitivo a aquella profecía de 1865. Daba la impresión, a partir de ahí –piénsese en la revolución latente en la ecuación fundamental de Einstein- que el problema energético había dejado de serlo y que el futuro vendría determinado por la solución de problemas técnicos, ninguno de los cuales debía preocuparnos, porque, en el fondo, el mundo pasó a creer íntimamente aquella frase orgullosa de Hegel: “Cuando el hombre convoca a la técnica, la técnica siempre comparece”.

Sin embargo el diablillo pesimista y antiutópico de los recursos muy limitados que había despertado Malthus no había dejado de hurgar. Un trabajo sobre la extensión y disposición adecuada de tierra cultivable frente a una población que volvía a poder ser amenazante, fue leído por el profesor de Geografía, Fawcett, del University College de Londres, en 1930, pero no pareció crear la más pequeña preocupación. La Gran Depresión plantearía bien pronto, la solución, de la mano de Keynes, por el lado de la demanda. Hubieron de pasar treinta y cinco años para que este problema volviese a plantearse. En la Conferencia Mundial sobre la Población de Belgrado, celebrada en 1965, el profesor King Hubbert, geólogo y geofísico de la Universidad de Stanford habló de “la ciega dilapidación

de los recursos minerales de la Tierra a muy altas tasas exponenciales, provocando un irresponsable e inaudito desarrollo fomentado por una ideología consumista, que motivará que el desarrollo (industrial iniciado en el siglo XVIII) no habrá sido más que un fenómeno intrínsecamente efímero –doscientos años- en el más amplio cuadro de la historia de la Humanidad”.

Pronto se acumularían otras informaciones que parecían ratificar estos puntos de vista. Comenzaron con el Primer Informe al Club de Roma, titulado *Los límites del crecimiento*, que hablaba de que, de persistir los actuales niveles de consumo, las reservas de aluminio se habrían de agotar en 31 años; las de carbón, en 111; las de cobre, en 21; las de estaño, en 15; las de mercurio, en 111; las de cinc, en 18; las de plomo, en 21; las de wolframio, en 28; las de petróleo, en 20; las de hierro, en 93. La escasez llamaba con estrépito a nuestras puertas, y parecía que se le debía escuchar. El Club de Roma insistió una y otra vez en esta línea de trabajo hasta conseguir que este tercer gran pánico mereciese ser denominado con el nombre de esta organización. La serie de las principales investigaciones de este Club fue muy comentada. Pasan por las conclusiones de la primera reunión que esta institución celebró en Tokio, sin olvidar la serie sucesiva que se abre con el título de *La Humanidad en la encrucijada*, y sigue con la investigación coordinada por Jan Tinbergen, o Informe R.I.O. –de *Reshaping the International Order*–, sin olvidar el titulado *Más allá de la era del derroche*, o al que responde al epígrafe de Motor para la Humanidad.

Todo esto se unió a una aparente rectificación de la famosa proposición Singer-Prebisch. Como es bien sabido, estos dos investigadores llegaron a la conclusión, a finales de la década de los cuarenta, de que, con la Revolución Indus-

trial, y a largo plazo, la relación real de intercambio entre, por un lado, los productos alimenticios, las materias primas y la energía, y por otro, los productos industriales, jugaba en el mundo contra los primeros. Los neorricardianos, con Viner a la cabeza, parecían quedar descalificados, y las tesis industrializadoras de Manoilescu, justificadas. La CEPAL, primero, y la UNCTAD después, mezclando todo esto con las aportaciones de Myrdal sobre la causación acumulativa, comenzaron a desarrollar una tesis, que pronto los estructuralistas económicos latinoamericanos y otros investigadores que, partieron de ellos, ampliaron con fuertes elementos derivados de Marx –caso, entre otros, de Samir Amin, Emmanuel, Gunder Frank-, con lo que esta ideología enlaza con lo que sostenían los llamados economistas radicales: lo que sucedía en el mundo era que los países del Centro, los países ricos, por la propia dinámica del proceso de industrialización capitalista, se hacen cada vez más ricos, en tanto que los países de la periferia, los países pobres, se hacían cada vez más pobres, con lo que caían en situaciones intolerables de dependencia económica, tecnológica y, por supuesto, también política. Habían surgido las tesis del neocolonialismo que se enlazaron con facilidad, a través del movimiento Cristianos por el socialismo –que se explica, por otro lado, gracias al famoso artículo de Schumpeter, de 1949, La marcha hacia el socialismo- con la Teología de la Liberación.

De pronto, a partir de finales de 1973, todo parecía cambiar. Al principio se hablaba de que la alteración provocaba la ansiosa búsqueda por parte de los países productores de materias primas energéticas, mineras y alimentación, así como la actuación de coaliciones –en realidad de auténticos cárteles que pretendían el dominio del mercado- que constituían los pueblos proletarios de la periferia para escapar a la implacable ley de bronce que caía sobre ellos. Pero pronto lo

que se planteó fue si todo esto no se debía a las escaseces denunciadas por el Club de Roma. Comenzaron a surgir Planes múltiples, inventarios, propuestas de cambio en las políticas económicas. El presidente Carter impulsó un vasto estudio. En España, el entonces ministro de Industria, Rodríguez Sahagún, puso en marcha un Plan para aprovechar exhaustivamente nuestros recursos mineros. Incluso Leontief, al frente del equipo que preparó para las Naciones Unidas el estudio titulado 1999, parecía seguir este sendero alarmista. Creía que la demanda de cobre, de 1973 a este año 1999 que ahora vivimos, iba a multiplicarse por 4'8; la de bauxita y cinc, por 4'2; la de níquel, por 4'3; la de plomo –a pesar de ser un producto contaminante, y de los riesgos que se derivan del saturnismo–, por 5'3; la de hierro, por 4'7 y la de carbón, por 5. Por eso, en estos momentos de finales del siglo XX y de inicios del XXI, nos encontraríamos con que el plomo y el cinc habrían desaparecido prácticamente, y pasarían a ser raros, y por ende, carísimos, el mercurio, la plata, el flúor, el wolframio y el estaño. Todo esto se uniría a un desabastecimiento importante de los alimentos. Como consecuencia de estas escaseces, y de los estrangulamientos que se generarían en los países industriales, Leontief lanzó la hipótesis de que ya en el período de 1970 a 1990, los precios de los minerales subirían un 2'7%, los precios agrícolas lo harían un 14%, y que, en cambio, los precios de los productos manufacturados disminuirían en un 6%.

Surgió así con fuerza la convicción de que en este año de 1999 podríamos traspasar otra frontera, como en 1783 había ocurrido con la de un estancamiento, no ya secular en el hombre, sino, como decía Keynes, de un ámbito próximo a los cuatro milenios. Ahora nos encaminaríamos hacia un triste y harapiento mundo orwelliano y el mundo futuro retrocedería, de modo brusquísimo, a situaciones materiales que se creían

ya definitivamente superadas. C.F. Bergsten, en el artículo *The Threat is real*, publicado en el nº 14 de *Foreign Policy* en 1974, decía que “los próximos actos en el teatro de la oferta de energía, de minerales, pueden ser, verdaderamente, de un alto dramatismo”. El sofisticado mundo moderno daba la impresión de estar herido de muerte. Parecía, pues, que, como escribió Robert Browning, “Jupiter derriba a los titanes, no cuando comienzan a levantar la montaña, sino cuando la última roca está a punto de coronar su obra”.

Sin embargo no había nada de eso. En primer lugar, y de modo asombroso, los estudios empíricos en los que se basaban estos análisis estaban mal hechos. Tras el excelente trabajo de Gerald Manners, *Our Planet's resources*, discurso leído en la *Royal Geographical Society*, en Londres, en abril de 1981, quedaron claras tres cosas. La primera, que existen fundamentos adecuados para adoptar una actitud de razonable optimismo respecto a la oferta futura de energías no renovables y de recursos minerales. La segunda, que con los cálculos más estrictos imaginables, no cabía imaginar escaseces de materiales energéticos y mineros, al menos para los próximos 50 años, aunque existen ciertos problemas respecto a la accesibilidad de las materias primas, al impacto medioambiental de su manipulación y a ciertos problemas para lograr invertir en ciertas naciones que rechazan capitales privados, y más aun si son extranjeros, así como al coste futuro de la energía, en parte a causa de frenos voluntarios a la oferta de energía nuclear. Creía Manners —que no sospechaba en 1981 la oleada reprivatizadora de los países iberoamericanos en vías de desarrollo y la descomposición africana subsahariana, que ha hecho surgir formas socioculturales análogas en muchos casos a la Edad media europea— que estos problemas políticos podrían superarse. La tercera cosa puesta de relieve por Manners era que Europa debía despedirse del pensamiento de un posible

autoabastecimiento de materias primas y energía –no por supuesto, de alimentos, como resultado de la Política Agrícola Común-, y que debía participar activamente en procesos globalizadores, porque ello redundaría en su provecho.

Por otro lado, los avances en la ciencia y en la tecnología, como destacó Drucker en un artículo aparecido en *Foreign Affairs*, empujan hacia un mundo en el que ha surgido un cuadro nuevo de materias primas, que pasan a ser no solo abundantes, sino abundantísimas. Piénsese en el silicio. En cambio, las exigencias de materias primas realmente escasas, como es el caso del cobre, a causa precisamente de esos avances tecnológicos, dan la impresión de desplomarse. Las sucesivas Revoluciones Verdes borran la cuestión respecto a los alimentos; otra cosa son las políticas nacionales de los países más necesitados.

Finalmente, la cuestión de la energía está siendo tratada desde la doble dirección de la energía solar y de la energía de fusión. La solución definitiva del problema, que científicamente es conocida, técnicamente está muy próxima. La de las dos que se adelante, desplazará por su oferta baratísima, definitivamente a la otra. El problema que queda sin resolver, por supuesto aquí, como en general en toda esta situación, lo enunció el premio Nobel de Física ruso, Barov, así: “No se puede alcanzar el paraíso de la energía de fusión –o de la solar-, sin pasar por el purgatorio de la preparación científica e intelectual que se deriva de la existencia, ya de la energía de fusión, ya de gigantescas y muy bien dotados establecimientos científicos”.

He ahí eliminado este problema, pero no el de los posibles males de la abundancia. Como he señalado antes, Keynes lo planteó en Madrid, en 1930. Concretamente señaló que, con

la Revolución Industrial, “a largo plazo, la Humanidad está resolviendo su problema económico”. Como las necesidades absolutas, aquellas que padecemos cualquiera que sea la situación de nuestros ciudadanos, son solubles en un plazo perfectamente previsible, que él cifraba en un siglo, el problema que surge ya no es el de la lucha por la subsistencia. Lo que ahora aparece es cómo reaccionar en la era del ocio y de la abundancia. Keynes se dedicó a fantasear ante su auditorio de la Residencia de Estudiantes, hasta el punto de provocar que Antonio Bermudez Cañete calificase sus palabras, desde las columnas de *El Debate* –iniciando una crítica que después se generalizó hasta llegar a ahora mismo–, como “fantasías sin rigor”. A mi juicio lo que pretendía Keynes en Madrid era actuar, más que como economista, como buen miembro del *Círculo de Bloomsbury*, y así poder proclamar la liberación de la Humanidad de lo que él llamaba “principios pseudomorales que han pesado durante doscientos años sobre nosotros”. Consideraba condenable la moral victoriana, y demostraba que los agrupados en torno a la camarilla de Virginia Woolf, Vanesa Bell, Lytton Strachey y demás, con su desenfado de costumbres, no eran unos libertinos protervos, sino que habían actuado sólo como adelantados de un Paraíso Terrenal que para nada precisaba de coerciones y puritanismos. Los mensajes fabianos de un Wells, en *Los hombres dioses*, por ejemplo, también están tras este talante: “La avaricia es un vicio, ... la práctica de la usura es una fechoría, y el amor al dinero es detestable”. Había llegado al fin el momento de los lirios del campo, que no trabajan ni hilan. Se liquidaba de este modo el dilema clásico que en un año después –exactamente en 1931– formularía así Lionel Robbins en su *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la Ciencia Económica*: “Hay casos en que la disyuntiva es tener un pan o una azucena. La elección de lo uno importa el sacrificio de lo otro, y aunque podamos estar satisfechos de nuestra opción por las azucenas, no podemos engañar-

nos de que lo que hicimos fue realmente una elección, y que tendremos más pan después. No es verdad que todas las cosas operen conjuntamente para el bien material de quienes aman a Dios. La Economía, lejos de sostener que existe una armonía de fines en este sentido, nos hace ver en toda su amplitud ese conflicto de elección, característica permanente de la existencia humana. El economista es, en verdad, un redactor de tragedias”.

La revolución keynesiana, que luego se formularía analíticamente con su famoso modelo macroeconómico inserto en la Teoría General, intentaba llevar a la economía fuera de los planteamientos de los clásicos, que la habían reducido a la condición de “ciencia lúgubre”, al estar permanentemente obsesionados por el problema de la escasez, y conducirla así a la condición de actividad marginal, no esencial pero sí muy útil, tal como decía Keynes que era la odontología, pues su mensaje madrileño concluía de este modo: “¡Qué gran cosa sería, que los economistas consiguieran que se les considerara como personas competentes, modestas y útiles, como hoy se piensa de los odontólogos!”.

Los datos de la vida corriente parecieron, sin embargo, ser capaces de confirmar esos puntos de vista. Las series estadísticas de todos los países mostraban un rapidísimo crecimiento en el bienestar de las gentes, tras el trauma que supuso la II Guerra Mundial. En España, como en Francia, Gran Bretaña o Alemania, 1947 pareció ser el límite de la miseria. A veces el auge tenía la espectacularidad del japonés, o el paso tranquilo, pero implacable, del norteamericano que había sabido incluso, como dijo con gracia Samuelson, eliminar el dilema enunciado por Goering de “o cañones o mantequilla”, presentando, durante el conflicto incluso, la realidad de “cañones y la vaca entera”. Galbraith, bajo el seudónimo Herschel

McLandress –un personaje que creó para firmar una serie de artículos en *Esquire* en colaboración con John F. Kennedy-, en el Prefacio al conocido Informe de la Montaña de Hierro sobre la posibilidad y deseabilidad de la paz, llegaría “a la conclusión de que la guerra ofrece el único sistema digno de confianza para estabilizar y controlar las economías nacionales”. El mecanismo que ofrece Galbreith se liga a todo esto. Una guerra tiene un corolario atroz de desastres –destrucción de las estructuras familiares, aumento de la mortalidad y morbilidad, desaparición de efectos personales, hambre-, por lo que los pensadores que la provocaron pasan a tener un complejo de culpabilidad. Para curarse de él, en plena contienda se dedican a “la preparación de medidas destinadas a mejorar las condiciones de vida –pleno empleo, derechos de los excombatientes, viviendas para los héroes, acuerdos internacionales para garantizar la paz, reconstrucción de lo destruido, planes de riego y embalses hidroeléctricos...-, medidas que actuarán de algún modo como disolventes del sentimiento de culpabilidad, al asegurar a los que han sufrido beneficios morales y económicos. Los años que siguen inmediatamente a una guerra son, por eso, años de rápidos progresos sociales en todos los frentes, nacionales e internacionales. Estos progresos no concluyen más que cuando el sentimiento de culpabilidad nacido de la guerra queda exorcizado y cuando se restablecen los modelos normales psicológicos de pensamiento”.

La economía de guerra y la economía del bienestar, colaboran, y su lema, como decía irónicamente Lindbeck, es tanto para la una para la otra el de “siempre más, nunca bastante”, porque si se tuviese mentalidad de escasez, se observaría que se frenaba el desarrollo e impedía el progreso. En ese Informe de la Montaña de Hierro se leen párrafos como este: “Es preciso anotar que la producción de guerra –y tanto valdría el decir los servicios precisos para el Estado del bienes-

tar- significa un efecto estimulante plenamente cierto más allá de su propio dominio. Lejos de constituir una brecha de despilfarro en la economía, los gastos de guerra – o, repito, sus sucesores, los gastos sociales- si se los considera desde un punto de vista pragmático, han sido un factor positivo tanto para el incremento del Producto Nacional Bruto como para el de la productividad individual”.

El mundo, sin embargo, que surgió de este aparente optimismo, que se precipitaba sobre los consumidores en forma de aludes ingentes de bienes y servicios, comenzó a asustarse, primero. Después, a preocuparse, porque por un lado, o por otro, el dilema del pan y de la azucena de Robbins, surgía una y otra vez, y de manera cada vez más clara.

El resto podría tener la alternativa de la planeación, pero pronto se observó que, como planteaba Wittfogel, conducía a un atroz “despotismo oriental” y, además a cegar la propia producción, porque los mecanismos planificados superan en sus yerros, con mucho, a los yerros del mercado. Por ello los economistas que, en el fondo de su alma verían con entusiasmo la desaparición de la ciencia lúgubre, se alarmaron. Casi escalofría el leer un texto de W. Beckermann publicado en *The Economic Journal*, en marzo de 1956, bajo el título de *El economista como un misionero moderno*, que reza así: “En una economía como la de los Estados Unidos, en la que el ocio apenas goza de consideración ética, el problema de la creación de suficientes necesidades... para absorber la capacidad productiva puede convertirse en crónica en un futuro no demasiado lejano. En una situación semejante, el economista comienza a llevar una vida furtiva”. O bien lo que se deduce de la llamada carrera de Duesenberry expuesta así por éste en su *Income, saving and the theory of consumer behaviour*: “Uno de los principales objetivos de una sociedad como la nuestra

es el alcanzar un nivel de vida más elevado... (Ello tiene una gran importancia para la teoría del consumo... El deseo de obtener mejores bienes adquiere una vida propia. Da origen a una carrera para realizar mayores gastos que puede ser incluso más poderosa que la aparición de las necesidades que podrían ser satisfechas con esos gastos”.

El gran pánico ante este alud lo contaría el propio Galbraith, quien lo bautizó con agudeza poco corriente: *The affluent society*, o sea, *La sociedad opulenta*. Había que oponerse, en frase de su traductor, Fabián Estapé, a “la ilusión en la producción máxima, en la superioridad de los bienes de producción privada...” Lo que ha originado ese progreso es un conjunto vastísimo de chirimbolos, de más que dudosa utilidad, que Galbraith indica que convive, en la misma sociedad, con escuelas públicas viejas y atestadas; con maestros, y profesores en general, mal pagados; con una criminalidad en ascenso rampante y una policía desmoralizada, entre otras cosas, porque tiene sueldos bajos; con escasos parques públicos y terrenos de juegos colectivos; con inaceptables servicios de saneamiento; con insuficientes, antihigiénicos y sucios, transportes colectivos; con una atmósfera cada vez más contaminada. Recuerdo que yo resumí así, ante mis alumnos, allá por el curso 1959-60, según leo en viejas notas de clase, este mensaje de Galbraith: Una pareja de novios decide pasar una tarde de merienda en la orilla romántica de un río. No es problema, con el potente automóvil de él, alcanzan lugares aislados para el idilio, pero éste se ve impedido por la suciedad maloliente que se desprende de todos los remansos, con sauces renegridos, muertos por la contaminación, después de destrozarlos los gamberros; con suelos llenos de plásticos y botes de bebidas; con, en suma fallos tan grandes en los servicios colectivos, que de nada sirve el poseer un bien privado carísimo y cromado, el automóvil. La contrapartida a una opulencia creciente, dice

Galbraith, en una sociedad de masas, si no aumenta la significación del sector público, “es una mayor cochambre”.

La profecía de Keynes empuja así el aumento del grado de socialización del sistema. En su prólogo –fechado a finales de 1936- a la traducción al alemán de la Teoría General, Keynes parece transigir incluso con el autoritarismo. A éste se le derrotó en 1945. Al auge en la socialización, la OCDE le puso coto desde 1977, con el Informe McCracken. ¿Qué camino se puede seguir si el autoritarismo lleva al totalitarismo y a restricciones en la libertad que los ciudadanos rechazan, y la socialización disminuye verticalmente la eficacia del aparato productivo?

Pero los asustados, desde la década de los setenta hasta hoy, pasaron a convertirse, progresivamente, en preocupados, porque, como ya se ha señalado más arriba, a mediados de la época de los setenta, retomó el fantasma de la escasez, y pronto la convicción, tras el mensaje lanzado en 1967 por Milton Friedman con el título de El papel de la política monetaria, de que la construcción keynesiana era tan movediza que precisaba inyectarle una formidable carga de cemento en sus cimientos, en forma de hondas reformas estructurales, o sea, actuaciones no por el cómodo lado de la demanda sino por el áspero de la oferta. Al actuar éstas en el cuádruple frente de desregulaciones, reprivatizaciones, frenos al gasto público, y reacomodos de los impuestos eliminando su presión, justo cuando se alteraba la estructura demográfica a causa de un formidable envejecimiento; cuando las curvas de Phillips saltaban en mil pedazos y el paro se incrementaba. unido a crecimientos en la inflación, y cuando nuevas oleadas de menestrosos surgen implorando auxilio; esto es, cuando había que financiar al Estado del Bienestar, pero también en el momento en que el progreso económico y la globalización

imponen un combate feroz en los mercados mundiales, que obliga a importantes desembolsos en infraestructuras e I+D, y en una época en la que la creciente inestabilidad en el Mediterráneo –pieza clave para nuestro desarrollo material– convertiría en un desatino reducir los gastos de defensa. Esta situación se llama, lisa y llanamente, crisis del Estado del Bienestar, que plantea un inmediato problema político, porque los beneficiarios del mismo, olvidando cualquier llamamiento que se les haga a la solidaridad, exigen, con su fuerte peso electoral, que continúe el citado mensaje de siempre más, nunca bastante.

Al mismo tiempo ha aparecido un doble miedo por lo que sucede en este vasto conjunto de países que constituye el denominado a través de eufemismos, primero, Tercer Mundo, y después países subdesarrollados. La opinión pública de los países más ricos siente, ante ellos, ramalazos de conmiseración y solidaridad, y también profundos rechazos, como sucede con los inmigrantes, hispanos de Norteamérica, magrebies, turcos, kurdos y negros en Europa.

A partir del Informe de la Comisión Pierson que, en 1969, señaló que “el margen de separación entre países desarrollados y en desarrollo se ampliaba”, el número uno de los problemas de la política internacional pasó a ser el de colmar esa brecha y hasta ahora mismo –con trabajos muy importantes del Banco Mundial sobre todo– no ha cesado de investigarse la magnitud y dinámica del problema. Lo que sucede es que se ha dudado mucho sobre si, de verdad, las cosas sucedían de esta manera tal como se sugería en las viejas estimaciones de Colin Clark con sus Unidades Orientales y las críticas de Simon Kuznets a las diversas estimaciones de rentas industriales contenidas en su artículo en *Econometrica*, en julio de 1949, sin olvidar el ruidoso fracaso de las estimaciones de los porcentajes de hambrientos efectuadas por el primer director general

de la FAO, Lord Boyd Orr destrozadas por Bennett. De todas maneras, sobre todo tras el trabajo de Albert Berry, François Bourguignon y Christian Morrison, titulado *Changes in the world distribution of in-come between 1956 and 1977*, publicado en *The Economic Journal* en junio de 1983 –dentro del estudio del que se llamaba entonces campo no socialista, ya que los incrementos del PIB chino introducían perturbaciones muy fuertes en la observación–, parece que queda aceptablemente claro que existe algún aumento de la desigualdad en el tiempo a través de los análisis de las producciones, y una comprobación mucho más clara si se emplean datos de consumo.

La difusión del pensamiento estructuralista-marxista ya mencionado, profundamente arraigado en importantes organismos de las Naciones Unidas, condujo a un fuerte intento de desarrollo hacia dentro de estos países pobres sobre todo en *Iberoamérica y África*. Daba igual que se tratase del Perú gobernado por el APRA con Alán García o de la Tanzania regida por un audaz socialismo casero ideado por Julio Nèrere, con sus experimentos de ayuda mutua –ujamaa–, colectivizaciones y propiedad estatal generalizadísima. Durante cierto tiempo, lo que se probó después que era un conjunto de desatinos económicos, pareció funcionar. El motivo era doble. Por una parte, la mencionada alteración en la evolución de la relación real de intercambio en disfavor de los países industriales ricos desde finales de 1973. Por otro lado, la onda de prosperidad que hasta entonces había existido en el mundo, produjo la existencia de capitales sobrantes que, a tipos de interés muy bajos, pugnaban los diversos mediadores financieros, por situar en los mercados internacionales.

Además, estos intermediarios, ansiosos por cobrar sus corretajes, lograron convencer –y la cosa fue fácil con los gran-

des inversores-, que los Estados no quebraban nunca y que no había esenciales diferencias de estabilidad entre Bélgica o el Zaire, o entre España y el Perú. Los países del Tercer Mundo, y en especial los iberoamericanos y los africanos, deseaban, casi con desesperación, salir de las deprimidas rentas que parecían perpetuarles en su situación tercermundista o, para seguir la jerga de la época, periférica. La oferta de capitales se unió a esta demanda, mientras escaseaban cada vez más –como nos ha recordado Osvaldo Súnkel-, los de instituciones públicas mundiales. Todo esto provocó, como fruto de la financiación generada por las rentas petrolíferas, y de otras exportaciones propias, procesos muy fuertes de desarrollo. Parecía que funcionaba el mecanismo a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta. Mientras Aníbal Pinto, uno de los creadores del estructuralismo económico latinoamericano, exponía en la Escuela de La Granda con orgullo evidente, las altísimas tasas de desarrollo del ámbito iberoamericano, se dirigió a los economistas europeos que allí también estaban, y que en aquellos momentos ofrecían más bien escuálidos incrementos productivos, diciendo: -“Aprendan ustedes de nosotros. «Por sus frutos los conoceréis», también se aplica a las orientaciones de la política económica”.

Desgraciadamente, estos procesos de desarrollo fueron en todos estos países tremendamente desordenados, con unos mercados interiores financiados con tensiones inflacionistas que, a veces, alcanzaban la hiperinflación y que, siempre, adquirían condiciones de inflación inercial.

De este modo, lo habitual no eran, precisamente, los procesos técnicos racionales de producción, sino los especulativos, unidos muchas veces a colosales, y lógicas, fugas de capitales nacionales, a lo que se sumaba un indisciplinado y sin cesar creciente, sector público. Jesús Silva Herzog decla-

raría, años después, también en la Escuela de La Granda, diría, recordando lo sucedido: -“La ampliación del sector público fue tan fabulosa en México, que existía hasta un cabaret propiedad del Estado; claro que era el único cabaret que perdía en la Ciudad de México”.

El fruto no se hizo esperar. Conforme avanzaron los procesos de normalización financiera internacional, la inmensa mayor parte de estas naciones comenzaron a tener problemas muy serios para atender a las necesidades derivadas de sus servicios de Deuda Exterior. Las posibilidades de encontrar alivio en el Banco Mundial, en los otros Bancos públicos internacionales a largo plazo sobre todo, del Banco Interamericano de Desarrollo-, y del Fondo Monetario Internacional, no eran, ciertamente grandes. Las renegociaciones de la deuda externa comenzaron a multiplicarse. La crisis de la deuda externa hizo su aparición y, a comienzos de los años noventa se había enseñoreado de Iberoamérica. Africa era otra cosa, sobre todo la subsahariana. Poco a poco ha ido deslizándose a un caos socioeconómico tal, que muestra que sólo perduran ciertas actividades extractivas, unidas a grandes empresas multinacionales, por un lado, y a oligarquías corrompidas locales por otro, que, simultáneamente rompen incluso, las, por otro lado débiles estructuras políticas creadas tras la independencia. Se alteran, sin proclamarlo internacionalmente, fronteras; surgen ejércitos de mercenarios unidos a hordas locales. El profesor portugués Jaime Nogueira Pinto, buen conocedor del Cono Sur africano, ha relatado todo esto bien recientemente, de modo escalofriante.

Iberoamérica, para escapar de la trampa en la que la había introducido el estructuralismo económico latinoamericano, ha homogeneizado su política con la de la OCDE y, con sus progresos de reprivatización, para conseguir una llegada

fluida de capitales extranjeros y equilibrar sus presupuestos sin duras y rápidas –y por ello, imposibles- reformas tributarias. Esto es, aceptó entrar en un proceso incontenible de globalización que se ha extendido por todas partes. Los males de la abundancia no son precisamente ahora los presentes. El mundo occidental ya ha superado la crisis iniciada en 1973 con el primero de los denominados choques petrolíferos. Con él camina, por supuesto el Pacífico asiático, que ni había sido seducido por el modelo del estructuralismo económico latinoamericano, ni le apetece penetrar en el caos africano. También tratan de acercarse a él las diversas naciones que, Rusia incluida, han roto, desde 1989, con la caída del Muro de Berlín, sus lazos con el modelo político y económico comunista de planificación central. Imbricados en el mismo modelo de la OCDE están los pueblos productores de petróleo en el Oriente Medio.

Parecería que así las cosas iban a poder rodar mejor. Sin embargo, desde el verano de 1997, sobre el panorama de esta situación globalizada, ha comenzado a extenderse, a partir de Tailandia y la devaluación del baht, una especie de lepra, la crisis de la globalización, cuya última manifestación ha sido el derrumbamiento del sucre y la ruina de Ecuador. Conviene explicarlo.

Como señala Antonio Marquina en su ponencia *Globalización y su impacto en las relaciones internacionales* (Academia de Guerra, Santiago de Chile, septiembre de 1998), “el estudio del fenómeno que denominamos globalización es relativamente reciente. El concepto mismo es admitido y desarrollado en los círculos académicos a mediados de los años ochenta intentando explicar lo que está pasando en la sociedad en la economía, en la política, en la cultura y en las relaciones internacionales... La globalización plantea la existen-

cia de fuerzas que nadie ya puede controlar y que están transformando el sistema mundial. Se asocia a procesos de desorganización del capitalismo, a la postindustrialización. La imagen que este planteamiento transmite es sumamente plástica y no deja a nadie indiferente. Produce reacciones encontradas, furiosas en algún caso, que son producto más de imágenes y percepciones que de un razonamiento sosegado. La globalización no implica que todo el mundo tenga que ponerse el traje occidental-capitalista; ahora bien, lo que es indiscutible es que los Estados y las sociedades están cada día más condicionados por planteamientos y procesos originados en los Estados y sociedades occidentales”. Por supuesto, añade Marquina, “este proceso ha debilitado al Estado en su concepción tradicional. Los Estados se ven sobrepasados por un conjunto de flujos e interacciones procedentes de otros actores no-estatales; ven disminuida su autoridad, su competencia y erosionada su legitimidad”.

Este fenómeno, que con toda su fuerza golpea en la realidad económica no más allá de hace quince años, y que por ahora no había interactuado con fuerza para provocar una contracción universal de la actividad económica, ahora lo ha hecho. Sin este componente de la globalización, no es posible conocer qué nos está sucediendo ahora mismo.

En España es ahora también cuando comienzan a discutirse estas cuestiones. La reciente crisis económica comunica una evidente actualidad a esos debates. En este mismo momento está presente ante todos el impacto de este fenómeno en la excelente situación que hasta 1998 parecía presentar nuestra economía y de qué modo nos vemos obligados a rebajar nuestras perspectivas de crecimiento. Como es natural, actúan, para generar esas consecuencias, con fuerza dispar pero implacable, los que podríamos llamar escenarios de la actual

crisis. Se ha producido, pues, una revolución dentro de esa Revolución Industrial que tan bien bautizó Stendhal. Como dice el profesor Carlos A. Floria, todas las situaciones revolucionarias tienen un primer impacto: la desestabilización. Esta tenía que producirla y acaba de hacerlo en forma de una crisis con cuatro grandes focos de desequilibrio -Japón, los países asiáticos del Pacífico, Rusia e Iberoamérica-, y tres que pueden surgir en cualquier momento: África del Sur; el Pacífico Sur y los países de la OPEP. Conviene, por eso, indagar más de cerca esta situación, sin que debamos, además, olvidar ni a los Estados Unidos ni a la Unión Europea. Concretamente muestran la magnitud del problema norteamericano el deterioro progresivo de su clima político y económico, que se entremezcla con las colosales vacilaciones de Alan Greenspan, el presidente de la Reserva Federal, y sus declaraciones en el asunto de la caída del fondo de cobertura que se había convertido en uno de alto riesgo, el LTCM, cuando indicó que su quiebra hubiese supuesto severos daños a muchos de sus participantes, y que «potencialmente podía haber deteriorado a las economías de muchas naciones, incluida la nuestra».

Añadamos una tasa negativa de ahorro, lo que no sucedía desde los años treinta. El auge bursátil incita a aumentar el consumo de los hogares. No otra cosa sucede en las empresas, y de ahí que la Banca J.P. Morgan haya podido anunciar que la diferencia entre ingresos y gastos -que, naturalmente, mide el ahorro- ha pasado a ser tan fuertemente negativa -el 4% del PIB en el segundo trimestre de 1998-, que crea una situación que no puede considerarse como sostenible. A ello debe sumarse una peligrosa situación financiera que enlaza con la contracción del crédito o credit crunch. Como ha escrito Patrici Tixis en Cuadernos de Información Económica, octubre de 1998, «si la oferta (es decir, el sistema financiero) cierra el grifo del crédito para protegerse de las penalidades

de la crisis (insolvencias) y de operaciones arriesgadas, como la que ha estado a punto de producir casi la quiebra –ya citada– del mayor fondo especulativo del mundo... y, por otro lado, la demanda también se contrae, fruto de la falta de confianza en el futuro, el riesgo de que se estrangule la capacidad de crecimiento económico es muy alto». Tampoco se pueden olvidar las consecuencias de la situación bursátil, que se ha enjuiciado así en *The Economist* de 14 de noviembre de 1998, en el artículo *The world's forgotten danger*: «La burbuja bursátil que ha empujado la prosperidad de muchos norteamericanos más allá de sus sueños más descabellados va, más pronto o más tarde, a concluir. En los últimos cuatro años, los precios de unas acciones que remontaban el vuelo, a más del crédito fácil, han enviado a consumidores y hombres de negocios a un gasto despilfarrador. Sus excesos motivan que el legado que recibe la economía norteamericana sea una situación propicia para una acentuada caída, y puede incluso que para una recesión».

El 31 de marzo de 1999, el jefe de Estrategia de Inversión de Merrill Lynch & Co., Charles I. Clough, bajo el título de *El alza de la bolsa americana no será sostenible*, señalaba en *Expansión* estos factores que pronto pueden deprimir las cotizaciones bursátiles norteamericanas: “Por un lado, los consumidores están viendo cómo sus ganancias salariales se ralentizan, a la vez que caen las tasas de ahorro y se acelera (en un momento de subida de intereses, no lo olvidemos) su endeudamiento. Todo ello está debilitando la capacidad de los consumidores para continuar impulsando el boom económico en Estados Unidos. Por otro lado, el exceso de capacidad sigue siendo un problema en un gran número de sectores de actividad, en los que las empresas han invertido cuantiosas sumas de dinero en incrementar su capacidad productiva, para terminar por descubrir que no existe demanda suficiente para

absorber el mayor volumen de producto. Esto, a su vez, hace que los precios caigan, provocando un deterioro de los beneficios y de las perspectivas sobre éstos. A lo que hay que añadir un cada vez más abultado déficit por cuenta corriente norteamericano”.

Súmese a esto que Alan Greenspan se asustó ante el fuerte incremento del crédito bancario, que a finales de 1998 crecía, en tasa anual, al 20%, impulsado por caídas en los tipos de interés. Ahora se lleva a cabo una política totalmente diferente, pero esto tiene otra finalidad. El euro podría haberse convertido en una importante moneda mundial de reserva. En ese caso, con un ahorro nacional negativo, una muy deficitaria balanza por cuenta corriente y una bolsa cuyo mantenimiento en las alturas del Dow Jones a 10.000 es muy difícil, ¿cómo seguir manteniendo los equilibrios macroeconómicos y financieros en Estados Unidos?

Clough ya habla en ese artículo de que una cartera modelo de activos norteamericanos, tal como gozaría de las preferencias de la casa Merrill Lynch & Co., estaría compuesta por un 55% en bonos, un 40% en acciones y un 5% en metálico.

La situación europea está dominada por Alemania. Las medidas disparatadas de Lafontaine y su insensata pugna con Duisenberg y el Banco Central Europeo asustaron a todos. El cese de Lafontaine no lo arregla todo, y la seria crisis alemana –4 millones de parados, un tremendo desorden salarial y un fuerte déficit del Sector Público-, puede provocar las más extrañas tentaciones. La caída del euro y naturalmente el flujo de fondos hacia Estados Unidos, crea una situación adicional preocupante, cuando menos.

De todos modos, los Estados Unidos con Canadá, y la Unión Europea, que será la región económica del mundo con mayor actividad, aunque menor que en 1998, se convertirán en los pueblos que, combinando esfuerzos, van a impedir que en 1999 nos tuviésemos que encarar con una recesión mundial.

El foco más grave es quizás el japonés. Luis Ángel Rojo, al observar esta situación de aguda crisis me dijo en una reunión celebrada en La Granja en el verano de 1998: «El fundamento de la crisis nipona es la tensión derivada de un capitalismo muy avanzado, introducido en el caparazón inadecuado de unas sociedades muy tradicionales». Un poco después, en el mes de octubre, se celebró en Singapur una reunión patrocinada por Time. Si leemos la síntesis de la misma, publicada en este semanario el 26 de octubre de 1998, veremos cómo esto explica que uno de los economistas asistentes a tal reunión, Kenneth Courtis, señalase que lo que había impulsado la crisis actual había sido «la enorme implosión financiera de Japón» y agregó: «Hemos tenido siete años de irresponsabilidad, con 520 políticos japoneses bailando en torno a las carroñas de un sistema bancario insolvente y sin hacer nada».

A mediados de marzo de 1999 se señalaba que existían ciertos datos optimistas; parece haberse detenido el descenso en la producción; el consumo se ha incrementado ligeramente y las quiebras han comenzado a descender. Takafusa Shioya, viceministro de la Agencia de Planificación Económica nipona, declaró por entonces: “Sería bueno que comenzara una recuperación de la demanda interna en mayo (de 1999), pero no existen suficientes señales como para realizar proyecciones en tal sentido”. Robert Rubin, secretario del Tesoro de Estados Unidos, declaró el 18 de marzo de 1999 que los japoneses habían adoptado “medidas constructivas en muchas áreas,

pero aun se enfrentan con enormes desafíos”. Más dura fue la actitud del primer ministro australiano, Tim Fischer, cuando señaló que Tokio debe comprometerse a reformar la economía. “entre otras cosas, liberalizándola, o admitir que continuará la recesión: ya han hecho todo lo fácil. Ahora deben concentrarse en lo difícil y hacerlo”

Un foco recesivo complementario es el de la debilidad china. En *The Economist* de 24 de octubre de 1998, bajo el titular *¿Será China el próximo?*, se podía leer: «La cuestión actual más importante no es cuán fuerte puede llegar a ser China, sino, más bien, cuán frágil es ahora. El peligro de un colapso económico aumenta. Tal colapso dañaría directamente a Asia, y heriría, además, al resto del mundo. Sin embargo, el mayor peligro potencial es que esta tormenta económica conduzca al caos político. Si eso trasciende, todas las apuestas serían a favor de lo peor». Esto puede ocurrir o no. Considero que no es muy probable, y que si el yuan no entra en la loca carrera de devaluaciones, el futuro estará despejado.

No podemos olvidar el foco, fuertemente depresivo, de los tigres y dragones asiáticos. Su capacidad de recuperación es muy limitada, porque los bancos no son capaces de recapitalizarse, en parte por los coletazos de la crisis crediticia nipona, y en parte también por los problemas económicos norteamericanos que, además, frenan las posibilidades de exportación de estos países. El economista David Hale, en la citada reunión de *Time*, por todo esto, consideró que la depresión asiática de la producción durante los últimos doce meses, se ha manejado como la de los Estados Unidos en los años treinta, cuando desplegó sus alas el negro murciélago de la Gran Depresión.

Un foco muy preocupante para Europa es el ruso. «La montaña rusa -señalaba recientemente The Wall Street Journal al contemplar la cascada de desastres que se enseñoorea de Rusia desde el mes de agosto de 1998-, tiene de malo que no se puede parar una vez que se ha puesto en marcha». Aterrado, un comentarista de Financial Times, acaba de escribir: «Es Indonesia, pero con misiles». Recordemos su arsenal de 11.000 armas nucleares.

En el artículo *Who will lead Russia?*, aparecido en *Business Week* el 9 de noviembre de 1998, se puede leer: «Después de casi siete años de tumultuosas reformas económicas bajo Yeltsin, los rusos están preparados para una nueva dirección. Están hastiados de salarios y pensiones aplazados, y desilusionados por la corrupción y el crimen organizado. En una reciente encuesta de la influyente organización *Vox Populi*, el 80% de los rusos indicó que deseaba que Yeltsin dimitiese antes del fin de su mandato. Dijo el director ejecutivo de *Vox Populi*, Alexander V. Kinsbursky: «La gente es opuesta al presente sistema de mercado pero no tiene grandes deseos de retroceder al viejo sistema comunista»». En resumidas cuentas, Rusia, en un momento en que su economía es, literalmente, una catástrofe, no tiene la menor idea de hacia dónde debe caminar.

A España tiene que preocuparle la recesión que reina en Iberoamérica. En la economía de los grandes países iberoamericanos existen dos grupos diferentes. Por un lado, los cuatro países que en 1999 experimentarán bajas en su PIB. Se trata, según los *Kieler Konjunkturgespräche* de 22 y 23 de marzo de 1999, -que rectifican unos pronósticos muy optimistas de CEPAL-, de Brasil, con un descenso del 5%, y de Argentina, Colombia y Venezuela, que caerán, cada uno de los tres, un 2%. Por otro, los que en 1999 mantendrán, aunque

notablemente frenadas, las alzas de su PIB: México: con un 2%, Perú con 1'5% y Chile con un 1%. En el caso chileno, probablemente la economía más saneada del Cono Sur, este 1% es el resultado de dos fuerzas contrapuestas; una fuerte caída de la actividad en el primer semestre, y un auge considerable en el segundo. Incluso se habla de que el incremento del PIB en el cuarto trimestre podría ser del 6%. Según los mencionados Kieler Konjunkturgespräche, el año 2000 Chile será el país, de los siete grandes iberoamericanos, de desarrollo más fuerte, con un 4%. Como síntesis realista para toda la región, el Balance Preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 1999, preparado por CEPAL, habla de una reducción en la tasa promedia de crecimiento, que disminuyó del 5'2% en 1997 al 2'3% en 1998 y de un aumento de la tasa regional de desempleo en el segundo semestre de 1998. Añádase una inflación estabilizada alrededor del 10% -prácticamente igual que en 1997-, una disminución de la entrada de capitales de 80.000 millones de dólares en 1997 a 62.000 millones en 1998 -sobre todo como saldo, a causa de una huida considerable de los capitales a corto plazo-, y un déficit por cuenta corriente, que aumenta de 64 mil millones de dólares en 1997 a 84.000 millones en 1998. El resumen es el siguiente: "Habida cuenta de la magnitud de los shocks externos negativos, que incidieron adversamente en las tasas de crecimiento e hicieron muy difícil el manejo de las cuentas fiscales y externas, las economías de la región mostraron un desempeño razonable. No obstante, la volatilidad continúa y muchos de los shocks operan con un largo rezago, por lo que la situación a fines de 1998 y las perspectivas para 1999 siguen siendo muy delicadas".

Finalmente, no se puede dejar a un lado la inestabilidad creada por el conjunto del Sistema globalizado, el cual, por otra parte, se ha mostrado mucho más fuerte de todo lo

que se podía imaginar, sobre todo recordando la falta de energía y eficacia de los centros de decisión pública que, antaño, con mayores o menores dificultades, lograban controlar los principales problemas. En unas declaraciones a Barron's el 19 de octubre de 1998, Karl Otto Poehl, el anterior presidente del Bundesbank, añora los tiempos del Acuerdo del Plaza, que aun pudo llevarse adelante en 1985. Hoy no es posible imaginar nada parecido.

Queda un oasis en medio de esto. No en toda la Unión Europea. Gran Bretaña a veces da la impresión de bordear una crisis seria. Suecia contempla cómo su moneda, la corona sueca, se deprecia. El foco resistente es la Eurozona, en la que se encuentra España. ¿Por qué? Sencillamente porque, para unificar sus monedas, los once países de esta Eurozona, han hecho sacrificios que suponen cambios estructurales muy serios, pero que les convierten en el refugio más importante de toda la economía mundial. En enero de 1996, Aznar quemó sus naves políticas, al ligar su futuro al ingreso de España en la Eurozona. Hoy España es uno de los que se encuentra en ella de modo más confortable. Claro que si la tempestad se incrementa, será imposible, por mucho sólido islote que habitemos que, por lo menos, no quedemos empapados de agua. Por supuesto que los otros, entonces, se habrán ahogado.

Una última cuestión. ¿Existe algún camino de salida, o lo que es igual, ¿es posible encontrar el sendero de la recuperación?

En primer lugar, es preciso reconocer que existen fuerzas que caminan hacia tal salida en el propio foco inicial de la crisis. esto es en el ambiente asiático. El yuan chino da la impresión de que va a mantenerse sin devaluaciones. Lógico en una economía con un crecimiento del orden del 9'6% anual en

1998, que parece va a perdurar en 1999; con una balanza por cuenta corriente con un superávit de 31'1 mil millones de dólares en 1998; asimismo con una creciente reserva de divisas, que llega en diciembre de 1998 a los 149.200 millones de dólares y con un IPC que, en tasa anual, descendía un 1'3% en febrero de 1999. Corea del Sur y Tailandia avanzan en sus políticas estabilizadoras. Los precios y los salarios proceden, en el Extremo Oriente, de mercados muy flexibles, por lo que, salvo en Indonesia -53'4% en tasa anual de incremento del IPC en febrero de 1999-y Filipinas -9'9% de incremento anual, en la misma forma-, no existen tensiones inflacionistas notables. Además, Singapur, Corea del Sur, Taiwán, Tailandia y por supuesto, como ya se acaba de decir, China, tienen saldos favorables en las balanzas por cuenta corriente.

Con este punto de apoyo -aunque en él puede actuar negativamente la carcoma japonesa-, es preciso proseguir -y en algunos casos iniciar- reformas estructurales profundas. Si estas auténticas revoluciones se ponen en marcha, parece indudable que las economías que hoy vemos perturbadas, van a crecer con fuerza camino del siglo XXI. Tales reformas estructurales no pueden ser similares en todas partes. También las mismas van a depender de la fuerza política de quienes están dispuestos a llevarlas adelante.

A veces esto depende de un triunfo electoral que sea el pedestal adecuado. Desde él parece que el presidente Cardoso, como señalaba Ian Katz en «Business Week» el 9 de noviembre de 1998, va a poder conseguir que los gobernadores de los Estados de Brasil, «se conviertan en parte de la solución -al respaldar las medidas de austeridad- en vez de ser el problema». En otras ocasiones, esto se deriva de una situación de «juicio y error», o lo que es igual, de percepción de los daños derivados de no haber aceptado ciertas reformas, mien-

tras contemplan la buena situación de quienes asumieron con valentía profundas alteraciones en sus economías. Sin ir más lejos esto es lo que ha pasado en la Eurozona. Los once países que asumieron, no sólo los cambios exigidos por Maastricht, con todas las suavidades que aun tienen, pero también con todas las molestias originadas por una hondísima reestructuración en las mismas, van bien. Poehl, en las anteriores declaraciones a «Barron's» indicaba que la única explicación de que un marco finés afectado por la crisis rusa, y una lira tras la sustitución de Prodi por D'Alema, se hubiesen mantenido estables se debe a su pertenencia a la Eurozona. Por eso Carmen Villar Mir, al comentar en ABC el 14 de noviembre de 1998 lo sucedido en el Consejo Nórdico reunido para trazar las futuras estrategias de las economías de Suecia, Noruega, Dinamarca e Islandia, destaca que «los altibajos tan poco favorables que la corona ha sufrido en Suecia, Dinamarca y Noruega durante el otoño, algo que los expertos han achacado a la indiferencia de los gobiernos ante el euro, les han hecho recapacitar». Quizás el centro de estas opiniones sea la del jefe del gobierno noruego, Thorbjorn Jagland: «La Unión Monetaria (europea) es la respuesta moderna a la economía mundial».

Finalmente, la Unión Europea y los Estados Unidos deben dar ejemplo, evitando cualquier paso en falso. La citada y formidable caída del ahorro en Norteamérica, el riesgo de que revivan las propuestas de Lafontaine en Alemania, las tentaciones de D'Alema en Italia, las disparatadas propuestas de Jospin en Francia más la aparición en Estados Unidos de un mensaje proteccionista para escapar del déficit, pueden darnos un susto considerable.

Al final, la salida se contempla, de nuevo y una vez más de la mano de los seguidores de las doctrinas más ortodoxas, las que se remontan a los grandes clásicos y que des-

cienden hacia nosotros desde las cumbres neoclásicas. Hemos comprobado, una vez más, que como señaló Hayck en su conferencia en la London School of Economics and Political Science el 1 de marzo de 1933, Las tendencias del pensamiento económico, al iniciar su estancia en Gran Bretaña, “las épocas de grandes perturbaciones permiten a veces una demostración más clara de los grandes principios del análisis económico que las épocas en que el movimiento de las cosas es mucho menos perceptible. En lo que podríamos llamar el retorno temporal.... a un reinado de la violencia, parodiando una frase empleada por Alfred Marshall en un contexto análogo durante el periodo napoleónico, las antiguas doctrinas han sido sometidas a prueba de nuevo; y mientras que la escuela descriptivo.intervencionista –ahora diríamos que con sus aditamentos keynesiano-marxistas y estructuralistas latinoamericanas- no tenía nada que aportar, muchas de las máximas clásicas han retornado con renovado crédito”.



Mesa de Cultura en la que bajo la presidencia y coordinación del académico José Luis Pinillos, intervinieron los profesores Theodore W. Caplow, Karl Otto Hondrich y Paul Kennedy.

CULTURA

MÁS ALLÁ DE LA AMERICANIZACIÓN: LA CULTURA EMERGENTE EUROPEA

Theodore Caplow.
University of Virginia, USA

En el año 1900 los Estados Unidos de América (USA), estaban ya más modernizados que los grandes centros occidentales europeos de poder. El nivel de mortalidad infantil era 140 comparado con 160 de Francia, 229 de Alemania y 148 de Gran Bretaña. Contaba con 87 teléfonos por mil habitantes comparado con 6 en Francia, 16 en Alemania y 14 en Gran Bretaña. Aunque es cierto que tenía, relativamente hablando, menos coches que Francia, contaba con más que Alemania o Gran Bretaña.

Con una población de 76 millones de habitantes, comparada con 56 millones de Alemania, 37 millones en Francia y 38 millones en Gran Bretaña, contaba con ventaja sólo en tener una extensión nacional moderadamente más grande. Su flota constaba de 8 barcos de batalla comparados, muy desfavorablemente, con los 14 de Alemania, 20 de Francia y los 48 grandes barcos de Gran Bretaña.

Ya para el año 1950 los Estados Unidos de América (USA) habían crecido muy visiblemente y destacaba y disfrutaba de tremenda notoriedad en casi todos los baremos de modernización. Su población de unos 151 millón de habitan-

tes era casi igual que el conjunto de la población de Francia (41 millones); Alemania del Este y del Oeste (69 millones) y Gran Bretaña con 49 millones. La mortalidad infantil había bajado en USA a 29, comparada con 52 en Francia, 62 en Alemania y 32 en Gran Bretaña. En cuanto a unidades de teléfonos, Francia aventajó a USA sólo en 1906, Alemania a nivel de 1094 y Gran Bretaña a nivel de 1916. USA tiene entonces 14 barcos grandes, Francia sólo 2; Gran Bretaña sigue teniendo 12, mientras que las dos Alemanias no tienen ninguno. Se hablaba entonces mucho del Siglo Americano.

Para 1998, la disparidad de población y de fortaleza militar era incluso mayor. Los 270 millones de habitantes con los que cuenta USA sobrepasó con creces las poblaciones combinadas de Francia, Alemania y Gran Bretaña. Mientras La Armada Naval Norteamericana desplegaba 11 grandes barcos de guerra, Francia tenía sólo uno y Alemania y Gran Bretaña ninguno.

Pero el retraso en la modernización había desaparecido. La mortalidad infantil en USA el año 1998 fue el 6.9 comparada con el 5.7 en Francia, 5.2 en Alemania y el 4.9 en Gran Bretaña. El número de teléfonos era casi igual en los cuatro países -entre 500 y 600 por mil habitantes. Otras medidas de modernización dieron indicios de pocas diferencia entre dichos países.

La fortaleza y grandeza de la armada de USA aún tiene gran peso desde el punto de vista europeo. La Coca Cola y los McDonalds son visibles y las fuerzas militares de la OTAN están bajo mando americano. Pero las implicaciones culturales de los contactos trasatlánticos han cambiado considerablemente.

En la obra «*L'Europe des Europeens*» (1997) Henri Mendras hace una exposición magistral de los cambios recientes ocurridos en la Europa Occidental descrita con todo lujo de detalles. Cayendo dentro de la tradición de Tocqueville, este trabajo invita a hacer una comparación entre la Europa de los europeos y la América de los americanos en la coyuntura socio-económica-política-cultural actual.

De acuerdo con Mendras, son cuatro las características que distinguen a la Europa del Este de la Europa del Oeste:

1. Individualismo: Arraigado en el derecho romano y en el Nuevo Testamento, que ponen primero, al individuo y luego, en segundo lugar al grupo.
2. La idea de nación: En contraste y opuesto a la idea de Imperio
3. Capitalismo: comprometido con la producción en masa y con la ciencia basada en la tecnología.
4. Democracia: En el sentido de que la minoría ha de regirse por los derechos de voto de la mayoría.

A América sólo la menciona de pasada manifestando que cuenta con las mismas características de identidad y señalando que ha de tenerse en cuenta como una parte integral del sistema europeo. La impresión de que es parte separada de Europa se fundamenta en un grupo de características adicionales que se dicen ser peculiarmente americanas y no compartidas con los europeos; se les describe bajo el epígrafe de excepcionalismos americanos.

Seymour Martín Lipset ha sido por largo tiempo quien ha descrito los excepcionalismos americanos. En su obra: *La primera nación* (1963) identificó sus dos temas claves: El individualismo y la igualdad, en contraste con Europa:

Durante la primera mitad del Siglo XIX los conservadores americanos reconocieron que, les gustase o no, habían de actuar dentro de un contexto basado en los valores dominantes de la igualdad, y en el que ambos, los derechos del pueblo a gobernar, y el de los capaces a alcanzar el éxito, habían de ser aceptados como inviolables... El aspecto importante era que tanto los Demócratas como los Whigs las sociedades aristocráticas, monárquicas y oligarcas europeas eran anatemas (p. 97).

Lipset describe el carácter incambiable americano como marcado fuertemente por la opinión de los demás, por la ausencia de servilismo, incertidumbre en situaciones de relaciones de status, competitividad y conformidad. Consciente de la multiplicidad de sectas, incluye el comentario de un viajante italiano en la USA de 1819 que decía: «todas las sectas allí son buenas y todas las carreteras correctas» (p. 174).

En una de sus últimas obras sobre *American Exceptionalism* (1996) Lipset identifica los cinco elementos del Credo Americano de las libertades que son: igualdad; individualismo; populismo y laissez-faire. Mientras reconoce que cambios sociales recientes han removido las columnas del excepcionalismo, no está aún preparado a abandonar la idea de que existen diferencias profundas entre USA y el resto de las sociedades desarrolladas.

Muchos otros observadores se han asombrado por el hecho de que las actitudes entre los anglo-sajones americanos y los primeros colonos alemanes establecidos en USA en la primera década de 1800 se siga notando hoy en día en las grandes urbes de la América post-industrial. En la obra, *National Character* (1997) de Alex Inkeles hay un capítulo fascinante dedicado a la continuidad y cambio en el carácter nacional americano. Estas características son: Los Estados Unidos de América como Tierra Prometida; auto-seguridad; autonomía e independencia; acción comunitaria; voluntariado y cooperación con la vecindad; confianza; sentido de eficacia; optimismo; innovador, abierto a nuevas experiencias; anti-autoritario; igualdad. El cambio de las tendencias que el identifica son: incremento en la tolerancia y en la diversidad, y un declive en la ética del trabajo y la erosión de la confianza en las instituciones políticas.

Otra lista de atributos distintivos de los americanos se pueden incluir entre los muchos relatos de los emigrantes y futuros emigrantes a los Estados Unidos -una lista sorprendentemente estable compara con la emigración de los Irlandeses de los años 1850 continuando con los polacos, judíos sicilianos de los años 1890-1910 y llegando a los latino-americanos y asiáticos de hoy. Lo que los emigrantes esperaban encontrar en Estados Unidos era:

- El rápido acceso a la riqueza
- Oportunidad ilimitada a la educación
- Libertad de movimiento
- Tolerancia religiosa
- Libertad de opinión
- Ausencia de clases sociales cerrada

Algunos se sentían defraudados, otros muchos no.

En casos concretos, USA sigue siendo igual que lo que era hace cien años o incluso hace doscientos años. ¿Pero sigue siendo excepcional?

Existen, sin duda, innumerables diferencias estadísticas entre USA y otros países desarrollados tomados individualmente pero - al margen de población y al margen de poder militar - sólo en unas cuantas cosas se diferencia USA de la generalidad de los países de las sociedades industrializadas modernas avanzadas.

La diferencia más singular tiene que ver con la creencia y práctica religiosa. Los americanos son más piadosos que el resto de las naciones altamente modernizadas. Asisten a actos religiosos más frecuentemente, rezan en privado, también, con más frecuencia, profesan una amplia gama de creencias religiosas y apoyan un mayor número de instituciones religiosas.

Las relaciones étnicas problemáticas entre americanos blancos y americanos negros son igualmente peculiares. Toda nación desarrollada tiene su problema con diferentes minorías étnicas u otras clases sociales desaventajadas, pero en ningún otro sitio una raza levanta tantas profundas emociones.

La estadística en homicidios es más alta en USA que en ningún otro país, aunque otros crímenes de violencia no alcanzan niveles excepcionales. La gran diferencia en este aspecto tiene que ver con la proliferación de la venta libre de armas de fuego en USA que no tiene parangón en ninguna otra parte del mundo. La mitad de los hombres americanos y un tercio de las mujeres llevan consigo armas de fuego.

Hay más personas en las cárceles de USA que en ningún otro país desarrollado o no desarrollado; un 6% de la población masculina adulta está entre rejas o en libertad provisional. Más de la mitad de este grupo es de raza negra.

La gestión de las drogas tóxicas ha sido más problemática en USA que en ningún otro país desarrollado. A los intentos, a veces inútiles, desde 1920 a 1933, para prohibir el uso de las bebidas alcohólicas le siguieron los intentos aún más costosos para prohibir otras drogas, especialmente marijuana, cocaína y heroína. Los últimos intentos continúan en la actualidad, para los que se utilizan cantidades astronómicas de dinero. El Gobierno Federal está en estos momentos lanzando una campaña contra el tabaco lo que supondrá una tercera prohibición.

Las interconexiones del puritanismo, del conflicto racial, de la violencia homicida, de la proliferación de armas de fuego, de la manía por el encarcelamiento y las prohibiciones de los diferentes intoxicantes son fuertes e impecables. Tiras de uno de estos hilos y el resto se vendrá también.

Claramente hablando, América no es un modelo a seguir para otros países modernos en cuanto a relaciones raciales y justicia criminal.

La evidencia que emerge de los perfiles nacionales que ha investigado el INTERNATIONAL RESEARCH GROUP FOR THE COMPARATIVE CHARTING OF SOCIAL CHANGE y de lo que se desprende de otros numerosos estudios comparativos sugiere que la Europa Occidental es tan «Americana» como los Estados Unidos en términos de estratificación social, movilidad intergeneracional, oportunidades educacionales, libertad de opinión y de movimiento, toleran-

cia religiosa y acceso a la riqueza, lo que puede, incidentalmente, explicar el por qué de la reducción drástica de la emigración de la Europa Occidental a Estados Unidos.

Hay otros elementos menos tangibles del «American Way of Life» que son más difíciles de medir pero imposibles de pasar por alto como son el incremento en el individualismo, en el voluntariado, en la innovación en la apertura a nuevas experiencias y en el anti-autoritarismo en los países de la Europa Occidental.

Está por verse si la mayor integración de los países europeos en la Unión Europea podrá equipararse a la tremenda extensión americana y producto nacional entre otros países avanzados, uno por uno - ventajas que tienen que ver con la prepotencia americana en la distribución de marcas, películas, música rock y otros muchos aspectos de la cultura popular.

Está aún por verse, también, si la situación de USA como la única sociedad con capacidad independiente de fabricar armamento bélico persiste al tiempo que la Unión Europea se esfuerza por clarificar su relación con la OTAN.

Al margen de estas contingencias, la difusión en la Europa Occidental de los valores que se han considerado distintivamente americanos está, por ahora, tan avanzada que USA tendrá pronto que darse prisa para seguir estado «al día» con los tiempos.

LA GLOBALIZACIÓN DE LAS ECONOMÍAS

¿GLOBALIZACIÓN DE VALORES?

*Karl Otto Hondrich.
Universidad de Francfort.*

El tema de mi conferencia es bien simple: los procesos que nosotros denominamos como globalización ¿también significan la globalización de los valores? La contestación es también simple. Ello le hará recordar el cuento de un hombre sabio - un rabino, en otras versiones un mahometano - a quién le piden que ponga paz en una disputa. Primero, una parte le presenta su caso. «Tienes razón», le contesta el sabio. Luego llega la otra parte con el argumento al contrario. «Tienes razón» le dice el sabio. La gente que observaba el desarrollo del tema estaba asombrada. «Señor y maestro», le gritaron, «tu no les puedes dar la razón a los dos bandos». Tienen ustedes razón también», les dijo el sabio.

En cuanto a los argumentos que rodean el tema de la globalización empezaré diciéndoles a una parte de ustedes: «Si, hay una globalización de los valores». Dirigiéndome al otro grupo de ustedes les digo: «Lo contrario también es verdad - hay una tendencia hacia la particularización de los valores». La modernización es una paradoja.

Permítanme que clarifique esta paradoja. Les mostraré, primero, cómo la globalización de la economía nos va guian-

do hacia una similitud en el consumo y en la producción de la cultura pero al mismo tiempo fortalece nuestras diferencias culturales. En la segunda parte de esta conferencia debatiré las formas patentes de estas diferencias. Es altamente dudoso que el universalismo occidental sea capaz de unificar estas dos funciones. Una forma diferente de universalismo -yo le llamo universalismo elemental - es el más llamado a realizar esta función.

Permítanme que empiece el análisis de la globalización de la cultura, o los valores, no con «los grandes valores», sino más bien con esos valores a ras de tierra como son los valores de consumo, como las tendencias y ramificaciones del ocio: Los pantalones vaqueros; los MacDonalds; la Música Pop; el Wind Surfing y el Surfing en Internet. Obviamente tenemos ahí una cultura global de valores y de consumo. ¿Cómo hace que una globalización de la economía nos pueda llevar a una globalización de tendencias en el consumo? Se hace por el proceso de la competición. El competir no sólo significa conflicto, división, rivalidad. También significa unir a la gente. Por tanto, une a los productores de bienes en sus esfuerzos de agrandar y atraer a sus clientes y proveedores. Como resultado nos encontramos con The United Colours of Benetton y con los proveedores que permanecen unidos en sus preferencias de producción masiva y comunicación de masas de varias formas.

Ahora las preguntas interesantes son preguntas empíricas:

¿Cómo se puede saber la extensión del consumo de productos, globalmente hablando, si lo comparamos con el consumo de productos domésticos? ¿Quiénes son los grupos, o de qué estrato social proceden, que adoptan las formas de consumo internacional? ¿Con

qué nivel de persistencia estamos contando en esas tendencias de compra internacional de esos individuos?

Mi respuesta a estas preguntas es la siguiente:

Incluso en el caso de que el consumo universal se pudiese explicar, ello constituye e influencia solamente a una pequeña parte del consumo doméstico. Este consumo universal lo realiza una pequeña representación del estrato joven, del educado y del económicamente desahogado y urbano de la población. La adopción misma de esta forma de compra simboliza una función elitista de la gente que los realiza; simboliza su status social. Simboliza, también, la integración de una sociedad específica dentro de la sociedad internacional. El comer la misma comida, el oír la misma música pop, el disfrutar de los dramas y normas de los mismos partidos -llámese football, or tennis - constituye una atmósfera de supra-cultura de familiaridad que facilita los contactos entre diferentes sociedades a nivel personal. A la larga, en la medida en que las tendencias de consumo universales penetran los estratos bajos de la sociedad, las élites de hoy de este consumo universal volverán a las formas indígenas y tradicionales de consumo como una forma de distinción de clase social.

En el proceso de envejecimiento toda la gente tiende a volver a los sistemas tradicionales e indígenas de consumo. En Alemania, por ejemplo, es impresionante ver cómo a la gente les encanta la tradicional «Música Folklórica». Esto se ve muy palpable en los programas televisados de los Sábados noche,

a pesar de que los espectadores, en su juventud, les encantaba ver a los Beatles y a los Rolling Stones.

Otra pregunta sería en relación con el consumo universal, ¿hasta qué punto siguen siendo universales una vez penetran en las diferentes culturas? Tenemos un prejuicio muy grande en cuanto a este tema. Asumimos que Univel, General Motors, Yves Saint-Laurent or Club Méditerranée produce y vende lo mismo - universal - en todos los países. Este prejuicio nos influencia en la forma en la que percibimos las cosas. Los productos universales los percibimos como iguales en todo el mundo. Y es así como funciona la política de estas firmas internacionales: Hacer que el cliente crea que está comprando el mismo producto en todos los sitios. Deberíamos preguntarle al especialista de marca en la firma sobre el tema. La firma hace **DISTINCIONES** entre clientes. Ellos saben que las necesidades de las personas, condicionadas por la cultura, difieren de cultura a cultura, y tratan de ajustarse a esas diferencias culturales, diferenciando los productos y las estrategias de su marketing.

Las empresas, contrario a lo que hacen los intelectuales, saben que las necesidades de los clientes no se pueden cambiar arbitrariamente. Los empresarios respetan las necesidades de los clientes tal como son. Frecuentemente los intelectuales no lo hacen así. Nosotros los intelectuales, lejos de lo que hacen los empresarios, el marketing y la gente, asumimos que la economía es, básicamente, manipulación. Asumimos que el poder está en la economía; que la economía manipula o incluso destruye la cultura. Es exac-

tamente todo lo contrario: La cultura es lo suficientemente fuerte como para rechazar lo que la economía ofrece - y esto le pasa a muchos productos-, o como realzar una cultura específica. La aculturación de las tendencias al consumo de la supra-cultura podría ser más fuerte que el consumismo de la cultura. La aculturación de la economía podría ser más fuerte que la economía de la cultura.

La pluralidad cultural tiene todavía otra función más para las empresas y para las personas que trabajan con ellas. Es la función de tomar riesgos. Los mercados y la competencia promocionando interconexiones globales de un lado, y por el otro lado corriendo los riesgos de la caída de mercado seguida del desempleo y de la destrucción de la vida social. A medida que estos riesgos se globalizan, ¿quién se preocupa de las víctimas de esos riesgos? ¿El mismo mercado? No. ¿La empresa global? No. ¿El Estado global de Bienestar social? No existe. De esta forma, todos estos «actores», bien empresarios o trabajadores, o nosotros mismos como intelectuales, se les larga a las estructuras preexistentes de la estabilidad y de la seguridad social: en nuestras familias o en nuestros respectivos Estados Nacionales de Bienestar Social. Aunque los «actores» del plano global operan internacionalmente, los sistemas de seguridad social y demás, operan dentro de un sistema estructurado nacional.

El idioma es un arma poderosa, tal vez la más poderosa para la vida en comunidad. Cuando se acaba el idioma común, se acaba la forma más importante de comunicación. Es por ello que al encontrar

una lengua en común para varias culturas es un paso definitivo hacia la universalización de la cultura. La globalización de la cultura, sin duda, empuja en esta dirección. Los intercambios llevados a cabo entre culturas, atravesando sus barreras idiomáticas, necesitan un idioma en común. El inglés cumple con este requisito de una LINGUA FRANCA para todo el mundo.

Todo esto me hace seguir y entrar en la segunda parte de esta conferencia: ¿Cuántas culturas diferentes se pueden unir, tipo puente?

(1) La primera respuesta es, como ya he sugerido: Por la ignorancia. No nos sentimos contentos con esta contestación. Al acercarnos a otras culturas no podemos permanecer ignorantes. Como personas modernas, estamos en contra de la ignorancia. (Paradójicamente, nosotros reproducimos la suficiente ignorancia en todos nuestros intentos de ensanchar nuestros conocimientos).

(2) Entramos en la segunda y mejor aceptada contestación. Yo la denomino universalismo explícito. Como representantes de una cultura universal hemos de explicitar los valores que nosotros creemos son valores universales, como: los derechos humanos, la tolerancia, el individualismo, la ideología de mercado, la democracia liberal. Samuel Huntington les denomina los valores culturales de DAVOS. Davos en la neutral Suiza es un lugar donde los representantes más distinguidos de la cultura universal se reúnen con frecuencia.

(3) Una tercera respuesta puede ser: Relativismo de valores. Tratamos de tener que elegir nuestra cultura en contra de otras. Nos damos cuenta inmediatamente que esto es imposible. Podremos emigrar a otras culturas y buscar una alternativa. Pero como seres sociales, como colectividad, no podemos. Las colectividades no se pueden apartar de sus culturas. Estamos condenados a estar con nuestra cultura, condenados a preferirla sobre otras. Esto significa que podemos tener conflictos -latentes o manifiestos - con otras culturas. ¿Por qué no hacer una virtud de esta necesidad?

(4) Integración por conflicto: Es la cuarta forma de puentear las diferencias culturales. El conflicto es siempre un riesgo, se puede convertir en violencia. Sin embargo, puede valer la pena meterse en el conflicto de las culturas con o sin el concepto de la universalización. Es a través del conflicto y la disputa que la integración puede llegar a ser una realidad.

(5) Esto nos lleva al punto final y decisivo. Existen valores y normas universales - que integran el mundo social. Pero son diferentes de la cultura explícita universal de Davos. Yo las denomino universalismos implícitos o prácticos. Tenemos que descubrirlos. Permítanme que empiece el descubrimiento con un cuento que seguro todos ustedes saben. Es, tal vez, el ejemplo más popular de malas interpretaciones interculturales. Se trata de un «negociante europeo que lleva una semana negociando con su interlocutor, un chino, en China, sin haber obtenido ningún resultado visible al respecto. Aún más, el europeo tiene la impresión de que el chino le ha estado

tomando el pelo todo el tiempo. Para salvar la situación, el europeo deja claro que esto no va a seguir así y las negociaciones se rompen.

Esta cuento se comenta en todos los círculos de negocios y en los políticos ilustrando las diferencias culturales en la conducta y en la orientación de valores: Por una parte, el europeo intentando conseguir su objetivo **DIRECTAMENTE**. Por la otra parte, el asiático, dándole un **MILLÓN DE VUELTAS**. El europeo intentando su éxito personal. Los asiáticos intentando el consenso del grupo. Los europeos que **NUNCA TIENEN PACIENCIA**. Los asiáticos tomándose todo el **TIEMPO DEL MUNDO** para preservar y reconciliar las diferentes lealtades a los grupos.

Nosotros, los que pertenecemos a la cultura occidental y predicamos el universalismo de la libertad individual, no estamos dispuestos, de ninguna manera, a salirnos de nuestra escala de valores. Pero como ciudadanos del mundo y como científicos sociales, en particular, debemos reconocer y practicar un menos ofensivo y más elemental universalismo. No es un universalismo declaratorio, pero va implícito al resolver problemas en muchas situaciones prácticas donde se encuentra la gente de diferentes culturas.

EL ROL DE LA UNIVERSIDAD EN LA ECONOMIA GLOBAL DEL CONOCIMIENTO

*Paul Kennedy.
R.M.I.T. Australia.*

1. RESUMEN:

La habilidad de las naciones para competir en la economía del conocimiento global depende de su capacidad de producir altos números de personas altamente especializados y preparadas para contribuir al poder mental de las industrias. Los gobiernos están menos inclinados a invertir en las universidades. Los contribuyentes no están convencidos que las universidades aportan valores por dinero a la comunidad y, consecuentemente, los costes de la educación están siendo dirigidos a los alumnos. El alumno se está convirtiendo en un consumidor capaz de hacer elecciones discriminatorias. La globalización está debilitando el poder normativo de las naciones-estado sobre la educación y la universidad se enfrenta con la perspectiva de la desmonopolización. La educación, el poder mental inicial de la industria, es ahora factor de intercambio internacional esencial con las instituciones públicas y con las multinacionales que intentan sacar provecho con dicho intercambio.

La universidad no ha estado lo suficientemente rápida en apreciar el impacto de la globalización y el sometimiento

de los gobiernos a las demandas racionalistas de libre mercado al mínimo nivel de intervención. Irónicamente hablando, el paradigma capitalista, basado en la premisa del individuo por encima del grupo, es la mayor debilidad de la universidad en su intento de acomodarse al orden económico. Los académicos se resisten a las demandas de los marcos de eficacia y garantía de calidad - nociones que ellos asocian con corporativismo - haciendo hincapié en la libertad personal a expensas de la organización y de la eficacia.

El sistema de educación universitaria de masas está basado en la creencia de que las naciones se benefician, tanto social como económicamente, al tener grandes masas de ciudadanos bien formados; en la capacidad de contribuir al desarrollo social de la sociedad y al mantenimiento de su cultura; retar a la sabiduría percibida; cuestionar los valores sobre los que se basa y objetivamente evaluar su liderazgo son los factores que nosotros identificamos como los temas sociales claves de la universidad. El reto con el que se enfrenta la universidad al final de este segundo milenio es retener los valores básicos de la sociedad al mismo tiempo que participa en la economía global del conocimiento.

Nosotros mantenemos que la universidad puede contribuir al desarrollo social al igual que a servir las necesidades de las empresas siempre y cuando sepa planificar su futuro. La universidad moderna ha evolucionado. La universidad del futuro se ha de planificar y desarrollar sistemáticamente con el fin de alcanzar su razón de ser eficaz, y competentemente buena. Presentamos aquí un ejemplo de cómo la Universidad RMIT está llevando a cabo este cometido.

II. LA ECONOMIA DEL CONOCIMIENTO GLOBAL:

Existen tres beneficios distintamente diferentes pero relacionados entre si que la universidad provee:

- . El beneficio individual a los alumnos en términos de conseguir el poder en la economía del conocimiento y, por tanto conseguir también la calidad económica de la vida.
- . El beneficio económico de la empresa que emplea al graduado.
- . El beneficio social a la sociedad - el llamado bien público - que deriva de la contribución intelectual del graduado a la sociedad.

Estos tres beneficios están conectados dentro de una economía nacional - los impuestos financian la universidad; el graduado se gana un salario y paga sus impuestos y la empresa obtiene unos beneficios y también paga sus impuestos. En una economía del conocimiento global la conexión se rompe. La empresa cogerá a graduados donde los pueda encontrar al menor coste y pagará impuestos donde esté más bajos. El conocimiento es valioso pero no se puede medir de la misma forma que se miden los recursos naturales o los bienes manufacturados.

El software de los ordenadores puede ser y es, manufacturado en países donde el coste de los ingenieros de software es bajo, y luego se exporta electrónicamente, se empaqueta y se vende. De igual forma, un sistema telefónico en el país A que no tenga ingenieros cualificados, se lo puede apropiar una empresa en el país B donde el coste de los ingenieros cualificados es alto y, por control remoto, estar en manos del

país C donde el coste de los empleados es bajo. En ambos casos el país que ha pagado por la educación técnica del trabajador graduado no es el que obtiene los beneficios económicos de los esfuerzos de los trabajadores.

Rompiendo el nexo entre la inversión hecha por el Estado en la educación y los beneficios económicos que el Estado percibe por su educación se puede ver que el coste de la educación se dirige al estudiante. De la percepción que del beneficio económico tenga el estudiante, y no del beneficio social o público, dependerá lo que el estudiante esté dispuesto a pagar por su educación. El estudiante se convertirá en un consumidor en busca de los resultados educacionales más eficaces.

Mientras las universidades mantengan un monopolio regulador sobre la educación, la competitividad para el consumidor estará centrada en las universidades. En la realidad, las universidades sólo mantendrían el monopolio de aquellas áreas en las que el Estado tiene control directo, tales como derecho, ingeniería civil, y medicina y en las que el Estado esté dispuesto a continuar con el monopolio. En el resto de las áreas las empresas globalizadoras que emplean al graduado dictarían los términos y las exigencias del mercado.

III LA EVOLUCION DE LA UNIVERSIDAD

En los últimos doscientos años la universidad ha atravesado un buen número de cambios significativos, influenciados por el desarrollo del sistema social moderno. Al final del Siglo XVIII la universidad jugaba un rol importante en la educación religiosa y la religión era la fuerza social dominante; hoy, al final del Siglo XX, las universidades son ins-

tituciones seculares. El desarrollo del racionalismo científico y humanístico en la universidad ha coincidido con, y pudo haber contribuido a, la muerte de la religión como una fuerza social significativa. Durante este período de tiempo se pueden identificar un número de otras transiciones. Entendiendo cómo estas transiciones han hecho que se llegase a tener la universidad que hoy tenemos, esperamos, por la misma razón, avanzar abriendo camino en la dirección que la sociedad demanda.

Inicialmente el rol de la universidad era la colección y difusión del conocimiento a través de la enseñanza. La misión de la universidad fue elocuentemente descrita por Fichte cuando afirmó:

... la representación visible de la inmortalidad de la humanidad: la universidad es la apariencia institucional de la verdad, el lugar donde cada época, conscientemente y metódicamente transmite a las generaciones siguientes su más alto nivel de formación intelectual (Bowden, 1998).

El Cardenal Newman define más directamente la universidad como «... un lugar para la docencia universal del conocimiento» Newman, (1973).

Durante el Siglo XIX el rol de la universidad en Estados Unidos se expandió con el fin de servir las necesidades de una nación joven impartiendo enseñanza para mejorar la agricultura y la construcción: «... la idea de la educación como una función democrática que sirve al bien común se colocó en las praderas». (Boyer, 1990).

A principios del Siglo XX la influencia de la universidad alemana vio la introducción de la investigación en la uni-

versidad al igual que la creciente importancia que tomaban los estudios de post-grado.

En la segunda mitad del Siglo XX la educación universitaria comenzó a cambiar: de educación dirigida a las élites pasó a convertirse en un sistema educacional de masas, actuando acorde con una creciente y afluyente clase media en las economías industrializadas. Los gobiernos aumentaron su financiación en la creencia de que la educación no solamente serviría los intereses económicos de la nación sino también ayudarían en el desarrollo de la sociedad civil a través de mejor servir a la comunidad.

«De la universidad se dice frecuentemente que tiene tres funciones: la docencia, la investigación y el servicio a la comunidad. La tercera de estas funciones ha sido apropiadamente descrita por el Ministro Sueco de Educación, Carl Tham, como «la tercera tarea universitaria». Ello se refiere a que está orientada a cooperar con y a servir a la sociedad de la que la universidad es parte». (Bowden, 1998).

IV LA UNIVERSIDAD Y EL MERCADO DE TRABAJO

La adquisición del conocimiento por razones crematísticas no es un concepto nuevo para la universidad. A finales del Siglo XIX la ingeniería se estaba convirtiendo en parte aceptada por la universidad. Nacida en la Revolución Industrial, la ingeniería fue la primera disciplina diseñada para explotar el conocimiento por dinero - esa es su razón de ser. También interesadas en el conocimiento por razones económicas estaban las disciplinas de las finanzas y los negocios que se integraron en la universidad a finales del Siglo XIX

principios del Siglo XX (Wharton).

La economía del conocimiento es un fenómeno reciente, basado en la tecnología de los ordenadores y en la comunicación. Sin embargo la ingeniería y los negocios han estado desarrollando la economía del conocimiento desde el advenimiento de la máquina de vapor. La computerización es meramente el más reciente paso de colocar trabajadores menos preparados en lugar de unos pocos y mejor preparados, a través de mecanización y automatización. Esta sustitución se ha acelerado hasta el punto en que la demanda de graduados con conocimiento tecnológico y de negocios ha generado un crecimiento importante en estas disciplinas en la universidad, a expensas de las disciplinas tradicionales.

El crecimiento de los negocios y la tecnología ha creado tensión en la universidad entre disciplinas que 'no tienen valor económico' pero que sí están preocupadas por la consecución de la verdad o la belleza y las que tienen que ver con el uso del conocimiento por razones de beneficio económico.

Los gobiernos y los individuos pagarán por la educación basada en beneficios económicos percibidos, pero están cada vez más reticentes a financiar la formación por sí misma. Separar la educación de los trabajadores formados en el conocimiento económico de la universidad debilitaría, aún más, la capacidad de los futuros graduados para cumplir con la «tercera tarea universitaria».

V. LA PREEMINENCIA DE LA INVESTIGACION

Al final de su tiempo en la Casa Blanca, el Presidente de Estados Unidos, Eisenhower, en 1961, habló de los daños

PAUL KENNEDY

de los Complejos «Militares-Industriales». El éxito de la contribución de la tecnología a las fuerzas aliadas en la Guerra II Mundial y la involucración de la Universidad en hacer que los resultados de la investigación diese el resultado deseado, cambiaron radicalmente la universidad. La investigación empezó a dominar la agenda universitaria durante este tiempo.

VI. LA EDUCACIÓN POR EL BENEFICIO ECONOMICO

La educación, bien financiada directamente por los contribuyentes o a través de donaciones privadas con derecho a deducción de hacienda, ha sido substancialmente financiada por las entidades públicas sin animo de lucro.

La demanda de la educación universitaria está creciendo y la tecnología para proveerla requiere inversiones importantes. El proveer educación por sus beneficios y el que el sector privado invierta en tecnología, es una verdadera amenaza para la universidad. La educación es ya una industria globalizada del conocimiento como se evidencia por el gran número de alumnos internacionales autofinanciados que pagan la matrícula total en universidades del mundo industrializado. Hay universidades extranjeras que están creando la infraestructura universitaria en países con economía emergente.

LA CRISIS EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR

El sistema de educación superior lleva en «crisis» desde mediados de los años 1980 cuando los gobiernos empeza-

ron a reducir los ratios de financiación a las universidades y comenzaron a redirigir el coste a los estudiantes. Siguiendo la expansión del sistema en las tres décadas después de la II Guerra Mundial, la capacidad y la disponibilidad de los gobiernos a continuar la financiación del crecimiento de la educación superior empezó a resquebrajarse.

IX. EL CASO DE LA UNIVERSIDAD RMIT, AUSTRALIA: ESTUDIO DE UN CASO

Si la universidad ha de mantener su relevancia en la economía del conocimiento, ha de producir un beneficio. El beneficio que aquí se contempla no es una retribución económica a los accionistas sino, al contrario, unos dividendos sociales en cuanto a la «tercera tarea universitaria». La universidad ha de funcionar como si fuera una corporación con ánimo de lucro de forma que:

- . Provea el mejor servicio de calidad a sus clientes inmediatos, los clientes.
- . Demuestre a sus accionistas (la comunidad a través del gobierno) que funciona con eficacia y eficiencia.
- . Produzca graduados que satisfagan las necesidades de las empresas globales y que estén preparados con las destrezas que les permitan adaptarse rápidamente a las cambiantes circunstancias de la sociedad moderna.

La Universidad RMIT es una institución grande y diversa que combina un sector de educación vocacional (politécnico o community college) con un sector universitario tradicional (licenciatura y doctorado) que comprende una comu-

nidad universitaria de 40.000 estudiantes de los cuales 10.000 son estudiantes que pagan la matrícula completa y que proceden del Sur-Este de Asia. RMIT empezó como una universidad para la clase trabajadora en 1887 con una misión de preparar a los artesanos en la especialidad de artes mecánicas y, desde entonces ha atravesado varias transformaciones que necesitaron una re-definición de su misión. Al final de este siglo XX, RMIT aún sigue educando a artistas (pintores y escultores) y a ingenieros, arquitectos y a una gran variedad de otras disciplinas y vocaciones.

9.1. RE-DEFINIENDO LA MISIÓN

La Universidad RMIT tiene como misión proveer educación vocacional y profesional a individuos con aspiraciones con el fin de que contribuyan al desarrollo intelectual de Australia; satisfacer las necesidades de las empresas; trabajar en investigaciones estratégicas y aplicadas y proveer asesoramiento técnico y apoyo al desarrollo económico y social de nuestras comunidades.

9.1.1 CAMBIO AMBIENTAL

Hemos estado notando el cambio en nuestro entorno a través de los años. Las tendencias de las que tenemos conocimiento concreto son:

. El ritmo y aplicación de las tecnologías a muchas facetas de la actividad económica continua creciendo. Esto significa que: los productos (y el conocimiento de los productos cambia cada tres o cuatro

años, en vez de cada siete-diez años. Reciclaje y actualización de la formación y adaptabilidad se requieren para las empresas y para los individuos.

. El impacto de las nuevas tecnologías en reducir y automatizar los diferentes niveles del negocio significa más oportunidades de trabajo en las ocupaciones tradicionales que se van perdiendo. La gente continúa teniendo necesidad de enfrentarse a nuevas posibilidades de trabajo y cambios de especialidad.

9.2. REPASANDO EL PROCESO

Durante el año 1995, la Universidad de RMIT desarrolló una Estrategia comprensiva de Enseñanza y Aprendizaje, refinada a través de rigurosos debates académicos que culminaron en la adopción por el Consejo Social de dicho proyecto. La estrategia da sentido a la misión de la Universidad al pasar del paradigma de la instrucción al paradigma del aprendizaje (Barr, 1995). La metodología del paradigma del aprendizaje es, desde el punto de vista pedagógico, superior, pero también se enfrenta con los temas críticos con los que se enfrenta la Universidad.

9.3. REPASANDO LOS ROLES

El paradigma del aprendizaje requiere cambios tanto en los roles de los profesores como en el de los alumnos. El reto está en convencer a los académicos que el paradigma del aprendizaje es mejor por partida doble: es necesario y superior al paradigma de la instrucción, y que puede ser implantado de tal

forma que satisfaga tanto las prioridades educacionales como las económicas.

9.4. EXPLOTANDO LA TECNOLOGÍA

El advenimiento de la computerización barata, The World Wide Web (WWW) y la multimedia electrónica fueron abanderados por algunas universidades (muchas de ellas asociadas a las empresas que servían dicha tecnología) como un medio de reducir los costes de la enseñanza y por tanto de equilibrar los presupuestos.

Tras un detallado análisis de la Universidad **RMIT**, se decidió utilizar la tecnología de la información con el objetivo específico de enriquecer el entorno donde se desenvuelve el aprendizaje aplicándola a todas las materias de la Universidad.

10. CONCLUSIONES

La supervivencia de la Universidad de educación masiva en una economía global del conocimiento no está asegurada. En tanto en cuanto la universidad no esté preparada para planificar sus futuro e iniciar cambios desde dentro - un trabajo ciertamente difícil dadas las actitudes reinantes - habrá pocas esperanzas de que sobreviva con sus valores básicos intactos. La universidad ha de examinar su misión y articular claramente lo que es criticable, y estar preparada a romper el mito, tradiciones y actitudes que inhiben su capacidad de llevar a cabo su misión.

La universidad debe adoptar un enfoque empresarial hacia sus clientes, los alumnos, control de calidad y eficiencia

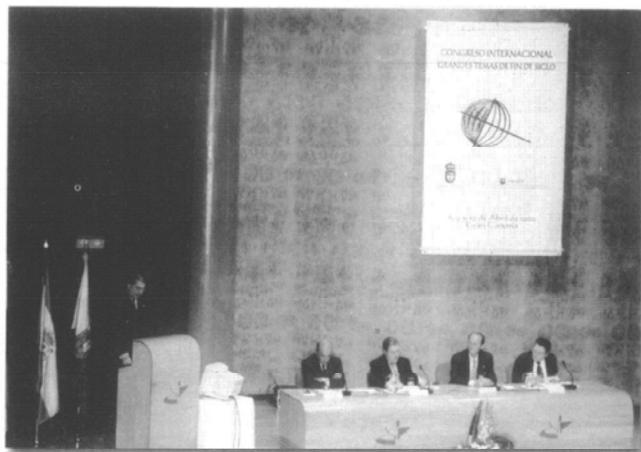
financiera con el fin de poder afrontar su rol en el desarrollo social.

La promesa de que a través de la educación masiva se iba a favorecer el desarrollo de la sociedad civil no se ha cumplido. Sin embargo, esto no quiere decir que no pueda ser alcanzado dicho objetivo. Hemos de estar conscientes siempre del objetivo final de la universidad y reconocer que esta se ha de ganar su lugar en la sociedad en vez de darlo por hecho.

NOTAS:

Wharton se crea en 1881, el LSE en 1895, La Universidad de Harvard, Escuela de Negocios se crea en 1908. En 1914 MIT que crea el Departamento de Negocios e Ingeniería Administrativa dentro de la Escuela de Ingeniería y, apoyada, primordialmente, por la General Motors, el Chairman, Alfred P. Sloan, Jr., MIT creó el Sloan Fellow Program, convirtiéndose en la primera Universidad en el mundo que oferta un programa basado en la educación.

SESIÓN INAUGURAL DEL CONGRESO.



SESIÓN DE CLAUSURA.

El presidente del Cabildo de Gran Canaria, José Macías Santana, durante su intervención, acompañado en la mesa por el viceconsejero de Administración Pública del Gobierno de Canarias, Tomás Van de Walle y Sotomayor, el profesor Salustiano del Campo, director del Congreso, y el embajador Alonso Álvarez de Toledo.

- PROGRAMA -

8 a 10 de Abril, 1999.

JUEVES, 8

12.00 horas. Ceremonia de Inauguración.

12.30 horas. Conferencia inaugural

Jean Daniel, Director de Le Nouvel
Observateur

“Grandes Temas de Fin de Siglo”

Presenta: Salustiano del Campo, Director del Congreso.

16.30 horas. GEOPOLÍTICA.

André Fontaine, ex-director de Le Monde
“Entre mundialización y atomización”

William Pfaff, International Herald Tribune
“Una réplica a la tesis del choque de civilizaciones”.

Embajador Samuel Hadas, Analista Diplo-
mático.

“Fundamentalismo Religioso y Violencia en el S. XXI”

Preside y modera: Gonzalo Anes, Director de La Real
Academia de la Historia.

VIERNES, 9

10.00 horas. **SEGURIDAD.**

Akiko Fukushima, Investigadora del NIRA.
Tokio.

“Respuestas en tiempo de incertidumbre: Los recientes enfoques de seguridad en Europa y en Asia Oriental”.

Winrich Kühne, Stiftung Wissenschaft und Politik: Munich

“Nuevos retos a la seguridad de la Alianza Atlántica”

Embajador Samuel Hadas, Analista Diplomático. Jerusalén.

“El Mediterráneo en el umbral del 2000: Riesgos y Perspectivas”

Preside y modera: Alejandro Muñoz Alonso, Presidente de la Comisión de Defensa del Congreso de los Diputados.

16.00 horas. **ECONOMÍA.**

Juan Velarde Fuertes, Real Academia de CC. Morales y Políticas

“De los miedos ante la escasez a la crisis de la globalización”

Pedro Solbes, Ex-Ministro de Economía y Hacienda

“El futuro de la Unión Europea y el proceso de la Globalización”

Ramón Tamames, Catedrático de Estructura Económica.

“Euro y Dólar: hacia la moneda universal”

Preside y modera: Alonso Álvarez de Toledo, Director de Programas del INCIPE.

SÁBADO 10

10.00 horas. CULTURA.

Theodore W. Caplow, Universidad de Virginia. EE.UU.

“Más allá de la americanización: la cultura europea emergente”

Karl Otto Hondrich, Universidad de Francfort.

“Globalización de la economía y globalización de las culturas”

Paul Kennedy, RMIT, Australia.

“El papel de la Universidad en la economía del conocimiento global”

Preside y modera: José Luis Pinillos, de la Real Academia Española.

13.00 horas. CEREMONIA DE CLAUSURA.

- ÍNDICE -

GRAN CANARIA, PASADO Y FUTURO DE UNA VOCACIÓN TRICONTINENTAL.	
<i>José Macías Santana</i>	5
INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL PARLAMENTO DE CANARIAS EN LA INAUGURACIÓN DEL CONGRESO «GRANDES TEMAS DE FIN DE SIGLO»	
<i>José Miguel Bravo de Laguna Bermúdez</i>	9
CONCLUSIONES EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO	
<i>Salustiano del Campo</i>	15
CONFERENCIA INAUGURAL	
DEL POSTCOMUNISMO AL POSTCAPITALISMO	
<i>Jean Daniel</i>	27
GEOPOLÍTICA	
ENTRE GLOBALIZACIÓN Y ATOMIZACIÓN	
<i>André Fontaine</i>	47

UNA RÉPLICA A LA TESIS DEL CHOQUE DE
CIVILIZACIONES
William Pfaff 67

FUNDAMENTALISMO RELIGIOSO Y VIOLENCIA EN
EL SIGLO XXI
Samuel Hadas 75

SEGURIDAD

PRINCIPALES TEMAS ASIÁTICOS DE SEGURIDAD
EN EL FIN DE SIGLO
Akiko Fukushima 97

NUEVAS AMENAZAS A LA SEGURIDAD
DE LA ALIANZA ATLÁNTICA
Winrich Kühne 111

EL MEDITERRANEO EN EL UMBRAL DEL 2000:
RIESGOS Y PERSPECTIVAS
Samuel Hadas 135

ECONOMÍA

EURO Y DÓLAR: HACIA LA MONEDA UNIVERSAL
Ramón Tamames 153

DE LOS MIEDOS ANTE LA ESCASEZ A LA CRISIS
DE LA GLOBALIZACIÓN
Juan Velarde Fuertes 185

CULTURA

MÁS ALLÁ DE LA AMERICANIZACIÓN:
LA CULTURA EMERGENTE EUROPEA
Theodore Caplow 221

LA GLOBALIZACION DE LAS ECONOMÍAS ¿GLOBALIZACIÓN DE VALORES? <i>Karl Otto Hondrich</i>	229
EL ROL DE LA UNIVERSIDAD EN LA ECONOMIA GLOBAL DEL CONOCIMIENTO <i>Paul Kennedy</i>	237
PROGRAMA	251

Gran Canaria, de forma notoria en el conjunto del Archipiélago Canario, ha servido de punto de encuentro permanente, con mayor o menor intensidad según la ocasión, y de fragua cultural para todas aquellas ideas y corrientes que viajaban por las sendas del océano.

Cuando ahora nos disponemos a mirar el futuro, que ya casi es presente, creemos que también es necesario un estudio detenido y profundo que evalúe tanto las aportaciones externas, como la contribución que lo canario ha ofrecido en las islas, y desde fuera de ellas, a esa cultura de ida y vuelta entre las dos orillas del Atlántico.

Todo ello adquiere un significado especial en estos tiempos en los que la humanidad se busca a sí misma.

De un lado caen las fronteras y de otro los pueblos sienten la necesidad de afirmar sus señas de identidad.

Creo que encuentros como el que recoge este libro, deben ayudar a descubrir ese mundo y perpetuarse en nuevos eventos que se muestren como un ejemplo de que el diálogo, la reflexión y la solidaridad siguen siendo la esperanza en un futuro mejor para todos los pueblos del mundo.

Al comenzar un nuevo siglo, un nuevo milenio, ha llegado el momento en que la tecnología, que tantas veces sirvió para la dominación de unos países sobre otros, se ponga al servicio exclusivo de la humanidad en su conjunto, de forma que la cultura de la violencia se transforme definitivamente en la de la paz.

José Macías Santana.
Presidente del Cabildo de Gran Canaria.



Cabildo de Gran Canaria



INSTITUTO DE CUESTIONES INTERNACIONALES Y POLÍTICA EXTERIOR